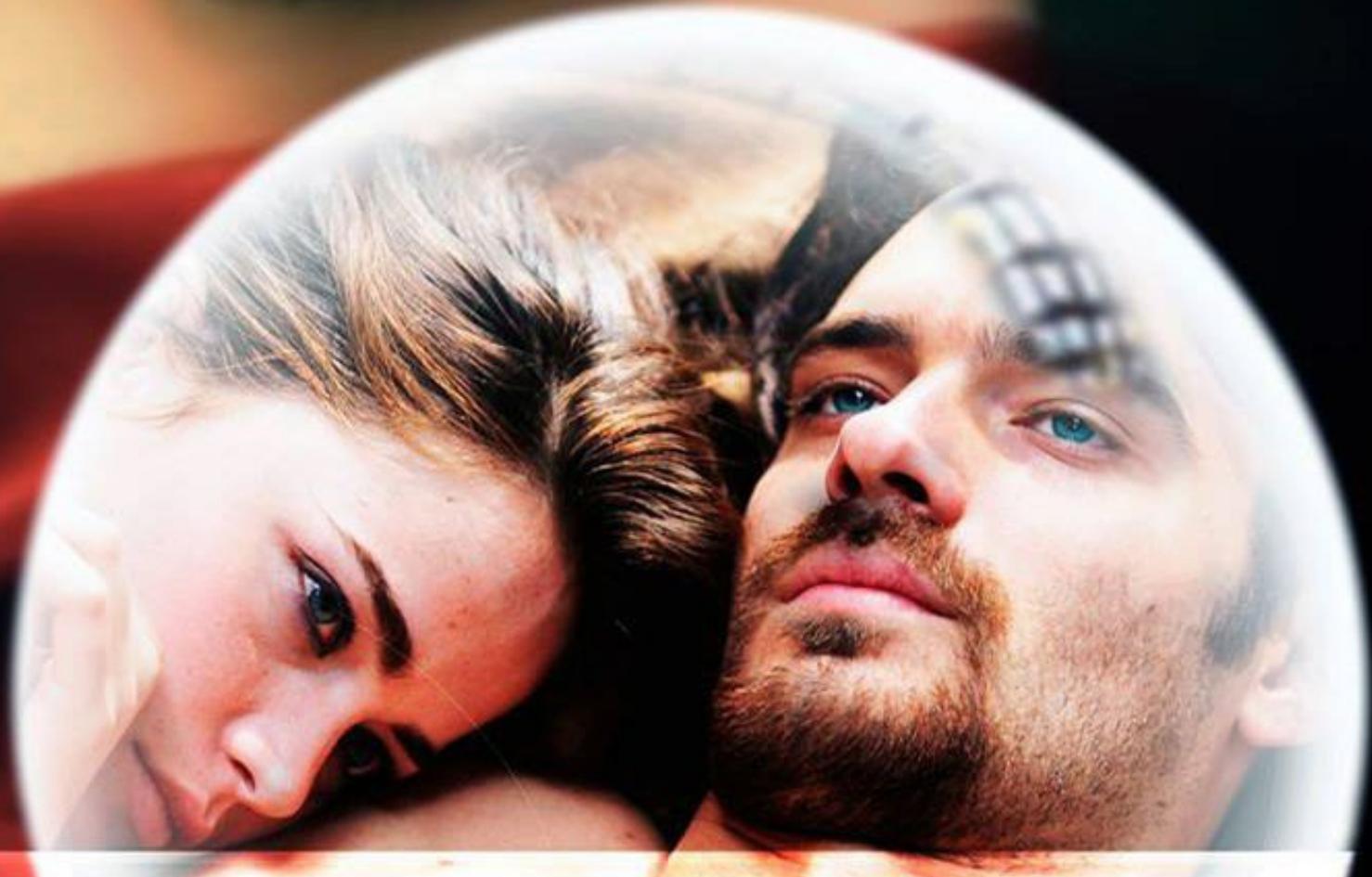




M. A. Petersen



El “Encanto” del
Príncipe Azurro

Capítulo 1

Era como un sueño.

Todo el restaurante estaba lleno y había aún personas esperando a la puerta a que alguna mesa quedara libre.

La nueva carta de Mario, sumada a los esfuerzos en publicidad y las remodelaciones que había hecho, gastándose hasta sus últimos ahorros, y algo más que había conseguido que el banco le prestara, por fin habían surtido efecto.

Salvar el negocio de su madre, el que siempre había sido casi como otro hijo para ella y que la había ayudado a sacar adelante a su familia, aunque meses atrás parecía algo imposible, dejándola a ella, a su hermano y a sus trabajadores en absoluto desamparo, ya era prácticamente una realidad.

Al menos así lo parecía y estaba pensando en la mejor forma de celebrarlo, cuando escuchó la voz de Mario y la de otro hombre discutiendo estruendosamente.

—No voy a permitir que este *scemo*^[1] venga a poner en duda mi palabra y a tomar crédito por mi trabajo, arruinando mis creaciones, ni una vez más.

—¿Se puede saber lo que está sucediendo?

Justo en el momento en que iba a enfrentar a aquel enorme buscapleitos, Susan, su mejor amiga y una de sus meseras con empleo de medio tiempo allí para pagar los gastos de su carrera de historia europea en la universidad, alcanzó a tomarla por el brazo y con un gesto le indicó que guardara silencio y escuchara.

Aparentemente el sujeto que encaraba a su chef con la poderosa voz de un barítono, estaba reclamando apasionadamente por la autoría y preparación del plato que se servía como especial.

Y en el momento que se volteó, llamando la atención de más personas a su alrededor, exponiendo su caso, sintió como si una mano tan grande como las del hombre que estaba armando todo ese escándalo en medio de su comedor le

apretara la garganta cuando pudo ver de quien se trataba.

Jack Hauteville.

Precisamente tenía que ser él, quien era sindicado actualmente como el mejor chef de comida italiana de toda la ciudad, y según los más entendidos, el mejor del país.

Alguien de su calibre no iba a exponerse a aparecer en un pequeño restaurante de pastas reclamando respecto a su propiedad intelectual si el asunto no tuviera al menos posibilidades de ser una comprensible confusión.

“Jack Hauteville suena mucho más a francés que a italiano, pero este adonis es cien por ciento puro *azzurro*^[2]”.

La chispa que nació en sus ojos, se convirtió en idea y se deslizó hasta su mente antes de que ésta cayera en la cuenta que no era el momento para evaluar el aspecto del hombre que en un segundo podía hacer añicos cualquier ilusión de salvar su pequeño negocio de la quiebra.

Alto. ¡No! Extremadamente alto, no tenía físicamente nada que envidiarle a los dioses paganos de sus ancestros, dueño de un cuerpo vigoroso que la ropa no lograba ocultar y que no temería definir como perfecto, ceñido en la más increíble y maravillosa piel bronceada imaginable.

Y como si tales dones no fueran suficientes, su cabello oscuro y barba cuidada llamaban a acariciar sus facciones cinceladas a mano, que harían brotar hasta en la más frígida el deseo irrefrenable de robarle un beso a esos labios que... y sus ojos del color de los mares del Caribe rodeados de eternas pestañas que harían pecar a... ¡Dios! Debía dejar de mirarlo y controlar aquella situación, pero era tan difícil ser ecuánime ante semejante belleza...

—Buenas noches. Soy Blake Ward, dueña de “*L'intima tavola di la Mamma*^[3]”, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Es muy sencillo. Dejen de mal imitar mi comida y de estar apropiándose sin miramientos de mi trabajo, en especial su... chef, —en el momento que dejó que la palabra se tardara en sus labios con desprecio, se volteó a ver con quien estaba hablando, lo que cambió su expresión de indignado a alguna emoción que no supo definir mientras la observaba— *per favore*^[4].

—Yo no me he proclamado dueño intencionalmente del trabajo de nadie...

—las posibilidades de que Hauteville estuviera inventando aquello eran muy pocas y si tenía alguna duda, la expresión suplicante de su empleado y amigo, quien había ayudado en gran medida al resurgimiento de su pequeña tratoría, fue definitiva— ... no soy ningún sinvergüenza.

—Mi scusi, signora^[5], —aún enojado y a punto de arruinarle la vida, la forma en que la llamaba “*signora*” resultaba casi afrodisiaca— pero este hombre está mintiendo.

—¿Mario?

—Las cosas no son tan simples como él dice, Blake...

—Ya veo... ¿Señor Hauteville?

—¿Acaso... —por qué tenía que estarla mirando de manera tan intensa, tanto que pensó que además de ser un increíble chef y un semi—dios erótico, tal vez poseía otros súper poderes, como vista de rayos X tal vez— ...nos conocíamos? No lo creo. Yo te recordaría...

—No, pero por supuesto que sé quien es usted. ¿Sería posible que quisiera pasar a mi oficina y que podamos conversar respecto a este incómodo malentendido?

—No existe malentendido alguno, *signora*. —algo había cambiado en su actitud, lo malo es que no sabía si debía alegrarse o echarse a temblar— Sin embargo aceptaré tomar una copa contigo...

—Gracias. Por favor, Pam lo acompañará hasta allí mientras yo soluciono un par de cosas.

—De acuerdo.

Tendría que hablar largo y tendido con Mario, quien había aprovechado la aparente distracción de aquel titán para perderse en los confines de la cocina, pero ese asunto podía esperar. Por el momento se contentó con ofrecerle una disculpa a sus clientes, invitarles al postre por cuenta de la casa, e hizo una parada en el tocador antes de dirigirse a su oficina.

Se miró al espejo y por un momento le costó unir la imagen que le devolvía el cristal con el nudo de sentimientos y sensaciones que se agolpaban en su interior.

Ante si podía ver a una hermosa mujer de cabello castaño y ojos azules, tal vez demasiado seria para su edad, pero que en ningún caso parecía estar

sobrellevando el enorme cúmulo de problemas que ella debía manejar.

Probablemente Mario había tenido buenas intenciones al copiar las recetas de Hauteville, esperando con ello atraer clientes y que todo el trabajo en conjunto del personal de “*L'intima tavola di la Mamma*” fuese recompensado con las ganancias que les eran absolutamente indispensables. De seguro nunca pensó que sus pequeñas victorias llegaran a oídos de un chef tan renombrado y que, de ser así, no se tomaría siquiera la molestia de ir a aclarar su autoría al respecto. Ni que la “*La tavola*” fuera competencia de cuidado para sus propios negocios, en especial para el “*Sibari*”.

Resignada ante la oscura perspectiva de tener que lidiar encima de todo con una demanda, respiró profundo, se alisó el vestido con las manos y se dirigió a intentar mantener los últimos vestigios de su herencia a flote.

Al entrar estuvo a punto de chocar con el hombre, que en vez de permanecer sentado, se había acercado a la pared junto a la puerta y observaba con interés su pequeño “muro de la fama”, compuesto de algunas reseñas inadvertidas del periódico y un par de fotos de famosos cenando por casualidad en el lugar hacía varios años atrás, haciendo necesario que él la sujetara contra su glorioso cuerpo para no tropezar e incluir una vergonzosa caída a la avalancha de problemas que estaban viniéndosele encima esa noche.

—Cuidado, *signora*, discúlpame, —por un segundo pensó detenerlo y pedirle que la llamara directamente por su nombre, pero algo en esa simple palabra le sonaba tan atractivo al son de su voz grave y aterciopelada, que decidió no corregirlo— no he debido estar husmeando...

—Bueno, las fotos y demás cosas están puestas ahí para ser vistas. Claro está, no me imaginé que sería Jack Hauteville quien se detuviera a verlas, pero está bien.

—Giacomo de Altavilla.

—¿Cómo dice?

—Jack Hauteville —él tomó entonces su mano y besó el dorso, haciendo arder la piel allí donde sus labios la habían rozado en aquel atemporal gesto— es algo así como la americanización de mi nombre. Hay personas a las que les cuesta pronunciarlo. Mi agente lo ideó, dice que Giacomo de Altavilla es demasiado largo y peninsular para resultar atractivo. La mayoría solo me

llama Jack.

— Debería despedirlo. El hombre es un inepto. Giacomo es un nombre precioso...

—Le haré saber tu parecer en cuanto lo vea. —entonces la regaló con una sonrisa que la hizo pensar con aún más desazón que la vida no era justa, porque él siendo exitoso, bien educado y sin problema alguno de dinero, además podía superar holgadamente la definición de guapo, mucho más si sonreía de ese modo— Ya puedo imaginarme su cara. Será impagable.

—Me alegro que pueda compensarlo aunque sea a costas del disgusto de su agente por la situación que tenemos encima.

—He estado a punto de olvidarlo, pero tienes razón.

—Lamento decirle que en estos precisos momentos no cuento con el capital para hacerle una oferta apropiada a cambio de evitar una demanda, pero...

—¿Demanda?! —él la observaba con genuina sorpresa en su mirada— ¿Crees que he venido aquí pensando en demandarte?

—Bueno, yo creí...

—No, *signora*. De donde yo vengo, cuando tienes algo que reclamarle a alguien más, vas y lo enfrentas directamente, cara a cara. Salvo casos que realmente requieran la intervención de un juez, no verás a un siciliano esperando que un extraño le resuelva un problema personal.

—Es una buena filosofía.

—Ahora, el asunto es que hace años que dejé de enfrentarme a puñetazos por una, digamos, diferencia de opiniones...

—¡Dios!

—Tranquila. Quien me la debe a ese nivel es al que llamaste Mario, ese *rozzo bugiardo*^[6]... He podido darme cuenta que tú no sabías lo que ha estado haciendo.

—De todas maneras es mi restaurante. Yo autoricé los platos y es mi responsabilidad.

—¿Acaso quieres que te ponga sobre mis rodillas y te dé de nalgadas por haber sido una niña mala, *signora*?

Pese a que estaba prácticamente en las manos de aquel hombre que podía

hacerla perder su restaurante si decidía que después de todo sí quería reclamar ante tribunales por el plagio realizado por el chef a su cargo, si fuese cualquier otro, le ardería la mano de ganas de darle una merecida bofetada por siquiera sugerir lo que estaba diciendo, sin embargo al ser él, el ardor se concentraba más bien en su pecho, esparciéndose agradablemente por todo el cuerpo, haciéndola sonrojar mientras le servía la copa de vino prometida.

—Mi scusi, me he vuelto a tomar confianzas que no se me han dado...

—Está bien, —por un segundo le pareció que aunque no la había dicho, él había murmurado la palabra “aún”, aunque debía ser cosa de su imaginación— dígame, señor de Altavilla, ¿de qué manera puedo compensarlo por los daños y molestias que ha sufrido a causa de mi restaurante?

—Al tal Mario, ¿por qué lo defiendes? ¿Acaso es tu hombre?

—Aunque definitivamente no le incumbe, no. No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Mario se equivocó, pero estoy segura que solo lo ha hecho por ayudarme. Él es un buen sujeto, un gran amigo y un excelente chef. Prueba de ello es que el error cometido haya llegado hasta sus oídos. Si Mario no tuviera talento, no se habría hecho notar tomando ideas de sus recetas, ¿no cree? ¿O es demasiado vanidoso para pensar que otra persona podría cocinar sus platillos y no ser un total fracaso?

Él no había parpadeado siquiera ante su agresiva respuesta. Las únicas señales de que le había prestado verdaderamente atención eran sus ojos entrecerrados y un músculo tenso en su mandíbula, dando cuenta de que no le había parecido bien la contestación.

Estaba física y emocionalmente agotada. Posiblemente si Giacomo de Altavilla no luciera como una estatua griega dedicada a la belleza masculina, no le habría contestado de aquel modo.

Después de todo él tenía pleno derecho a reclamar por lo que estaba sucediendo y ella debería estar más que feliz de que él pensara que el asunto no merecía ser llevado ante la justicia, pero se sentía desesperada, más al haber visto por fin la salida de aquel túnel, la cual se había cerrado de golpe ante su cara.

Solo quería acurrucarse en su sillón para llorar a lágrima viva antes de

comenzar a planear lo que sería de su vida y la de su hermano en adelante. El enfrentarse precisamente a un hombre así, guapo y físicamente espléndido, la estaba afectando más allá de su normal optimismo y fortaleza ante la adversidad.

Estaba comenzando a pensar en el modo de ofrecerle una disculpa cuando Jack se puso de pie, se bebió el vino de un trago, dejando la copa sobre el escritorio, le dedicó una última mirada cargada de una incomprensible emoción y sin decir una palabra, salió de la oficina y del restaurante sin ver atrás.

Capítulo 2

—¡Cuéntamelo todo!

Susan parecía sumamente entusiasmada, como si lo que hubiera acontecido minutos antes con Giacomo de Altavilla hubiera sido una especie de cita sensual en vez de un completo fiasco.

¡Tonta impulsiva! Por mucho que él hubiera expresado su nulo deseo de arreglar los conflictos con “*La tavola*” de forma legal, era impensable que la situación no tuviera consecuencias, si no, ¿para qué se había presentado allí?

También había dejado claro que ya no le parecía correcto cobrarle a Mario el agravio por medio de una pelea, entonces, ¿qué quería?

—¿A qué esperas? Es decir, entiendo que estés como en las nubes tras semejante encuentro, pero algo tendrás que decir, ¿o no? ¿O ese mmmmmjjjmmmm —el gesto de su amiga como saboreando un increíble bombón, derritiéndolo en la boca, no hizo más que hacerla sentir otra vez una idiota— súper macho italiano te dejó hasta sin habla?

—Por supuesto que nada pasó.

—Blake, tú definitivamente quieres partir mi corazón... ¡¿Cómo es posible?! Dime al menos que han quedado para verse pronto o lo vas a llamar, algo aunque sea.

—Lamentablemente no creo que volvamos a tener al señor Hauteville por aquí. Me parece que se marchó bastante enfadado.

—Y no era para menos. ¡Vaya con el tonto de Mario! Si pensaba robarle recetas a otro, al menos debió hacerlo de algún libro viejo y olvidado en el tiempo, no del máximo *rockstar* de la pasta.

—Estaba molesto por el plagio, pero quien lo hizo marcharse finalmente fui yo y mi gran boca.

—No entiendo, ¿qué pasó?

—Cuando me preguntó si defendía a Mario por ser mi novio, algo se me metió dentro y le respondí mal, incluso lo acusé de vanidoso y entrometido.

—¡Eso ya está mejor! —Susan pasó de la total desilusión de vuelta de un salto al entusiasmo con notas de conspiración— Es decir que estaba muy interesado por saber tu actual estado civil...

—Sue, ponte seria. Es cierto que el tipo está bien, pero de ahí a que sea sensato hacer castillos en el aire con alguien que vino aquí a poner una queja grave contra “*La Tavola*” son temas irreconciliables, peor que agua y aceite.

—¿Por qué te cuesta tanto asimilar que un hombre guapo e interesante se fije en ti? Eres una mujer muy bonita, independiente económicamente, con intereses completamente similares a los suyos...

—No vamos a comparar mi pequeño negocio con el “*Síbari*”.

—No se trata de comparar cantidad, sino calidad... en la atención al menos. ¿Y entonces? ¿Qué harás para que vuelva?

—¿Yo?! Nada. Será mucho mejor si no regresa por aquí, en especial, si decide que yo puedo lidiar con el error de Mario de forma adecuada y que no vuelva a comprometerlo.

—¿Es que no te has fijado como te miraba? Fue como en una película. Amor a primera vista... ¿Por qué no lo quieres? No te entiendo. Parece ser un tipo decente, es increíblemente atractivo, tiene solvencia de sobra para ti y para Nick...

—Tu romanticismo te hace imaginar cosas, amiga. ¿Cuántos hombres crees que van por la vida buscando solucionar los problemas de los demás sin esperar algo a cambio? Y si existieran, no creo que el señor Jack Hauteville sea uno de ellos.

—Jack Hauteville, el señor Hauteville, el señor Jack Hauteville, ¿hasta cuándo lo repites con tanta formalidad? Todo ese decoro no importa estando con él desnudos y entre esos poderosos brazos. De seguro has de olvidar hasta tu propio nombre.

—Anda, por favor, regresa con nosotros a la tierra. No importa cómo lo llame, él es quien es y no dejará de serlo. ¿Cómo crees que supe de quién se trataba en cuanto lo vi? —Susan se alzó de hombros y Blake buscó entre algunos papeles hasta encontrar una revista que dejó caer sobre el escritorio en cuya cubierta aparecía el protagonista de su conversación abrazando cariñosamente a una impresionante pelirroja— No ha pasado una semana

desde que esta revista fue publicada, por eso su imagen se me vino a la mente de inmediato y supe que solo podría significar problemas.

—Puede ser una amiga.

—Pasa más bien que tú no quieres entender.

—¿Y si fuera él quien te buscara? ¿También te negarías?

—No lo hará.

—Pero si lo hiciera, ¿qué? ¡Anda, vamos! Si dices que es imposible, soñemos un poco, eso no es ningún pecado.

—De acuerdo. Déjame pensar... tal vez si viniera a cocinar gratis para mí hasta que pudiera salir de las deudas del tratamiento de Nick, en ese caso podría ser que le diera una oportunidad.

—Yo me refiero a que quiera una cita, no a que lo pongas a trabajar a tus órdenes, a menos que sea a otros servicios, no precisamente de chef, a los que te refieras...

—Ya basta. Es tarde y mañana le prometí a Nick un día de campo, por lo que aún debo prepararlo todo.

—Tal vez si cocinaras más a menudo en vez de preocuparte tanto, las cosas serían más simples.

—Las cosas podrían ser muy simples, Sue, pero el precio sería prescindir de la presencia de mi hermano en nuestra casa y eso no lo haría ni por todo el oro del mundo.

—Lo sé. Dale besos a Nick de mi parte. Dile que la próxima semana prometo acompañarlos a pasear o lo que sea que planeen para el domingo, ¿bueno? Y que no se olvide que es el amor de mi vida.

—No te preocupes, se lo diré.

Giacomo de Altavilla. Aquel nombre en si sonaba a sensualidad masculina en sus oídos, sumado al timbre grave de su voz y a todo lo demás en él... Pero tal como le había dicho a Susan, no iba a montarse algo con él ni siquiera en el plano de las fantasías. Pensar e ilusionarse con alguien como Jack era de por si un peligro, un pequeño fuego aparentemente inofensivo que podía descontrolarse con el más leve soplo, haciéndola perder del todo la cabeza, lujo que ella no podía permitirse por ningún motivo.

Decidió que una vez que pusiera un pie fuera de “*La tavola*”, él y sus

increíbles ojos calipso quedarían encerrados allí como un recuerdo que poco a poco se desvanecería hasta desaparecer.

Al llegar a casa se despidió de Gladys, ¡bendita fuera por toda su ayuda!, y se puso manos a la obra, amasando vigorosamente el pan para que se preparara durante la noche en la máquina casera que había comprado. Se suponía que bastaba con poner dentro los ingredientes, pero tanto ella como Nicholas habían considerado que sabía mucho mejor si se unían y se amasaban fuera primero.

Antes de irse a acostar, dejó rebanado el queso y unos trozos de pavo asado que había traído del restaurante, pensando en los sándwiches del día de campo.

Como todas las noches, abrió despacio la puerta del cuarto de su hermano y se asomó para asegurarse de que descansaba tranquilamente. Por suerte el costoso medicamento indicado para relajarlo estaba surtiendo buen efecto y los dolores que lo habían perseguido los últimos meses sin dejarlo dormir parecían estar bajo control.

Nicholas era un par de años menor, simpático, atractivo y dueño de una inteligencia y capacidad para comprender y modificar el espacio de forma creativa y sustentable, por lo que todos esperaban que su carrera como arquitecto estaría llena de logros y éxito.

Con su hermano a punto de graduarse, Blake podría al fin darse el gusto de viajar y conocer no solo los secretos de la pasta italiana desde la perspectiva que su madre le había enseñado a preparar y amar. Desde hacía años que acariciaba la idea de estudiar todo lo que la cocina italiana podía ofrecer y para ello, nada mejor que acudir a la fuente esencial de aquellos conocimientos y sabiduría. Italia.

Tras unos pocos días de relajó en la playa con su novia, Nick presentaría su proyecto de título y entraría de inmediato a trabajar a alguna de las firmas que ya se peleaban por el nuevo becario.

Pese a tenerse tan solo el uno a la otra, los hermanos Ward gozaban de una buena vida dentro de lo que las posibilidades les permitían. Blake mantenía funcionando la tratoría mientras su hermano estudiaba y por fin en unas pocas semanas Nick recibiría muy buenos ingresos para tomar el testimonio y ser él

quien ayudara ahora a su hermana a desarrollarse en su vocación por la cocina.

Todo marchaba perfectamente hasta la tarde en que Blake había recibido aquella llamada.

Entonces despertó sudando frío a causa de los funestos recuerdos y los gritos de dolor de Nick.

—Bee... ¡Mierda!

—Tranquilo, amigo, —Blake encendió la luz y en seguida se recostó en la cama junto a su hermano, abrazándolo— ya estoy aquí.

—Duele...

—¿Quieres que llamemos al doctor Brown?

—No... no, él no podrá hacer nada más hasta que me acostumbre o el tratamiento falle, ya me lo dijo.

—No puedo quedarme así, de brazos cruzados, si tú estás sufriendo.

—Por favor, Bee, solo quédate conmigo ahora.

—Por supuesto que sí.

—Hermana, esto no puede seguir así. Tienes que llevarme a un asilo.

—¡No! ¿Acaso estás loco?

—No puedes seguir postergándote... yo... ¡Dios!

—Te he dicho que no quiero volver a escuchar lo del asilo, Nicholas. Ésta es tanto tu casa como la mía y soy tu hermana. No voy a abandonarte en un lugar extraño con gente que no esté preocupada única y exclusivamente de ti.

—Agua, por favor.

—Sí. —Blake cogió un vaso de agua y lo inclinó despacio sobre los labios de Nicholas para que bebiera su contenido— ¿Ya estás mejor?

—Sí, aunque creo que tendremos que dejar nuestro paseo para otro día.

—Nick, sabes que necesitas salir a respirar y ver más que el interior de esta casa.

—Estoy muy cansado ahora, tal vez cuando despierte ya me encuentre con ánimo.

—¡Esa es la actitud! Duerme ahora y mañana ya verás lo bien que nos la pasamos juntos por el parque, ¿quieres?

—Lo veremos mañana, Bee. Buenas noches.

—Descansa.

—Más vale que no te coja, Bruno, —su hermano menor se paró de un salto de la mesa y escapó a refugiarse detrás de su madre, muerto de la risa— o te voy a dar una paliza.

—¡Ya! Me apuesto a que hay uno que conoció a su futura carcelera anoche...

—¡Non mi rompere i coglioni^[8]! Me engañaste a propósito. Debí darme cuenta cuando mencionaste lo del plagio con tanta vehemencia. Sabes que me importa muy poco si alguien ocupa mis recetas o se basa en ellas. Sería estúpido quejarme después de publicarlas.

—¡Nada de groserías en la mesa, Giacomino! Mejor siéntate a desayunar.

—Nonna^[9], deberías mandar entonces a este desgraciado a darme la cara como hombre y no estarse ocultando tras las faldas *della mamma*^[10]...

—Reconoce que te vino bien un poco de acción más allá de los sartenes y las ollas, *ingrato*^[11]. Estás bastante viejo ya, ¿qué tienes? ¿Cincuenta? Deberías tener una mujer y varios hijos... o mejor aún, varias mujeres para practicar lo de hacer hijos.

—Eso no es asunto tuyo, *caro mio*^[12]. Si tu hermano se ha tomado su tiempo es porque no le gusta elegir a tontas y a locas.

—O le gustan demasiado justamente las tontas y las locas.

—¡Ahora sí te lo ganaste, *imbecille*^[13]!

—Ah, ¿no? ¿Y qué tal tu última aparición en los medios? Cuéntales a las señoras y a la familia entera por qué sales en una revista abrazando a esa pelirroja que...

—¡A callar! Lo que haga o deje de hacer con mi vida es asunto mío.

—¿Qué pasa, *carino*^[14]? ¿Qué es eso de salir en revistas de arrumacos con una mujer? Al menos deberíamos conocerla, ¿no te parece?

—¡Que no, *mamma*! Ella es solo una conocida que está pasando por un divorcio complicado, pero los periodistas siempre tienen que estar buscándole

el jugo a todo. No les basta con que les haya dicho una y mil veces que no estoy buscando pareja... por ahora.

—Ma quante sege mentali che ti fai^[15]! Si ya te la tiraste y al marido no le importa, no vamos a criticarte ahora...

Ante el último insulto, poniendo en duda la veracidad de sus palabras y asumiendo cosas más allá de lo que la prudencia le recomendaba, Giacomo consiguió desorientar lo suficiente a Bruno para cogerlo de la camiseta y agarrarlo del todo tras un brusco tirón, acariciándole la cabeza mientras lo llevaba a empujones hasta el patio trasero de la casa familiar, con el consiguiente barullo de primos menores, apuestas de muchachos, y señoras entrometidas que no pensaban perderse el prometedor espectáculo.

—¡Giacomo!

—Dimmi, mamma.

—Si le rompes algo a tu hermano, —aunque decir semejante cosa con tal calma y frialdad sonaría a locura en otras casas, no era un mal consejo dejarlo en claro entre los hermanos de Altavilla— recuerda que serás tú el que tenga que llevarlo al hospital y encargarte de todo, *¿capisci*^[16]?

—Capisco^[17].

Capítulo 3

—¿Alo?

—“L'intima tavola di la Mamma”, —¡Esa voz! Después de todo iba a ser que el S-E-Ñ-O-R Jack Hauteville no estaba tan molesto como para mantenerse distante, ni siquiera veinticuatro horas— buenas tardes, ¿en qué podemos servirle?

—Mi scusi, ¿podría hablar con la *signora* Blake Ward, *per favore*?

—Lo lamento. La SEÑORITA —“sí, bombón, ella está disponible”— Ward no viene al restaurante los domingos.

—¿Con quién tengo el gusto...?

—Habla usted con Susan James, señor Hauteville. Soy amiga de Blake y estoy a cargo del restaurante en su ausencia.

—Piacere^[18]. Dime, Susan, ¿hay alguna forma de ponerme en contacto con Blake?

—Lamentablemente los domingos mantiene apagado su celular y no contesta el teléfono de su casa. —aunque no se lo estaban preguntando, ¿por qué no soltar algo de información extra para tantear el terreno?— El día entero se lo dedica a Nicholas.

—Ya veo...

—¿Sucede algo malo?

—No, es solo... no importa.

—Ella y su HERMANO Nick iban a tener un día de campo en el parque cercano a su casa, —perfecto, el italianísimo había sentido la punzada de los celos, por lo que a como diera lugar iba a conseguir que su amiga se brindara la oportunidad de al menos conocerlo mejor— tal vez si se da una vuelta por allí, se los pueda encontrar.

—No quisiera incomodarlos.

—Para nada. Sé que anoche las cosas no marcharon como la seda, pero créeme, Jack... ¿Te puedo llamar Jack?

—Certamente.

—Bueno pues, Jack, la cosa es que Blake se sentía muy mal de haberte hablado como lo hizo. Ha estado atravesando por algunas dificultades con el negocio y su casa y encima el asunto de la falta de criterio de Mario... tú entiendes, ¿verdad?

—Digamos que no era el lugar, ni el momento más apropiado.

—Me has quitado las palabras de la boca. Además siendo tú un chef de renombre, —como un destello, una idea comenzó a tomar trazos de plan en su cabeza y nada se perdía con intentar— alguien con quien ni siquiera podríamos soñar que trabajara con nosotros...

—Soy solo un cocinero con algo de suerte.

—Tú puedes decir eso porque precisamente has tenido esa cuota de suerte que a Blake le ha faltado, sumada a tu muy evidente talento...

—No quisiera entrometerme, pero, ¿tiene problemas?

—No, no, —carnada puesta— no te preocupes...

—Per favore, Susan, si yo puedo ayudar en algo, solo hace falta que lo digas.

—Bueno, —ahora un poquito de hilo— creo que... ¡No! Blake no me perdonaría que le contara a un extraño sobre sus aprietos.

—Prometo que no se dará cuenta que yo sé algo.

—¿Sabes? —un par de tironcitos— Creo que puedo confiar en ti...

—Tienes mi palabra.

—De acuerdo. —ahora solo era cosa de recoger todo el sedal— Ayer Blake mencionó que sería un sueño hecho realidad tener a alguien como tú trabajando por un tiempo en “*La tavola*”. Imagínate, con tu fama el restaurante se haría mucho más visible y llegarían nuevos clientes que permitirían cubrir las deudas que tanto atormentan a mi querida amiga...

—Lo haré.

—¿De verdad?! —deberían aplaudirla y tomarle una foto de aquellas de torneo de pesca, porque acababa de echarse a la red a un magnífico ejemplar de metro noventa— ¿Harías eso gratis por el restaurante?

—No me gusta que una *donna*^[19] tenga esa clase de preocupaciones.

—¡Eres un ángel!

—Per niente^[20].

—Claro que sí. Ni te imaginas lo feliz que va a ponerse Blake cuando lo sepa.

—Y ya sé cómo voy a planteárselo para que no piense que hemos estado hablando a sus espaldas.

—¿Lo ves? Eres todo un sol.

—¿Tienes registrador de llamadas?

—Sí.

—Éste es mi número personal, *per favore*, ¿podrías enviarme la dirección del parque en el que podría encontrar a Blake?

—Por supuesto, guapo. En seguida te la mando. Si te das prisa, hasta puede que te toque algún sándwich.

—Grazie, Susan. Espero verte pronto en el restaurante.

—No, gracias a ti, no sabes cuántas...

No podría haberlo previsto mejor de lo que había resultado. Sin planearlo aquella chica, Susan, le había allanado el camino de forma prácticamente ideal.

Si ahora su idea marchaba bien también, a partir del día siguiente tendría una excusa absolutamente creíble para acercarse a la hermosa y seductora Blake Ward.

Aunque no pensaba darle una gota de crédito voluntariamente al sinvergüenza de Bruno, el muy payaso había acertado de medio a medio en algo esta vez.

La mujer lo había fascinado... tal como se suponía que sucediera.

El momento había llegado.

Esperaba no parecer alguna clase de acosador, mostrándose por el parque donde ella estaría de picnic con su hermano, pero de todas maneras tendría que plantearle el asunto a su modo y de forma que no pudiese rechazarlo, antes de aparecerse al día siguiente en la puerta de “*La tavola*” de gorro, filipina^[21] y mandil.

Por suerte Susan le había contado también que Nicholas era el hermano de Blake, o tan solo de verlos habría ardido de celos al estar tan abrazados,

tumbados sobre una manta cómodamente bajo un viejo y nudoso árbol.

Pensó en mantenerse a cierta distancia hasta que ellos adoptaran una posición menos íntima, pero en ese momento la que parecía una tranquila charla comenzó a subir de intensidad, alertándolo especialmente cuando ella lo agarró y lo sacudió, pudiendo provocar alguna reacción de cuidado en el joven.

—¡No lo haré, Nick! ¡Jamás! Ya estoy cansada de repetírtelo...

—¿Pero qué mierda pasa contigo?! ¿Acaso te gusta esta vida de porquería que llevas?

—¡Eso no es cierto!

—¡Claro que lo es! Y si tú no quieres verlo, eres una estúpida...

—¡Basta ya! —si la cosa seguía por ese camino, no sabía como iba a reaccionar su hermano y era mejor ponerle paños fríos al asunto, por lo que levantarlo a su altura, agarrándolo por el cuello de la camisa para apartarlo le pareció casi civilizado— Esa no es forma de hablarle a una mujer.

—¿Qué haces?! —Blake parecía furiosa y le clavaba las uñas en los antebrazos, tirando de ellos para que soltara a Nicholas— ¡Suéltalo ya!

—Bee, ¿quién es este tipo?!

—Me pareció que...

—¡Nada! —¡Diablos! Ella tenía lágrimas en los ojos... Algo andaba demasiado mal y se sintió paralizado— ¿Por qué te metes? ¿Qué haces aquí?

—Yo...

—¡No me importa! —Blake rodeó el árbol y en cuanto regresó sintió que toda la sangre se le iba al piso de golpe al ver que traía consigo una silla de ruedas que el grueso tronco había estado ocultando de su vista— Por favor, ya deja a mi hermano...

—¡Dio!, mi dispiaccio di lui^[22], —cualquier cosa habría imaginado, menos eso y ahora no tenía idea de cómo remediarlo. Con el mayor cuidado que pudo, acomodó a Nicholas en la silla justo antes de que ella se pusiera entre ambos, con una mano alzada frente a él en gesto defensivo y de advertencia— *io non sapevo*^[23]...

—¿Y por qué tendrías que saber? No te conocemos y no tengo idea de qué

haces aquí.

—Venía a hablarte y... ¿Nicholas? —el hombre más joven lo miraba con recelo, sin embargo asintió— ¿Estás bien?

—Ya que Blake no me dice quién eres, hazlo tú.

—Sí. *Spero tu possa perdonare*^[24], pero...

—Es mi hermana la que habla italiano, *Spaghetini*^[25], —aunque ella aún se veía furiosa y evitaba incluso que sus miradas se cruzaran, él parecía mucho más calmado ahora, incluso algo divertido con la tragicómica situación — así que comienza a practicar tu español si quieres hablarme.

—Discúlpame. Soy Giacomo. Venía a hablar con tu hermana cuando los escuché y pensé que la discusión se estaba poniendo... difícil.

—¿Entonces intentabas proteger a Bee de mí? ¡Que bonito el héroe! —de acuerdo, ahora ya no estaba enojado, sino que se burlaba abiertamente de él y no le quedaba más que tragarse todas las bromas después del numerito que había montado por impulsivo— ¿Qué acaso no te das cuenta que lo máximo que podría haberle hecho sería escupirla o morderla? Como mucho, darle un cabezazo...

—¡Nick!

—Está bien, Bee. El *Macarroni*^[26] solo estaba velando por tu seguridad y, como ya dijiste, él no me conocía y no tenía cómo saber. Más que seguir enfadada con él, deberías darle un besito de agradecimiento, ¿no es verdad que eso te encantaría, Mussolini?

—Realmente lo lamento... ¿Hay algo que pueda hacer?

—Jacko, no le hagas caso a mi hermana. Está empeñada en sobreprotegerme por más que yo le insista que no es necesario. Verás que dentro de un rato se le pasa el enfado y vuelve a ser la chica encantadora y graciosa que sí que me agrada en vez de esta versión gruñona y malhumorada.

—Signora, —ahí estaba, otra vez llamándola así, borrando de golpe el susto y el enojo para robarle una mirada que intentó ser severa, pero él se veía genuinamente arrepentido y a la vez mucho más asequible al meter la pata como cualquier ser humano, como ella misma la noche anterior— por favor, discúlpame. Actué como un cretino, pero de verdad pensé que era buena idea

interponerme y evitar algún inconveniente mayor.

—Está bien. Discúlpame tú también. —cuando ella le miró las muñecas desnudas surcadas de arañazos, rápidamente se bajó las mangas de la camisa, restándole del todo importancia— ¡Dios! Te hice daño.

—Es apenas un rasguño y ha servido para que al fin me hables de tú.

—No es cierto. Mira tu camisa, ahora encima está manchada con sangre...

—No te preocupes.

—Por favor, permíteme al menos que te desinfecte esos arañazos y lave tu camisa antes de que se seque y quede manchada permanentemente.

—Perfecto, volvamos todos juntos a casa, la señorita garras, el capitán cavernícola y el apio humano.

—¡Nicholas!

—¿Qué? —Nick le guiñó un ojo, muy sonriente— No creo que haya posibilidad alguna de espantar ya al *Spaghetтини* después de este lamentable espectáculo. No queda más que tomárselo con humor, ¿no es cierto, Jacky, querido?

—¿Sabes? Como que me recuerdas un poco a mi propio hermano menor.

—¿También “goza” de capacidades especiales?

—No. —Blake al fin lo miraba y pudo robarle una sonrisa— *Gode anche del maledetto umore nero*^[27]...

—¿En qué quedamos con lo del español?

—Te traduzco: hablas demasiado para ser tan solo un apio.

—¡Epa! Va a ser que Benito^[28] resulta de mi agrado y todo, hermanita.

—Ya estuvo bien, Nick. Por favor, ¿nos acompañas?

—Certo^[29].

Siempre había amado el ambiente cálido de su casa. No era grande, ni ostentosa, pero resultaba acogedora y perfecta en sus dimensiones, incluso tras las remodelaciones para permitirle a Nicholas un mejor desplazamiento.

Eso al menos hasta que aquel gigante entrara y la hiciera ver sencillamente diminuta.

Entonces él se quitó la camisa y se la entregó, mientras observaba todo con genuino interés.

Por un segundo se sintió tentada a tomarle una foto con el móvil mientras miraba los retratos familiares colgados sobre la chimenea para enviársela a Susan, pero si él se daba cuenta, sería demasiado vergonzoso, por más que cualquier persona debería entender sin explicación alguna que la belleza debía poder admirarse y compartirse sin disimulo, ni timidez.

No acababa de decidir qué le resultaba más sensual, si su ancha espalda de elegantes músculos bien definidos que se estrechaba hacia la cintura y un trasero definitivamente firme y bien puesto, o el torso de iguales características musculares, salpicado de la cantidad precisa de vello oscuro que lo hacía ver aún más atractivamente viril, eso sumado a unos brazos poderosos entre los que cualquier mujer con sangre en las venas estaría dispuesta a acurrucarse y deleitarse acariciando todo el conjunto mientras esas grandes y hermosas manos hicieran lo propio.

—Signora...

—¿Eh?

—Parecías estar en las nubes.

—Estaba pensando en algo.

—Creo que tenías razón con lo de, ya sabes... ¿Me prestas algo de algodón y alcohol?

—Permíteme.

Le pidió que se sentara a la mesa y en seguida regresó con un botiquín, empapando una gasa cuidadosamente doblada en alcohol antes de presionarla contra las lastimaduras más profundas, sintiendo como se estremecía al primer contacto que evidentemente le había ardido.

—Shhh, tranquilo. —tras retirar la gasa, se acercó y sopló suavemente, aliviando el ardor, aunque despertando en él otras sensaciones mucho más vibrantes— ¿Aún quema?

—Un po' ^[30]...

—Pensé que un chico tan grande resistiría más.

—Me resulta notable la forma en que defendiste a tu hermano. Aunque realmente yo no pensaba lastimarlo, tan solo evitar que pudiera insolentarse y perder la compostura contigo, tú no sabías como iba yo a reaccionar y te interpusiste, aún teniendo en cuenta... bueno, nuestras obvias diferencias de

envergadura.

—Es lógico. Es mi hermano.

—No lo creas, *signora*. Otras personas pensarían primero en si mismas o en posibles retribuciones.

—¿Te refieres a alguien en especial?

—No es importante...

¿Acaso una sombra de melancolía había atravesado sus maravillosos ojos? ¿Era posible que un hombre tan guapo pudiera sufrir algún tipo de angustia a nivel sentimental en su vida? Posiblemente.

Aunque mucho menos expuesto que el resto, al menos eso creía, acababa de aprender dos cosas de verdad importantes respecto a Giacomo de Altavilla. Tenía un profundo instinto protector, como ella, y sus increíbles ojos eran incapaces de mentir.

Capítulo 4

—Tienes un bonito lugar aquí...

—No es nada sofisticado, pero es cómodo y a nuestro gusto. —Blake echó una mirada alrededor, contemplando las paredes que ella y Nick habían pintado y decorado años atrás. En algunos lugares el color comenzaba a descascararse y llevaba meses pensando raspar y repintar, pero tiempo y dinero no sobraban— Me imagino que tu casa debe ser muy distinta, más a la moda.

—No creas. Diría yo que este lugar es mucho más moderno.

—¿Coleccionas antigüedades o algo así?

—Si contamos a mi *nonna* y a la *mamma* como antigüedades...

—¿Vives con tu abuela y tu madre?

—¿Es acaso demasiado espantoso el escenario? ¿Algo así como en el sótano o el ático, rodeado de figuras de acción de *Star Wars* y afiches de *manga*^[31]? —la sola idea de imaginarlo como un nerd encubierto la hizo reír genuinamente, haciéndolo continuar la broma— Tal vez con una nutrida colección de *Playboy* bajo el colchón...

—Si fuera así como lo dices, claro que resultaría bastante... curioso.

—A lungo andare^[32] ha sido una buena idea. Entre estar corriendo de un lado a otro de la ciudad cuando las “mujeres de mi vida” me reclaman, y créeme que como matriarcas sicilianas lo hacen a menudo y a horas increíbles, y poder estar tranquilo, aunque suene a solterón y mimado, me gusta compartir con ellas. Además, tenerlas cuidadas y contentas, lo que significa que no me estén sermoneando, ni haciendo pucheros, no tiene precio.

—Quién lo habría dicho. Eres un hombre bastante singular, *signore* de Altavilla.

Aunque en principio había pensado que mantener la mayor distancia posible con él era la mejor estrategia, que todo respecto a Giacomo era incompatible con su mundo, no podía dejar de reconocer que posiblemente lo

había prejuzgado equivocadamente.

Entonces recordó que todo lo que había acontecido en el parque con Nick había sucedido porque él había llegado allí para hablarle de algo. ¡Dios, no! ¿Se habría decidido finalmente a presentar una queja por la utilización de sus recetas? Porque si así fuera, el puñado de rasguños en sus antebrazos, que para peor, serían visibles por varios días para todo aquel ante el cual trabajara sin mangas largas, no iban a ayudar a mejorar su posición para alivianar las cosas.

—Giacomo...

—Dimmi.

—¿Qué me ibas a decir en el parque?

—Mannaggia^[33]! Casi lo olvido. Se trata de tu chef.

—De Mario... —de acuerdo, claramente el asunto no iba a quedar en perdón y olvido— ¿Crees que haya algún modo de reparar el agravio en la que puedas darnos un plazo o algo así?

—¿Plazo para qué?

—Para reunir el dinero.

—Ya te he dicho, *signora*, que no voy a demandarte, ni nada por el estilo, —¿Qué era aquel brillo en su mirada? ¿Acaso estaría proponiendo...?— pero sí tengo una exigencia que hacer a la que no vas a negarte si quieres que quedemos a mano.

—Exigencia...

—Si tu chef tiene la suficiente cara para estar copiando recetas, al menos que tenga la deferencia de hacerles justicia, ¿no crees?

—No entiendo.

—Si quieres que todo quede olvidado y perdonado, cuando se sirvan mis platos en tu restaurante, tu chef va a tener que prepararlos como yo voy a enseñarle a hacerlo mientras trabaje en tu restaurante.

—¿Qué?!

—Eso. Voy a trabajar contigo hasta que considere que tu amigo Mario deja de destrozar mis creaciones.

—Pero yo no puedo... ni siquiera logro imaginar cuánto vale un día de tu sueldo. Probablemente una demanda sería menos costosa.

—¿Podrías olvidar el tema del dinero? Afortunada o desafortunadamente tengo mucho más del que necesito y no voy a tomar el tuyo por ningún motivo.

—Lo siento, sigo sin entender esto... ¿Quieres trabajar en “*La tavola*” gratis? ¿Y encima adiestrando a mi chef para que pueda seguir preparando y sirviendo tus platos en mi local?

—Sí, has entendido perfectamente.

—Ya, pero es una locura.

—Pues llámame loco, aunque excéntrico me resulta tanto más atractivo.

—No me parece correcto aceptar. Aunque tú puedas darte el lujo de hacer algo así, yo no puedo permitir que lo hagas sin pensar en algún modo de corresponderte.

—Lo hay.

—¿Cuál sería?

—Yo voy a enseñar lo mío. Tú enséñame lo tuyo. Ese día en tu restaurante vi la sección especial de postres de la carta y eso estoy seguro que no corresponde al repertorio del buen Mariuccio^[34], ¿me equivoco?

—Son recetas familiares.

—Sembra perfetto^[35], siempre estoy recopilando recetas familiares para darles mi propio giro.

—Me refiero a que son secretos de familia, por eso Mario no es quien prepara los postres...

—Por supuesto. Bien, tendré que pensar en alguna otra cosa, pero de momento, ¿quién hace las compras?

—Yo.

—¿El chef no supervisa personalmente las compras?!

—No es cosa de Mario, soy yo la que prefiere estar sobre eso.

—Signora, —él la miraba a los ojos de manera tan intensa que apenas podía concentrarse en sus palabras— ¿por qué cocina un empleado, si la verdadera chef eres tú?

—Antes del accidente de Nick cocinaba yo, pero ahora el tiempo no me da y Mario lo hace bien...

—Bueno y sublime no son lo mismo, Blake.

Por primera vez lo escuchaba mencionar su nombre y una sensación parecida a la de hielo bajando por su columna para chocar con lava en ascenso la hizo estremecerse.

Si iba a tener diariamente a Giacomo de Altavilla tan cerca, tendría que irse con cuidado, en especial con las reacciones de su cuerpo, que evidentemente no sabía distinguir lo que le convenía de lo que no.

Aquel trato era en si un peligro, una especie de pacto con el diablo en el que él iba a dar, sí, pero, ¿a qué precio? Además habían hablado de instruir a Mario, pero en seguida supo que era a si misma a quien quería que Jack le enseñara.

—No voy a negarte que quisiera seguir a cargo, cocinar, e incluso he pensado estudiar, pero en mi lista de prioridades, el asunto está algo postergado.

—Me gusta la gente que está dispuesta siempre a seguir aprendiendo. El día que crees que lo sabes todo es cuando comienzas a convertirte en un completo ignorante.

—Yo no podría haberlo expresado mejor.

—Sería todo un honor si pudieras acompañarnos en la cocina entonces, aunque sea cuando el tiempo te sea favorable.

—¿Hablas en serio?

—Certo.

—Pensé que solo se trataba de que Mario no tergiverse tus recetas.

—No podría asegurarlo sin conocerle más, pero mi primera impresión tras lo sucedido es que tu chef es un simple imitador. Tú, en cambio, podrías reinterpretar mi trabajo y hacerlo tuyo.

—¿Por qué no te importa que otras personas le saquen provecho a tus ideas?

—Porque amo cocinar y que la gente lo disfrute, tanto si comen en mi restaurante, como si preparan la comida en sus casas. Un almuerzo... una cena, lo que sea, —él hablaba con tanta pasión, que no pudo dejar de admirarlo— ¿qué sentido tiene que algo sea delicioso si solo unos pocos, muchas veces injustificadamente privilegiados, son los únicos que pueden experimentarlo?

—¿Entonces por qué parecías tan molesto ayer cuando discutías con

Mario?

—Esa es una historia algo más larga, pero digamos que lo que me importaba era la excelencia, la sensación y satisfacción de los comensales con algo que no inventé en cinco minutos, sino en años de experimentar, a veces a base de acierto y error. Pero a mi cargo jamás un plato de prueba fue a dar a la mesa de un cliente, ni siquiera en degustaciones.

—Eres todo un filántropo y curador gastronómico.

—Me fascina lo que hago y a más puedan gozarlo, por mí mejor.

—De acuerdo, me has convencido. Y como muestra de buena voluntad, además prometo enseñarte también alguno de nuestros postres.

—No te vas a arrepentir de haber aceptado. Lo primero serán las compras.

Dove compri i frutti di mare freschi^[36]?

—Lamentablemente he tenido que usar congelados...

—Mmmm, no te preocupes, te llevaré al lugar donde yo compro y verás que consigues todo del día por casi el mismo precio que cobran los distribuidores de congelados.

—¿De verdad?

—No te alegres tanto. Significa que te recogeré mañana a las cuatro de la mañana.

—Casi sería mejor que te quedaras a dormir. —lo había dicho de forma tan inocentemente espontánea que solo al escucharse a si misma notó lo que aquellas palabras podían implicar, en especial por la sonrisa traviesa de él— ¡Lo siento! No vayas a pensar que yo...

—Signora, ya quisiera yo que hubieras querido decir aquello en lo que yo no debería pensar, pero no te preocupes, no me lo voy a tomar a pecho.

Aunque antes no lo había dicho con esa intención, ahora no había podido evitar imaginarlo.

Claramente Jack la atraía a nivel físico y si un hombre podía resultar inmediatamente deseable, ese era él, pero para Blake dormir con alguien requería mucho más que el calor del momento.

Salvo por el asunto de la foto de la revista y de tantas otras anteriores, además de los comentarios que siempre corrían de aquí para allá, que podían ser tan reales como falsos, hasta entonces no había nada en él que le resultara

poco agradable.

Al contrario. Jack parecía ser, hasta el momento, un hombre no solo trabajador y talentoso, también generoso y desinteresado, apasionado y caballeroso, todas cualidades sumamente positivas en su personal esquema para juzgar el carácter de otros.

El problema radicaba entonces precisamente en eso. Sin más antecedentes, él perfectamente podía ser la encarnación de su príncipe azul, la más peligrosa de las tentaciones, en especial porque ella no podía permitirse cometer el error de rendirse a ser un mero capricho.

—Otra vez te has quedado en las nubes, *signora*.

—Lo siento, estaba pensando en todo esto de tenerte en “*La tavola*”.

—No pensé que pudiera resultarte incómodo...

—¡No! No se trata de eso, al contrario. Será una experiencia increíble y por lo mismo me cuesta un poco asumirlo.

—¿Sabes? —el roce de aquellos dedos acariciando su mejilla en un gesto espontáneo y dulce estuvo a punto de arrancarle un suspiro— Soy yo quien debe agradecerte la oportunidad. Hace un tiempo ya que me he sentido como... *bloccato in una specie di routine*^[37]. Trabajar en tu cocina enseñando será un respiro de aire fresco.

—Me alegra poder compensar de cierta forma el enorme privilegio que nos brindas.

—Ya veremos si mañana opinas lo mismo, *signora*. Como chef soy muy flexible y abierto a nuevas ideas, pero como profesor, puedo ser lo que se dice “*un mal di denti*”^[38]. Hay algunas historias épicas circulando entre mis ex aprendices...

—No te preocupes, tengo una dentadura muy resistente.

—Benne. Bueno, creo que ya va siendo hora de que me marche.

Por un momento pensó invitarlo a que se quedara a cenar, pero faltaban algunas horas para ello y la verdad, aunque tenía mil cosas que podía preguntarle, no quería parecer demasiado ansiosa.

—Una vez más, discúlpame por hacerte daño.

—Boh^[39], posiblemente lo mereciera...

—No es así. Fuiste muy amable al querer defenderme. Lo lamentable fue todo el malentendido, pero al final hasta le has caído bien a mi hermano y aunque es muy simpático, te aseguro que no se inclina a aceptar tan a prisa a cualquier persona que yo conozca.

—Me siento halagado entonces. —aún sin desear que se fuera, lo acompañó hasta la puerta y antes de que pudiera rechazarlo, Giacomo rozó casualmente sus labios con los suyos— *A domani*^[40], *signora*. No olvides que pasaré por ti a eso de las cuatro am.

—Sí...

¡Dios! Si el solo roce de su apetecible boca podía hacerla arder de esa manera, ¿qué habría sucedido si se hubiera decidido a invitarlo finalmente a cenar?

No contaba con ningún vino de categoría, pero tenía algunos mostos artesanales interesantes en su pequeña cava que habrían animado al relajó y regocijo. Siendo así, posiblemente hubiera sido ella misma quien se inclinara a probar sin modestia alguna el sabor de sus labios, a la vez masculinos y fervientemente sensuales.

Recordó el rato en que él había paseado a torso desnudo por su sala con total naturalidad, debiendo por convencionalismos sociales facilitarle rápidamente una camisa de Nicholas, aunque si fuera por ella, él nunca debería volver a cubrir tanto atractivo, más aún, se atrevería a asegurar que en un mundo perfecto hecho a su imagen, Giacomo pasearía indefinidamente como Dios lo echó al mundo.

¡Por suerte él había sido sensato y se había marchado! Un rato más en su compañía y todo el buen juicio, del que tan orgullosa se sentía, habría escapado volando por la ventana.

En una extraña nube de disgusto consigo misma y a la vez regocijo por el regalo a los sentidos del que había sido protagonista, tomó el teléfono y marcó a “*La tavola*” para contarle las increíbles noticias y algún detalle más a Susan.

Capítulo 5

—Buon giorno, signora, ti piacerebbe un capuccino^[41]?

—¡Dios! —de seguro no todos los seres humanos tenían la fortuna de lucir como él tan temprano en la madrugada, menos aún con su arrebatadora sonrisa mientras le ofrecía un vaso de aromático café— Eso huele delicioso.

—Cuidado, lo preparé justo antes de salir de casa, así que aún debe estar *bollente*^[42]...

Al sonar la alarma a las tres de la mañana, a poco estuvo de lanzar lejos su teléfono, absolutamente segura de que aquel sueño, por atractivo que fuera, era eso, algo simplemente irreal.

Cuando minutos después el aparato había insistido en su estruendo indicando como título de la alerta “Compras con Giacomo”, comenzó a dudar de sus niveles de lucidez hasta que se equivocó al abrir la llave de la ducha y se dio un indeseable remojón de agua fría que la despertó del todo.

Y aunque el sueño la había hecho titubear en un primer momento respecto a haber aceptado salir de compras con él, nada más verlo sus sentidos alabaron su decisión, recordando cuando Susan se había referido a él como “*rockstar*”.

Pese al frío y a que aún era de noche, llevaba unos jeans bastante ajustados, con varias roturas y sectores desteñidos que le quedaban realmente perfectos, sumado a un sweater de hilo negro con cuello en V que destacaba toda la fuerza de su armonioso tren superior.

Ofreciéndole el vaso de aromático capuchino recién preparado era la encarnación de un sueño erótico.

De acuerdo, ya era hora de dejar de pensar instantáneamente en esos términos en él o sería muy poco lo que su mente lograría asimilar de los conocimientos que Jack pensaba ofrecerle. Aunque conocer íntimamente cada centímetro de su piel dorada, como un *cannolo*^[43] recién hecho, no sonaba a desperdicio de tiempo o neuronas...

—Confieso, *signora*, —él le había pasado de pronto el pulgar por la comisura de la boca, cogiendo un resto de espuma de leche y llevárselo a los labios para chuparlo lentamente, sin dejar de verla a los ojos— que reemplacé mi usual *espresso* por capuchino precisamente pensando en algo como esto...

¡Señor! Con lo mucho que le costaba mantener la compostura, si hacía ese tipo de cosas, ¡¿cómo iba a evitar lanzarse sobre él?!

Tan espontáneo como siempre, había cogido su mano, entrelazado sus dedos y ya lo seguía hacia la calle cuando él se detuvo preocupado.

—¿Y Nicholas?

—Tranquilo, he dispuesto anoche que Gladys se quedara en casa para no dejarlo solo a esta hora. Normalmente no es necesario, pero hace algún tiempo... lo siento, te aburro con mis asuntos domésticos.

—Per niente, Blake. — su mirada siempre honesta la invitaba a continuar — Todo lo tuyo me interesa.

—Nick ha tenido lo que se conoce como “dolores fantasma”, ¿sabes lo que es?

—Me suena a unas molestias que se sufren por amputaciones, ¿no?

—Es semejante, pero en personas cuadripléjicas no hay amputación, sin embargo los miembros imposibilitados de movimiento igualmente generan dolor residual. Hemos probado con varias medicinas y tratamientos, también con calmantes, pero aún no encontramos la fórmula para evitarlos y que pueda ser todo lo independiente que él desearía, pese a todo.

—A veces concentrarse en un problema no te deja ver la solución. Ya pensaremos en algo que funcione, —sí, él había dicho “pensaremos”— no te preocupes. Ahora a comprar.

—Vamos.

Aunque no sabía mucho de autos, el de Jack le pareció uno de los más bonitos que hubiera visto nunca. Un convertible rojo, seguramente antiguo, pero que claramente recibía bastante cariño y cuidados según revelaba su superficie brillante y sus cromados pulidos como espejos. En esos momentos tenía la capota alzada, pero se pudo imaginar conduciéndolo en un día despejado por una carretera a orillas de un lago y con semejante príncipe azul

sonriéndole a su lado.

Cómo no, él le había abierto la puerta e invitado a que eligiera la música que más le agradara.

Pese a la hora, las calles no estaban del todo vacías. Muchos camiones de reparto y trabajadores de limpieza estaban terminando su faena, lo que le daba vida desde tan temprano a la ciudad.

Comenzaba a clarear el alba a lo lejos cuando llegaron a los muelles donde los pescadores acomodaban su carga recién traída sobre los blancos mostradores de azulejo del terminal pesquero.

Por supuesto, en cuanto entraron una oleada de actividad se generó a su alrededor, cada cual ofreciendo sus mejores productos a uno de los clientes predilectos que llegaba por ahí.

Jack saludaba amablemente a todos, sacando una pequeña libreta en la que anotaba tipos de pescados y mariscos y los puestos respectivos en los que había visto lo que le interesaba.

—Benne, signora, comencemos con la lección. ¿En qué te fijas para elegir el pescado más fresco?

—Tengo dos tips principales. El olor, que debe ser fresco a mar, y las agallas, que deben estar rojas.

—Son buenos indicios de frescura, pero te puedo decir que hay algunos sinvergüenzas que lavan los pescados, incluso con productos de aseo. Y, peor aún, hay otros que colorean quién sabe con qué las agallas. No es algo que haya visto en este mercado, pero sé de casos por la ciudad. Dame tu mano.

—Sí. —él sujetó su mano suavemente, pero con firmeza, y la hizo presionar los dedos contra la resbalosa piel de un magnífico salmón— ¿Sientes? La piel está firme, las escamas están bien adheridas a ella, igual que las aletas. Y los ojos son brillantes y bien definidos, no están opacos.

—Jefe, no va a encontrar mejores salmones en toda la ciudad que los míos.

—Lo sé, Phil. Quiero esta partida completa.

—A la orden.

—¿No crees que sean muchos? —si el ojo no le fallaba, si compraban los doce salmones que tenía el pescador, no le quedaría nada para otras compras

— No ofrecemos normalmente salmón y...

—Tranquila. Aquí tengo precios con descuentos excelentes. Las reservaciones de almuerzo y cena están completas y el especial del día será *canelloni* de salmón y ricota con salsa de mariscos al vino. Posiblemente nos falte, pero queda bien de vez en cuando dejarles con el gusto y anunciar que el especial se ha terminado.

—¿Dijiste almuerzo y cena? ¡¿Todo completo?!

—Certo. He seleccionado ya los mariscos, cuyo secreto de frescura es simplemente seguir con vida... ¿Qué te gustaría agregar a la carta?

—¿Tú tienes algo que ver con que las reservaciones estén completas?

—No yo directamente... o sí, pero es que mi agente, el mismo inepto que dijo que debiera darme a conocer como Jack Hauteville, tras darme una larguísima monserga respecto a mis decisiones laborales, me retó a que no era capaz de llenar "*La tavola*" antes que él lo hiciera con el "*Sibari*".

—¿Y qué sucedió?

—Bueno, —él se alzó de hombros y le restó importancia al asunto de estar trabajando prácticamente contra sus propios intereses— cuando publiqué en mi Instagram que estaría cocinando en tu restaurante, y por ende, no lo haría en el mío, fue bastante fácil doblarle la mano.

—Giacomo, de verdad no es necesario que hagas este tipo de cosas.

—No te preocupes, Blake. Estoy encantado de hacerlo. Tú me has brindado la oportunidad de volver a disfrutar de mi trabajo y eso para mí es invaluable.

—Igualmente gracias. El "*Sibari*" es precioso y tu carta... no tengo palabras para describirla.

—¿Cuándo has ido?

—Lo siento, aunque he querido ir, no he podido, pero siempre veo las reseñas que hacen y todas las fotos en las páginas de sociales.

—No deberías trabajar tanto. También debes hacer tiempo para divertirte.

—No es eso... Está un poco fuera de mi presupuesto en estos días.

—¡*Cacchio*^[44]! Vendrás conmigo. No me gusta nada que se haya convertido en un sitio tan ostentoso. Nunca ha sido mi intención disgregar a ningún cliente, mucho menos por dinero. Es más, la mayoría de las personas que van ahora por allí... no, no me identifico.

—Aceptaré solo si me permites cocinar para ti también, pero sin dejarte que muevas un dedo.

—¿Acaso vas a atarme y a alimentarme de tu mano, *signora*?

—No me refería a eso, —una imagen de él literalmente atado, cogiendo bocados de comida de sus dedos la hizo sentir mucho más calor del que se podía percibir en esos momentos— pero se puede arreglar...

—Pues entonces cuenta conmigo sin dudarlo. Ahora vamos, recogeremos los mariscos, pasaremos por los vegetales y la ricota que encargué y nos pondremos manos a la obra con la pasta.

—Eres muy eficiente y organizado.

—No me viene por naturaleza. Lo aprendí casi a palos con la *nonna* y lo agradezco. Me fascina la espontaneidad, pero cuando cocino en porciones reducidas. Para ofrecer un especial a cientos de personas, si trabajara sin orden, acabaríamos con algún nivel de tragedia *nella cucina*^[45]. Cuando toda mi familia se reúne, es como alimentar a un regimiento. Todos quieren su plato caliente y perfecto ya mismo.

—Debe ser interesante al menos de ver.

—Tú y Nicholas deben venir la próxima vez. Creo que en un par de semanas tendremos algún cumpleaños.

—Pero son cosas de tu familia.

—Sería un placer tener caras nuevas... y nuevos temas de conversación. Las idas y venidas del *calcio*^[46] italiano y la corrupción de absolutamente todos los políticos son demasiado para mi resistencia.

—Hablaré al respecto con Nick y te digo ¿bueno?

—Seguro hace buenas migas con mi hermano. Fue por su causa que llegué a “*La tavola*”.

—No lo sabía... ¡Tienes que contarme!

—Ya lo haré en su momento.

—No es justo que me dejes con la curiosidad.

—Te lo contaré todo, pero aún no.

—Está bien, ¡tan misterioso! ¿Y a él le gusta el chocolate?

—Como a todo miembro que se precie de la familia de Altavilla.

—Le prepararé *pastateles* entonces, para agradecerle tu visita y todo lo que nació de ella.

—Che cosa sono^[47]?

—Unos dulces que te aseguro no has probado jamás. Son una receta familiar secreta que únicamente mis parientes del lado italiano conocen. Mi *nonno* decía que solo dos cosas, aparte de mi *nonna*, eran buenas del sur de Italia: Sofía Loren y los *pastateles*.

—Espero que no estés del todo de acuerdo con esa afirmación, ya que Sicilia está al sur de la bota... —él le guiñó un ojo, sumado a una sonrisa como para comérselo a bocados que de inmediato la decidió a abandonar el bando de su abuelo— Ya estoy ansiando probarlos, aún pese al insultante comentario de tu *nonno*....

—Si Nick acepta ir a tu reunión familiar, avísame cuántos son y prepararé para todos.

Aunque no muy convencida, llegando a “*La tavola*” le permitió a él entrar al sector de la despensa y refrigeradores a dar una mirada a solas, quedando mucho menos tranquila cuando Jack además la invitó a abandonar del todo el área de la cocina.

De un bolso que había bajado consigo del auto, además de una gran caja de herramientas, sacó una camiseta negra, permitiéndole una vez más observar parte de su cuerpo desnudo mientras se quitaba el chaleco de hilo que lo hacía lucir increíblemente sexy y se ponía aquella prenda que no hizo otra cosa que darle aún más aspecto de sueño erótico, pues además se había anudado un pañuelo a la cabeza al estilo de los piratas antes de voltearse hacia ella e indicarle por señas a través de la pequeña y redonda ventana que debía ir a su oficina a “relajarse y dejarlo revolver un poco las cosas”.

Justo antes de hacer caso, él se había volteado, lo que curiosamente le permitió ver probablemente por primera vez, ya que algo así le resultaría inolvidable, el perfil de su brazo derecho, pudiendo notar que un intrincado tatuaje de estilo gótico cubría su piel, posiblemente desde el hombro hasta unos centímetros por arriba del codo.

Sí, seguro antes no había llegado a verlo, porque ni siquiera cuando había curado las aún bastante notorias marcas de arañazos en sus antebrazos había

reparado en aquel detalle, amén de haberle prestado una camisa de Nick para que él se sintiera más cómodo y que ella pudiera concentrarse en algo más que en su elegante musculatura y maravillosa piel.

El dibujo, en los pocos segundos que pudo contemplarlo, parecía representar un escudo de armas o algo así, con preponderancia de un rico tono de azul y mucho trabajo en negro y sombreado suave.

Estaba muy segura de que, o el tatuaje era reciente, o en más de alguna foto suya que había aparecido en la prensa, lo habían disimulado, pues no recordaba haberlo visto en papel y no era que hubiera mirado por encima nada más dichas fotos.

Si algo abundaba respecto a él en los medios era información sobre su vida romántica, o al menos lo que los periodistas conjeturaban de ella, ya que realmente nunca lo habían captado en algún idilio innegable, ni había ofrecido él información alguna del tema.

Por supuesto, tendría que ser una tonta o demasiado ilusa para pensar que no hubiera tenido ninguna relación con las muchas mujeres que las cámaras lo habían sorprendido, pero no calzaba con el hombre que estaba conociendo la imagen de alguien que quisiera mantener en secreto sus amores para poder darle rienda suelta a su lado conquistador con unas y otras.

Aún reflexionaba al respecto, tan absorta que apenas había notado el sonido del taladro y la sierra eléctrica que él había estado usando, cuando Jack llamó a su puerta y la invitó a acompañarlo para ver los cambios que había hecho.

—La disposición general de la cocina estaba correcta, Blake, sin embargo me tomé ciertas libertades para poder dejar acomodados los utensilios y algunas cosas más de la forma más práctica posible, en especial pensando en el tiempo, que con el restaurante lleno será de los recursos más escasos y valiosos, así que deberemos sacarle el máximo provecho. Hay un par de cosas más que quiero hacer, pero para eso pediré ayuda a un amigo que es un genio en inteligencia artificial y sistemas de todo tipo. Seguro te agradecerá y las modificaciones tecnológicas que planeo llevarán a “*La tavola*” al siguiente nivel, como hizo Stephen con el “*Sibari*”.

—¡Es maravilloso! —aunque era la misma cocina, los cambios que había

hecho realmente parecían como si hubiera modificado del todo la estructura y distribución del lugar— Pero te tardaste apenas... ¡No fueron ni dos horas!

—Ti piace^[48]?

—¿Acaso hay algo que no hagas bien, *signore* de Altavilla?

—Sin duda, pero ojalá de esas cosas no te des cuenta...

—No lo sé, comienzo a dudar que exista algo que no puedas hacer.

—Créeme, lo hay. —una mirada cargada de diversión iluminaba sus bellos ojos— Por ejemplo, ahora necesito tomar una ducha y hay un sitio en mi espalda que jamás me alcanzo.

—Con lo mucho que has trabajado y yo ingratamente ni siquiera te ofrezco enjabonarte la espalda, ¿verdad?

—No pienso que sea ingratitud, *signora*. Tal vez tan solo creas que no sea apropiado, pero de verdad serías bien recibida.

—Por mi parte no hay ningún problema, —¿Con que muy divertido desafiándola? Muy bien, dos podían jugar a ese mismo juego y ella pensaba agasajarse sin reparos con las vistas— siempre y cuando sea eso y no algo más en lo que requieras “una mano”...

—Ah, Blake, entonces tal vez debas conservar tus buenas intenciones intactas, pues no podría poner las manos al fuego respecto a lo que yo podría hacer contigo tocando mi cuerpo.

—Tal vez —¡Dios! ¿Acaso se estaba volviendo loca? ¿Valía la pena arriesgar todo aquel sueño de Jack trabajando para “La tavola” por un poco de placer físico? Aunque siempre podía ser mucho más que un poco— debería correr el riesgo y ver...

—¿Y si luego te retractas?

—Serías el caballero que has sido hasta ahora y me permitirías arrepentirme, estoy segura.

—¿Eso crees?

—Sin dudarlo.

—Tú ganas. Aunque espero por mi bien que no sea así.

¿Aquello estaba sucediendo en verdad?

Jack la había tomado de la mano y había vuelto con ella hasta su oficina, repletándola con su imponente presencia, ni hablar del minúsculo cuarto de

baño, que por supuesto contaba con una práctica ducha para dejar que el agua se llevara consigo el cansancio y el sudor de agotadoras jornadas de arduo trabajo para mantener vivo el negocio de su madre, pero que ni en sus más locos sueños estaba preparado para acoger a aquel Adonis en sus reducidas proporciones.

Si esperaba que él le diera tiempo a digerir todo aquello, al momento que se quitó la camiseta, seguida de los jeans y la ropa interior, salió de su error, disfrutando Jack de su cara de asombro mientras se quitaba los zapatos para entrar al agua.

—Signora, me parece que creías que solo hablaba por hablar.

—No, yo...

—Dimmi...

—Es que... estás muy cómodo así.

—Así, ¿cómo? —¡Descarado! Por supuesto que se refería a estar total y absolutamente desnudo... e increíblemente apetecible, aunque por el momento le diera la espalda. La sonrisa algo arrogante que pudo ver de medio lado en su boca infinitamente tentadora no dejaba lugar a dudas— *Non capisco*.

—Sei un bel bugiardo^[49]! Lo sabes de sobra, pero te encanta este juego...

—Certo, signora, —Jack se volvió hacia ella en toda su monumental belleza, tendiéndole aquella irresistible carnada con la inocente forma de un jabón— ¿te apetece jugar conmigo?

—¿Sabes? *Più di ogni altra cosa*^[50].

Capítulo 6

Claro que Jack sabía lo que le hacía al invitarla a recorrer con casi plena libertad su provocativo cuerpo, sin embargo de seguro no estaba del todo preparado para lo que ella iba a producirle al coger aquel guante sin ningún reparo.

Lejos de sujetar temblorosamente la pastilla de jabón, la había frotado hasta crear bastante espuma, sin dejar ni por un segundo de mantenerle la mirada hasta que lo dejó a un lado y llevó sus manos directamente a su duro abdomen, recorriendo con pasmosa lentitud cada trabajado grupo muscular en ascenso, haciéndolo tragar en seco cuando aquellas pequeñas y hábiles manos se regodearon con sus poderosos pectorales.

—No es que me queje, pero pensé que solo tendría que ayudarte con aquel rincón de tu espalda que no consigues enjabonarte tú...

—Si no te molesta, resulta mucho más agradable darte carta blanca, aunque he de reconocer que es... bueno, hace años que ninguna mujer hacía esto, posiblemente la última en darme un baño fue *la mia mamma*.

—Esto no es un baño, *carino*^[51],—en ese preciso momento sus dedos anteriormente delicados, atenazaron sin demasiada suavidad sus pezones, robándole un jadeo y haciendo que un escalofrío recorriera toda su espalda en respuesta a secretas promesas que las palabras y acciones sugerían— aquello sería tanto más serio...

—Yo soy materia dispuesta y entregada a ti, *signora*.

—Ya lo creo que sí, además de un atractivo desvergonzado, pero ten presente que yo no soy ninguna niñita que vayas a impresionar tan fácilmente como todas aquellas con las que sales en las revistas. Conmigo vas a sudar para conseguir las cosas, *signore* de Altavilla.

—La idea de sudar contigo *mi sembra delizioso*^[52]

—Tan ingenioso... y tan hábil para esquivar los temas incómodos... ¡Date la vuelta! Veamos ese rinconcito rebelde en tu espalda.

Él le dedicó una sonrisa traviesa y se volteó, brindándole nuevamente el placer de contemplar desde ese ángulo la maravillosa obra de quien debió moldear a mano y con cariño su espectacular cuerpo.

No fue nada fácil evitar la tentación de acercarse a saborear su piel, que al estar mojada relucía como si estuviera labrada en un extraño y hermoso metal, marcando perfectamente sus elegantes músculos. Si lo hacía, le daría a él luz verde para tomarla en sus brazos y... no es que no quisiera. ¡Que la partiera un rayo si lo negaba! Pero tenía que exigir hasta el límite su fuerza de voluntad, si era necesario, para que Jack no se conformara con probar, disfrutar y marcharse.

No por ella, por “*La tavola*”, por supuesto.

—¿Es aquí?

Blake había preparado más espuma y frotaba lentamente y en círculos el centro alto de su espalda, rozándolo levemente con las uñas.

Si tan solo aquella ducha no fuera tan pequeña, habría dejado que aquella sensación lo hiciera arrodillarse para que ella tuviera libre acceso a su cuello y sus hombros y... ¡*Dio*^[53]! A todo lo que quisiera.

Se perdía en aquellos pensamientos cuando Blake acarició descaradamente su trasero antes de acomodarle una sonora nalgada entre risas.

—Aunque tienes *un bel paio di chiappe*^[54], el personal ya está llegando y habrá que ponerse a trabajar.

—En fin, donde manda capitana... pero no te dejaré marchar sin que me des un beso.

—De acuerdo. Acércate.

Jack retiró el agua de su cara con la mano y se inclinó para que ella no se mojara, cerrando los ojos y sonriendo, pagado de sí mismo, aguardando el beso prometido.

Claramente no esperaba que Blake lo recorriera con la lengua desde el hueco entre su cuello y su hombro, repasando lentamente su garganta, mordiendo suavemente al llegar a su barbilla para continuar hasta lamerle los labios antes de separarse tras un muy casto beso.

—Signora, —sus ojos, aunque tan verdes e intensos como mar tropical,

reflejaban el fuego que lo consumía— no me dejarás así, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Antes de irme, te indicaré la llave del agua fría...

—È cattiva... —¡que sonrisa más guapa y ardiente!— *ma così mi piaci*^[55].

—Y tú no estás nada mal, *signore*. Y ahora siéntete como en tu casa en mi oficina para que te vistas, yo voy a darle la noticia al personal.

Aquello había sido espiritualmente agotador. Se requería de una mujer mucho más fuerte para poder resistirse a Giacomo de Altavilla desnudo y entregado, pero había conseguido aguantar lo suficiente para batirse en honrosa retirada a tiempo, encontrándose con Mario y sus asistentes al entrar a la cocina casi a la carrera.

—¡Vaya, Blake! Ésta sí es una sorpresa. ¿Te trajiste anoche a todo el programa de remodelaciones exprés de la televisión? Aunque este lugar es el mismo, simplemente no es igual...

—¿Acaso no viste el Instagram de “*La tavola*”, Mario?!

—No, Susan, ¿es que ya habían subido las fotos o algo?

—No, —si Mario aún no lo sabía, ¿cómo se tomaría que Giacomo estuviera ahí para indicarle cómo hacer su trabajo?— los arreglos los acaban de terminar...

—No me digas que también eso lo hizo él, amiga.

—Sí.

—¿Él? —se le veía en la cara que ya algo le olía raro— ¿Cuál él?

—Jack Hauteville.

—¿Qué?!

—Como la escuchas. Ya que el amo y señor del “*Sibari*” tuvo a bien venir a reclamar que su comida no se preparaba aquí como él lo ha dispuesto, Blake lo puso en su lugar y ahora va a tener que trabajar en “*La tavola*” hasta que ella quede satisfecha al respecto.

—¡Sue! —la sola idea de tenerlo a él prácticamente bajo sus órdenes competía entre hacerla reír a carcajadas y tener un ataque cardíaco— No es así, Mario. Giacomo ha sido muy amable al ofrecernos su ayuda e instrucción, sin poner reparo alguno en que usemos sus recetas, pero...

—¿Pero...?

—Bueno, aunque él no lo ha exigido, —pese a estar diciéndolo con el mayor tino posible, no podía prever la reacción de Mario por su sola ilegible expresión— considero que su gentileza merece que mientras esté en la cocina, se le considere chef principal.

—¿Qué es esto? ¿La nueva temporada de “*Hell’s Kitchen*”^[56]?”

—Mario, nuestra intención no es pasar por sobre ti.

—Lo sé, mujer, pero entonces no lo hagan parecer así. En razón de la verdad, trabajar con Hauteville será un honor... pero, ¿están hablando en serio o me quieren tomar el pelo?

¿Qué mejor confirmación que él apareciendo en su impecable atuendo? Aunque a diferencia de la mayoría de los chefs, Jack no usaba el blanco, sino un imponente traje negro que lo hacía lucir aún más guapo, si eso era posible. La única concesión al color eran dos pequeñas banderas italianas bordadas en ambas terminaciones del cuello mao de su filipina.

—Hablan muy en serio, *signore*...

—Conte. Mario Conte.

—Pese a nuestro anterior encuentro desafortunado, *piacere*. Yo soy Jack... —la mirada cargada de mensajes entre líneas que le dedicó mientras le estrechaba la mano a Mario y al resto del personal estuvo a punto de incendiarla— Giacomo de Altavilla.

—Lo sé. Permítame disculparme por el altercado del otro día. No ha sido mi intención molestarlo con mi interpretación de su trabajo. Solo intentaba revitalizar en lo posible el menú de “*La tavola*” para ayudar a Blake, en especial en estos momentos en que la situación está difícil y...

—Mario, por favor, —el gesto inquisitivo de Jack al escucharlo no dejaba lugar a duda de que se había enterado de sus problemas económicos, o al menos había generado en él sospechas, más allá de lo que deseaba— no abrumemos a Jack con nuestros asuntos particulares. Tenemos todo el comedor al almuerzo y la cena completo para hoy, así que será mejor ponernos de una vez a trabajar.

—De acuerdo.

Por fin había conseguido volver a respirar de forma medianamente normal.

Por supuesto que la ayuda de Jack, más aún, ofrecida de forma gratuita, era

racionalmente imposible de rechazar, sin embargo si Mario se hubiera opuesto, habría tenido que pedirle disculpas con el dolor de su alma al dejar pasar aquella oportunidad, sin embargo su chef había sido la razón de todo eso y, después de todo, también había puesto su nombre y prestigio en entredicho, en especial si el asunto del plagio hubiera pasado a mayores. Despedirlo y dejar a Jack, además de no ser algo definitivo, habría sido injusto y simplemente inadmisibile para ella.

—¡Ay, Dios mío, amiga! Es tan increíblemente delicioso... no sabes cuánto te estoy envidiando. Es como un gigante perfecto y... ¡ufff! No hay nada en él que no haga que una quiera arrancarle la ropa y probar a perder el aire de los pulmones debajo de TODO ese cuerpazo.

—Sí...

—Además que así, recién duchado te hace pensar en el agua corriendo por su piel...

—Yo lo hice.

—¿Qué?!

—Bueno, no todo... Estoy hablando de la ducha... ¡Dios! Yo no suelo comentar estas cosas...

—¡Ah, no! Ya comenzaste a hablar. Ahora dímelo todo. Y no pienses en guardarte los detalles, ¿eh? Después de todo, en parte me lo debes. No es que él haya llegado de casualidad al parque, ya sabes.

—Con una condición.

—Ponla.

—Si la cosa va a más, recuerda que ahora acordamos que es la última vez que doy detalles.

—Aguafiestas, pero está bien, no me aguanto de saber. ¿Ya lo hicieron? ¿Y estuvo tan genial como me lo imagino? ¿Está tan bien dotado como se esperaría?

—¡Con calma!

—Pero ya comienza a decir algo, mujer.

—Hasta esta mañana todo ha sido verlo medio desnudo y unos besos casi robados a la rápida, pero hoy se ha lanzado del todo en plan seductor y me ha invitado a enjabonarle la espalda mientras se duchaba tras las remodelaciones

que hizo...

—¡Me muero!

—Y te aseguro que no hay un mísero milímetro de ese hombre que no sea hermoso y monumental.

—Por favor, Blake, por las mujeres del mundo, atrapa a ese hombre y no lo dejes escapar.

—No tengo dudas de que es un buen tipo. No creo que solo por química esté dispuesto a trabajar aquí gratis. De verdad que ama su trabajo y que se alegra de ayudarnos en el proceso, pero de ahí a que él quiera dejar sus correrías y sentar cabeza, más aún conmigo, teniendo en cuenta lo de Nick, resulta a lo menos difícil de creer. Es el problema de los demasiado guapos, que siempre tienen un séquito de mujeres dispuestas a más de lo debido por un poco de su atención.

—Créeme que las entiendo. Pero él te mira de un modo especial...

—Ya estamos crecidas para cuentos de hadas y amor a primera vista.

—No, no es eso... él está... no sé cómo decirlo, pero crea alrededor tuyo un aura de protección... y algo parecido a la propiedad, en el buen sentido, claro.

—No lo sé... ha insinuado algo respecto a su hermano. Que fue él quien planeó que viniera a "*La tavola*"... es un poco extraño.

—Pero te gusta.

—Tendría que ser alienígena para que no lo hiciera, y aún así dudo que no me pareciera atractivo.

—Pues entonces no hay más que hablar. Tal vez realmente sea tu príncipe azul, que además ha venido con su brillante armadura a hacer perfecto tu mundo. No olvides que aunque puede que las mujeres lo busquen, no significa que él les haga caso.

—Tampoco quiero que un culo hecho a mano y unos ojos bonitos me conviertan en ingenua.

—¡Te odio! Ese trasero sí que ha de ser digno de verse...

—Y acariciarlo mojado, no, no te lo podría explicar.

—Lo dicho, te detesto. Y encima de todo, ¿de verdad que fue él quien hizo las mejoras? ¿Con sus propias enormes, talentosas y sexys manos?

—Y me hizo prácticamente meterle los dedos en los ojos al salmón que serviremos hoy con esas mismas manos.

—Mierda, hasta esa asquerosidad se escucha erótica.

—Giacomo es un peligro ambulante.

—Giacomo. Incluso su nombre suena profundamente afrodisíaco... ¡Uffff! Ya basta, no quiero oír nada más o tendré que matarte y quedármelo para mí.

—Recuerda que tiene un hermano menor.

—¿Cómo sabes y acabamos siendo cuñadas?

—Bueno, ya estuvo bien de niñerías. Jack ya debe estar cocinando y yo no pienso perderme esas invaluable lecciones.

—¡Me encanta que pienses otra vez en cocinar! En verdad este hombre te ha llegado como caído del cielo.

—No parece ningún querubín rollizo y sonrosado.

—No, pero me lo puedo imaginar perfectamente como un fiero arcángel luchando contra los demonios, con enormes alas y en cueros... la imagen es perturbadora, ¡créelo!

Tal como había pensado, al volver a la cocina él ya había explicado a todos las modificaciones y su utilidad y se preparaba para filetear el pescado.

Con infinita paciencia analizó cada cuchillo que Mario le presentaba, dejando a un lado aquellos que no le parecían lo suficientemente balanceados o afilados, hablando de reacondicionarlos luego y contestando todas las preguntas que surgieran, no importa si no todas venían de su chef.

Luego enseñó su propio método para cortar el salmón dependiendo del uso y presentación que pensaba darle, procediendo a alistar los vegetales, la ricota y los mariscos que utilizaría en conjunto para rellenar la pasta y preparar la salsa, indicando a cada cual sus labores y dedicándole tiempo en exclusiva a Mario, aunque durante gran parte de sus explicaciones, su mirada se dirigía a ella.

—De acuerdo, *signore* Conte, quisiera que ahora usted me mostrara cómo prepara los *cannelloni* y con qué ingredientes. Y si Blake tiene también su método, me gustaría poder apreciarlo.

—Sí.

Salvo por algunos consejos mínimos, pronto la pasta estuvo rellena, así

como una muestra de la deliciosa salsa que debía ser preparada justo antes de servirse.

—Muy buen trabajo.

—Gracias, chef.

Los preparativos para el especial a la hora de almuerzo no requerían más de Jack, lo que de cierto modo no le dejaba excusas para permanecer a ella ahí, sin embargo al terminar de asear su propio espacio, volvió a la despensa y trajo consigo varios ingredientes, tendiéndole la mano para que solo ella lo acompañara.

—¿Y ahora qué, *signore*?

—Ahora voy a enseñarte algo nuevo en lo que he estado trabajando...

—¡Que misterioso! ¿De qué se trata?

—Un *cannolo*, pero con una masa y un relleno de mi creación. Si te gusta, te lo cederé para “*La tavola*”.

—Giacomo, de verdad que no es necesario.

—Pero yo quiero hacerlo.

—Me haces sentir que estoy abusando de toda tu buena voluntad.

—Bueno, —él tenía un brillo particularmente divertido en la mirada— siempre puedes compensármelo...

—Tú no dejas de estar al acecho, ¿verdad?

—Si quieres que mienta y que simule que no estoy usando mis recursos e intentando con todas mis fuerzas el llevarte a la cama, puedo hacerlo, pero no creo que te resulte muy convincente, *signora*. *Ti desidero*^[57], es lo más honesto que puedo decir, pero también quiero que tu restaurante sea un éxito.

—¿Por qué? Estoy segura que a estas alturas sabes que yo también te deseo y que no necesitas hacer todo esto para... bueno, tú entiendes.

—Pero debo. Independiente a esto... —con un gesto de su mano empuñándose, sintió que algo en ella se contraía igualmente de necesidad— *Una donna come te merita essere viziata*^[58], no solo matarse trabajando.

—No lo sé, pero sí estoy segura que no es tu obligación...

—¿Y si te dijera que sí lo es?

—Eso es absurdo, Giacomo. Apenas me conoces y aunque por capricho

pretendas ser mi caballero de brillante armadura, eso no lo convierte en verdad.

—Por ahora aceptaré tu escepticismo, pero te demostraré que no miento.

—Sei davvero testardo, lo sai^[59]?

—Non hai visto ancora niente^[60], Blake...

Capítulo 7

—Buenos días.

Aquella debía ser la semana de los galanes italianos, porque que otro monumento a la belleza masculina mediterránea se presentara en “*La tavola*” antes del almuerzo siquiera, no era cosa de todos los días.

—Hola. Realmente lo siento, pero aún no abrimos al público a esta hora.

—Tranquila, *principessa*^[61], aunque luego pienso dejarme caer seguido para incordiar a mi hermano, no he venido precisamente a comer. Al menos no tan de... madrugada.

—Ahora entiendo el aire... familiar.

—Bruno de Altavilla, por siempre a tus órdenes. ¿Y tú eres?

—Susan.

—Bella Susan, ¿dónde puedo encontrar al *rincoglionito*^[62] de Giacomo?

—Está en la cocina con Blake.

—Blake, ¿eh? La de los grandes ojos azules. Lo supe en cuanto la vi...

—¿Supiste qué?

—Que nuestro pobre Giacomino estaría perdido.

—Tendrás que explicarme eso si tienes intenciones de conspirar en mis dominios, guapo.

—Estaré encantado, siempre y cuando ahora me dejes atrapar a los tortolitos con las manos en la masa... lamentablemente supongo que eso será lo que estén haciendo literalmente, pero tengo mucha fe en que por las ramas lleguen al tronco.

—¿Así que también pretendes hacerlas de celestino con esos dos?

—Mi trabajo ya está hecho, *carina*^[63]. Yo encontré a Blake e hice que Jack viniera. Ahora todo depende de tu jefa.

—Lo dices como si fuera el destino y él no tuviera más opciones.

—Pues no estás muy lejos de la verdad.

—Como sea, tu hermano parece el príncipe azul que mi amiga necesitaba, sin embargo más le vale no convertirse en sapo, o yo misma me encargaré de meterlo en un saco para apalearlo. Y a ti, por provocar todo...

—A mí puedes encontrar formas mucho más placenteras para ambos de castigarme, nena.

—Mmmm, ya veremos. Anda, puedes pasar.

Así que no se había equivocado, pese a que antes de llegar por casualidad hasta ese pequeño restaurante había sido completamente escéptico.

Aunque había interrogado a su madre, a su abuela y a la gente del “*Sibari*” nadie había podido darle una respuesta certera respecto a los planes de su hermano, por lo que decidió comprobar con sus propios ojos lo que su instinto le había hecho notar con solo ver a Blake Ward.

Esa era la mujer que había nacido para redefinir la vida y el mundo de Giacomo, y tal como debía de ser, él lo había guiado hasta ella.

Y ahora que había cumplido con su parte, ¿por qué no divertirse un poco a costa de Jack? Después de todo, era su deber de hermano menor.

—Pari di senza vergogna! —desde la puerta de la cocina un joven los observaba con expresión falsamente reprobatoria en su apuesto rostro antes de entrar y coger la cuchara del relleno de los *cannolis* para llevársela con placer a la boca— *Cosa state facendo voi due*^[64]?

—*Che cavolo*^[65], justo cuando estábamos trabajando tan a gusto... Blake, tengo el dudoso honor de presentarte a mi hermano Bruno.

—Encantada, aunque... ¿No te había visto antes por aquí?

—¡Cuidado, hermanito! La señorita no se ha olvidado de mí.

De acuerdo, el chico quería embromar a su hermano, estaba claro, ¿por qué no darle un poco en el gusto? Después de todo, hasta donde tenía entendido, había sido él quien había planeado, aún no sabía cómo, que Giacomo se presentara en “*La tavola*” para conocerla.

Toda sonrisas, se había limpiado las manos en el mandil para tenderle una a Bruno, quien al igual que Jack, la había cogido en la suya y se la había llevado a los labios, aunque debía reconocer que al menor de los hermanos de Altavilla aquel gesto algo anticuado no le nacía con la misma espontaneidad y

efecto que a Jack.

—¿Qué quieres aquí, *Barbone*^[66]?

—Solo quería asegurarme de que estés dejando bien puesto el nombre de la familia...

—No soy yo quien pone en entredicho alegremente nuestro nombre cada vez que sale de parranda.

—Querida Blake, no le hagas ningún caso a este sujeto. Él piensa que porque vive como la cruza entre un monje amargado y un lacayo lambiscón de las viejas, tiene derecho a juzgar la vida de quienes nos ocupamos de vivirla.

—Bastante más de la cuenta.

—Pero no soy un aburrido, como otro...

—Creo que te equivocas, mi estimado Bruno, —ambos hermanos se quedaron viéndola a la espera de lo que iba a decir— porque hasta el minuto lo que he... visto de Giacomo se puede catalogar de muchas formas, pero jamás de aburrido, créeme.

—¡Bravo! La señorita se ha llevado una buena impresión de ti, . Veo que no han caído en oídos totalmente sordos mis consejos. Con ello en vista y teniendo en cuenta que están algo ocupados, *io mi vado a scopare*^[67]...

—Non rompere^[68]!

Sin limpiarse del azúcar en polvo, Jack le dio un manotazo en la espalda como para ayudarlo a darse prisa para abandonar la cocina, masticando algunas palabras entre dientes.

—¿Por qué no le has invitado a almorzar con nosotros? —apenas pudo contener la risa ante el vulgar doble sentido que Bruno había usado— De seguro no creo que sea tan urgente lo que sea que deba barrer. Al menos podría esperar a que comiera...

—Te has divertido con este desvergonzado, *certo, signora?*

—Ha sido bastante educativo y revelador. Me gustaría saber más respecto a lo que ha dicho de que vivas como un monje. Me resulta difícil de creer, visto lo visto, salvo que sea otra expresión coloquial italiana de la que no sabía.

—Supongo que en su mundo que yo no sea un mujeriego empedernido no le

calza bien con los parámetros que él tiene para determinar si alguien disfruta o no de la soltería.

—¿Y tú la disfrutas?

—Es meramente circunstancial...

—Y yo que pensaba que no te comprometías con las chicas con las que sueles aparecer en las revistas para no romper los corazones de todas las demás.

—Esa sarta de tonterías... Los periodistas interpretan lo que quieren ver y yo no doy entrevistas sobre mi vida privada para no dar pie a que inventen o malinterpreten, pero parece que es justo al revés y resulta en un sinnúmero de especulaciones. Eso y... a veces preferiría evitar cualquier situación o comentario al respecto. Yo no busco en serio que me mezclen en temas sensacionalistas, pero pasa, como si fuera algo más allá de... en fin, no importa, no es cosa mía y ya.

—¿Estás queriendo decirme que toda esa aura de Donjuán es mera fantasía de la prensa?

—Supongo que si te sorprende es porque lograron su cometido y tú también crees en lo que ellos tratan de venderte.

—No... lo que quiero decir es que, bueno, yo pensaba... más bien antes de conocerte no era difícil dejarse guiar por las imágenes y la forma en que seguramente manipulan el contexto y... ¡anda! Ayúdame, ¿no?

—Con una condición.

—Dila.

—Dime por qué ahora que crees en lo que yo digo y no en esas opiniones a la ligera, —él tenía la más pícara y sexy de las sonrisas, además de una pequeña mancha de chocolate cerca de la barbilla que la tenía casi tan hipnotizada como sus ojos— estás así de sonriente. No, no hace falta. Sé que te agrada que mis intenciones contigo sean honestas... y exclusivas.

—¡Creído! —Blake le respondió enseñándole la lengua— Acércate un poco más y te lo diré al oído para no generar más ideas falsas respecto a la seriedad de tu persona.

—A tus órdenes, *signora*.

Nada más el se inclinó para ponerse del todo a su alcance, se dio el gusto

de limpiar el chocolate de su muy masculino mentón con la lengua, repasándolo con los labios antes de que él la sujetara contra su cuerpo y tomara revancha por aquel beso en la ducha.

—¿Así que te alegra saber que esto no es un juego más?

—Mucho... —¡Dios! Que delicia morder ese sensual labio inferior en venganza por querer dejarla en evidencia— No soy de las que toleran compartir.

—Ni yo.

—En eso estamos de acuerdo entonces.

—Espero que también lo estemos respecto a...

—¿A qué, *signore* de Altavilla?

—Sé que es muy pronto, Blake, pero te deseo, ya te lo había dicho. No aguanto más, quiero hacerte mía. Por favor, dime que tú también lo quieres.

—Sí.

—¡*Merde!* Te tomaría ya mismo, en este lugar, pero tenemos todo reservado...

—Y también para la cena...

—No vamos a hacer esto a la carrera. Cuando te tenga desnuda entre mis brazos voy a dedicarme a brindarte placer por horas, a disfrutarte sin reparos, no cinco minutos a escondidas y en silencio en tu oficina.

—No sé cómo pretendes que diciéndome eso pueda mantener la cabeza fría y en su lugar hasta la noche. Porque será esta noche.

—Otra vez estamos de acuerdo... —el beso delicioso y ardiente que siguió a sus palabras no hizo más por la calma de ambos, sino alargar el tiempo de espera, pero evitarlo era imposible— *Dio! Signora*, volveré a la cocina o todas mis buenas intenciones de hacerte el amor dulce y lentamente se irán a la basura y tendré que cogerte aquí mismo, no importa quien nos escuche, incluso los clientes.

Difícilmente podía reconocerse a si misma, teniendo que poner distancia con él para resistir la tentación de arrancarle el uniforme a tirones a dos pasos de su personal.

Apenas lo conocía, sin embargo estaba absolutamente segura de que lo que le había dicho respecto a sus supuestos romances era cierto.

Y a esas alturas poco habría importado para irse juntos a la cama, pero Blake sabía, o más bien algo en su interior intuía que aquello iría a más. A mucho más.

Antes de lo esperado, la gente comenzó a llegar, lo que la ayudó a concentrarse y poner en práctica todo su arte como anfitriona para mantener felices a sus clientes.

Como nunca antes se felicitó a si misma por la idea de instalar un moderno ventanal que permitía a los comensales observar la acción que se llevaba a cabo en la cocina, resguardando eso sí al comedor y demás dependencias del ruido que todo aquel caos organizado producía.

Por supuesto la gente estaba gratamente impresionada y entusiasmada con la presencia del reconocido chef en aquel pequeño y acogedor restaurante familiar. De seguro más de alguno pensó que Jack estaba blufando cuando había hecho el anuncio en su Instagram por lo que no se sorprendió al revisar el muro de “*La tavola*” y encontrarse literalmente con cientos de comentarios y fotos mucho antes de que el servicio de almuerzo terminara.

Tal como Jack había previsto, se presentaron considerablemente más personas de las confirmadas, por lo que la faena subió de nivel al tener que improvisar platos a la carta, pero el hombre era simplemente un artista fastuoso en la cocina y ni uno de los presentes se retiró sin agradecerle o felicitarla por su “brillante idea”, con los correspondientes enhorabuenas al chef.

—Muy bien, ha sido un estreno exigente y vertiginoso, pero todos han cumplido con su parte para que las cosas salieran a pedir de boca. De antemano me disculpo si he sido un tanto enérgico y de seguro bastante estricto. Me aseguraré de ir adaptándome al equipo como ustedes lo han hecho generosamente conmigo. El éxito que hemos tenido es cien por ciento obra suya y se les reconoce. —cuando él la vio observando desde la puerta, le sonrió y le tendió la mano, invitándola a unirse— Es un gusto trabajar con ustedes y a las órdenes de Blake. Esto es lo que amo y la sensación de volver a cocinar para el placer de la gente es algo que no puedo expresarles con palabras mejores que con este gracias y un aplauso para todos.

Pese a que deseaba más que todo volver a acercarse a él, a tanto más

unidos, mejor, decidió retirarse por salud mental a su oficina.

Aunque estaba sola, la gracia habría estado en no pensar, en no recordar el agua deslizándose por su monumental y maravillosa espalda, o su sonrisa mezcla de sensualidad, travesura y promesas de placeres que estaba ansiosa por conocer a su lado, pero nada más lejos de ello, al punto que la llegada de Susan la salvó de ir en su busca.

—Prométeme que vas a premiar como se debe a nuestro erótico ángel de la guarda, amiga. Acabo de cerrar las cuentas del almuerzo y te puedo asegurar que recaudamos más incluso que en un mes de esos dispares en un solo servicio. Además esa salsa de mariscos... ¡Dios! Otra vez muero de la envidia imaginando todos los demás talentos que tendrán esa mente creativa y esas manos hábiles.

—No me hables de eso. Necesito la suficiente templanza para terminar esta jornada sin echármele encima. Te juro que no había experimentado una sensación igual y de verdad que no soy ninguna puritana.

—¡Bravo! La cosa promete entonces.

—No debiera, en serio. Apenas lo conozco. Ni siquiera sabría qué película escoger para intentar tener una cita. Nunca había ansiado tanto a un hombre como para obviar yo cualquier romanticismo.

—No te atrevas siquiera a reprimirte. ¡Aprovecha! Yo pongo las manos al fuego de que todo caerá por su propio peso. Solo piénsalo. El tipo es chef e italiano. Tú amas la cocina y te mueres por Italia. Deben tener mil cosas en común.

—Bueno, también está todo lo que ha hecho por “*La tavola*” y el asunto de Nick...

—¿Lo ves? Anda, da un salto de fe. Te mereces todo esto, Blake, ¿por qué no aceptarlo y ya?

—Es difícil creer en cuentos de hadas a mi edad.

—Ni que fueras una anciana decrepita y espantosa. Amiga, Jack también se está llevando el gran premio de la lotería contigo. Eres simpática, inteligente y trabajadora, además de toda una belleza, —Blake iba a responder, pero Susan alzó la mano para detenerla— no, no me digas que no es cierto. Cualquiera moriría por tener tus ojos, tu piel, el tono de tu voz... ¡Maldita! Si tus piernas

son interminables. Que no estés al pendiente de los hombres no significa que ellos no te miren. Tampoco interesa si no te sacas todo el partido que deberías. Por suerte, o tendríamos esto lleno de viejos verdes todos los días.

—Gracias, Sue. ¿Sabes? Tienes razón. Si algo bueno viene a mí, ¿cuál es la necesidad de cuestionarlo? Además ya hemos quedado para esta noche...

—¡Esa es la actitud! Ahora anda, aprovecha el descanso y ve a comprarte alguna pieza de lencería fina o un perfume nuevo. Un pequeño “cariñito” a la caja de fondos hoy sí que no va a hacernos ningún daño y nuestro querido chef lo merece.

—Come stai, fratello? ¿Todo bien con la guapa Blake?

—Si llamas para joder...

—Nada de eso, Giacomino. Estoy mirando tu Instagram en estos momentos y de verdad que no solo te has lucido con tu chica al parecer.

—Sí, algo me han comentado los muchachos aquí.

—Esto lo diré una sola vez y antes muerto que reconocerlo en público, pero te felicito, hermano. Ni yo mismo lo estaría haciendo mejor. Así como vas, antes de una semana te aseguro que el corazón de la bella dama será todo tuyo y podrás sentirte libre nuevamente.

—¿Qué es lo que intentas decir?

—Vamos, Jack, no me dirás que todo esto no te hace claro sentido...

—En serio comienzas a sonar más extraño que lo usualmente tonto.

—Pues el “Encanto”, la leyenda, la maldición o como quieras llamarlo, hombre. Conquista a la damisela en apuros y tendrás asegurada la llave al corazón, por decirlo así, de cualquier mujer que escojas. O de todas, ese es tu premio.

—Eso es una estupidez, Bruno, —su hermano nunca había prestado demasiada atención a la historia, ¿por qué lo hacía ahora?— es solo un cuento de la *Nonna* para hacernos dormir cuando niños.

—¿Estás seguro? Porque yo recuerdo a un sujeto al que en la escuela no se le escapaba viva ni una y ahora vive con su madre y su abuela...

—Nunca vas a comprender que no todo en la vida son conquistas de una noche y si te he visto, no me acuerdo, ¿verdad?

—Jack, te has pasado años en este círculo de mierda. No te digo que no

sientes cabeza, pero no pensarás cambiar un claustro por otro a la primera oportunidad, ¿cierto?

—Yo no me siento enclaustrado.

—Ah, ¿no? Júrame entonces que puedes controlarte y pasar de hoy sin llevarte a Blake a la cama.

—Podría si quisiera.

—No te mientas a ti mismo. Hoy es el tercer día...

—¿Vas a seguir con esa estupidez?

—Hagámoslo interesante. Si estás tan seguro que tienes dominio de ti mismo, si la señorita Ward pasa intacta la media noche, te dejaré en paz por, digamos... un año.

—No pienso apostar respecto a Blake contigo.

—Pensé que estabas totalmente cierto de que el “Encanto” es solo una invención...

—Como sea, jugar al respecto me parece de mal gusto e infantil.

—Vamos, tómalo como que a las 00:00 am habrás cumplido una meta y tendrás vía libre para actuar como gustes. Ni siquiera faltan ocho horas.

—Lo haré, pero solo para que dejes de incordiar y pueda volver a organizar la cena, que se hace tarde.

—Sí, sí, pero si pierdes quiero algo bueno. Molestarte es uno de mis pasatiempos favoritos, así que el riesgo debe compensar el peligro. Mmmm, me interesa ese bonito Alfa Romeo rojo tuyo.

—De acuerdo. De todas maneras no tengo intenciones de perderlo.

—Eso está por verse, galán. Que tengas linda tarde.

—Sí, buena tarde para ti, *stronzo*^[69].

—Anda, *a cavalcare la tigre*^[70]!

Capítulo 8

El “Encanto”... ¡Maldita estupidez!

Por supuesto que en algún momento de la vida había creído en aquella patraña de viejas, incluso parecía ser la explicación a muchas cosas, pero los años no habían pasado en vano y ya no era un muchacho inepto que culpara al mal de ojo o a alguna especie de sortilegio gitano por su suerte o la de su familia. Si ponía cuidado al respecto era simplemente sentido común de no sucumbir ante malas experiencias.

Bruno nunca había dado crédito a la historia y seguro que ahora aprovechaba la coincidencia para intentar tomarle el pelo, como disfrutaba hacer desde el día que abandonó el vientre de su madre.

Que él hubiera conocido primero a Blake y que le hubiera inventado un rollo acerca de que el chef de “*La tavola*” proclamaba que Jack Hauteville era un incompetente y que había conseguido tomar y hacer comestibles sus platos para hacerlo enojar lo suficiente como para ir hasta allí por un simple fanfarrón no era prueba de que hubiera cumplido con su papel en el cuento.

Y aunque así fuera.

El día que su entrepierna volviera a dominar a su cabeza tardaría lo suficiente en llegar hasta encontrarlo convertido en un viejecillo verde que persiguiera a las muchachas bonitas sin el reparo de la vergüenza.

Entonces una imagen de Blake sonriendo complacida tras dejarlo a punto de ebullición en la ducha lo devolvió a la innegable realidad de que estaba frente a la primera mujer en años que había logrado excitarlo más allá de lo justo para desfogarse y que Bruno, a su muy particular estilo, lo había reunido con ella. La mujer que estaba destinada a ser su perdición.

Lo más sensato sería tomar sus cosas y salir de allí a la carrera, sin embargo tal como vaticinaba la leyenda, la sensatez había dejado de ser una de sus mejores aliadas en el momento exacto en que su mirada se había encontrado con aquellos enormes y expresivos ojos azules.

El "Encanto", sí... ¡Una mierda! Aquello no tenía ni un pelo de ser encantador, era una mala broma a la que no estaba dispuesto a someterse. Y mucho menos a involucrar a Blake. Bastante había tenido con lo de sus padres.

Si todo iba a pasar como en la historia, mientras ella no mencionara la palabra amor, estarían a salvo, sin embargo de solo considerarlo se sentía incómodo, aunque no sabía explicar la razón. Tal vez...

—¿Chef?

—Scusi... dime, Pam.

—Me pidió que le avisara cuando la pasta para la cena estuviera lista en las fuentes.

—Sí, en un segundo estoy con ustedes.

—¿Necesita algo más?

—¿Blake está en su oficina?

—No. Ha estado en la cocina pequeña preparando algo.

—¿Cocina pequeña?

—Sí. "*La tavola*" es una casa antigua. En la parte de atrás tenía un par de habitaciones para el personal equipadas con un baño y un sector de cocina. Blake utilizó las habitaciones para despensa, pero la cocina la dejó para su uso personal.

—Muéstrame.

Aquella estancia no tenía más de ocho metros cuadrados, sin embargo reflejaba más de Blake que todo el resto del restaurante, con sus muros amarillos decorados con el fresco de una vid de uvas rosadas a juego con las cortinas de tartán con volantes. Del techo colgaba un robusto e irregular madero, posiblemente originario de una vía férrea, el cual había sido provisto de incontables ganchos para colgar viejas ollas, sartenes e implementos diversos.

La cocina era imposiblemente anticuada, pero de su horno provenía una potente oleada de calor a la par de un delicioso aroma a masa de mantequilla.

En el mesón quedaba cierto espacio para trabajar, pues lo demás estaba ocupado por una colección incontable de frascos, desde grandes a casi ínfimos.

En la ventana había una jardinera rebosante de hierbas aromáticas y, pese

a lo diminuto del espacio, una mesita con dos sillas en un rincón en esos momentos era reinada por un platón de pequeños dulces recién hechos.

Y en algún sitio imposible de descifrar, una radio emitía su trova a coro con ella, que canturreaba alegremente una añeja canción romántica italiana.

Fue en ese momento en que supo por qué le incomodaba el hecho de que les conviniera que Blake no le hablara de amor para no pagar las consecuencias de el “Encanto”. Él quería escuchar esas palabras de sus labios.

—Buenas tardes, *signora*. ¿Qué cocinas?

—¡Dios, Jack!

—Lo siento, me he quedado un rato observando lo adorablemente concentrada que estabas y no se me ocurrió que iba a asustarte.

—De asustarme, nada, —ella se lavó las manos y las secó en su delantal antes de ofrecerle pasar y tomar asiento a su mesa— me sorprendiste.

—Espero que de buena manera.

—Claro, aunque la siguiente vez espero que no me atrapes graznando y descuartizando tu bello idioma.

—Nada de eso. Tu italiano es muy bueno, te vendría perfecta una temporada en la península para practicar y perfeccionarlo.

—Ah, eso me encantaría, pero por ahora con el restaurante y lo de Nick...

—En lo que las cosas se componen, puedes practicar conmigo cuando quieras, aunque he de reconocer que puedes acabar tomando algunas malas mañas de mi dialecto.

—Me dijiste que eres siciliano, ¿cierto?

—De Palermo.

—He visto algunas fotos y es maravilloso.

—¿No has ido?

—Había hecho planes de ir a Italia cuando Nick acabara la universidad, pero luego vino lo del accidente.

—Lo siento... —la idea salió de su boca antes de poder detenerse a pensarla mejor— Yo te llevaré conmigo. Aún mantenemos la casa ancestral allá.

—No podría aceptar.

—No me contestes ahora. Sé que es una propuesta apresurada, pero quiero que lo tengas en cuenta. Si Blake Ward va a conocer Italia, no permitiré que otro que no sea yo la guíe.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas. Sospecho que aunque te va a encantar, es posible que yo disfrute más la experiencia.

—A veces resultas más que modesto, ¿sabes? Cuando hablamos de tu talento o de tus conocimientos, siempre tiendes a minimizar lo valiosos que son... ¿Por qué lo haces?

—No lo sé. Supongo que la memoria genética de la familia me ha llevado a aprender el valor de la humildad, para no caer en los mismos errores de mis antepasados.

—Está bien ser humilde, mientras no llegues a subestimarte. Mira lo que has hecho con un solo almuerzo aquí. Creo que ni en tiempos de mi madre tuvimos tanta clientela.

—Solo hacía falta un poco de buena publicidad y, bien o mal, ya has visto que algunos periodistas piensan que puedo ser interesante.

—Eres interesante, Giacomo, —interesante, creativo, guapo, sexy y podía seguir con el listado— créeme que no lo digo por decir.

—Mientras te interese a ti, *signora*, el resto me tiene sin cuidado.

—Y lo haces, más de lo que me conviene.

—Tú a mí me fascinas y no veo las horas de poder escaparnos para estar juntos.

—Respecto a eso, yo vivo con Nick y tú con tu madre y tu abuela...

—Con una familia de insufribles italianos y recursos para disponer, no dudes que tengo mi lugar de descanso.

—Entonces hablaré con Gladys para que se quede con Nick. Espero que pueda.

—Yo más. Pero aún no me dices qué cocinabas.

—Ah, son *bocconotti*^[71] de crema y de chocolate, espero que te gusten. Los hice para ti.

—Davvero^[72]?

—Claro que sí, —Blake acomodó el platón sobre el mesón de trabajo, tomó uno de los minúsculos pastelitos y se lo acercó a él a la boca, quien sostuvo su mano para lamer el azúcar de sus dedos tras comer el dulce, sin soltarla— ¿te gustó?

—Delicioso... —aún con su mano cautiva, chupó seductoramente cada punta de sus dedos antes de deslizar su lengua por la palma, deteniéndose en la muñeca para regodearse allí mientras la veía a los ojos— Dulce y exquisita, voy a desenvolverte igual que a un bombón *ed a scioglierti nella mia bocca fino ad assaggiarti umida e traboccante di piacere...*^[73]

—¡Detente, por favor! Si no lo haces, no podré esperar hasta la noche.

—Lo sé, *che diavolo*^[74]! Es que necesito... *Dio!* —sin poder evitarlo, la tomó por la cintura para apretarla contra su cuerpo, apoyándose sobre la primorosa mesita y besándola apasionadamente al tiempo que ella acomodaba una rodilla a cada lado de sus caderas para poder moverse con mayor libertad, sintiendo lo duro y excitado que estaba— Como no dejes de frotarte conmigo ya mismo, *signora*, voy a ponerte sobre esta mesa y a cogerte sin la menor sutileza.

—Tenemos que servir la cena...

—Si sigo sintiendo el calor entre tus piernas y tu lengua en mi boca, la cena se va a ir al demonio.

—No podemos...

—Pero tampoco voy a quedarme así.

Jack la alzó como si estuviera hecha de algodón de azúcar, la sentó sobre la mesa y en un par de movimientos hábiles le subió la falda, le quitó las bragas y se arrodilló frente a ella, separándole las piernas para colarse entre ellas.

El primer contacto hambriento de su lengua la obligó a taparse la boca con las manos para no gritar. Jack lamía y chupaba sin descanso, tal como había advertido, sin sutilezas, haciéndola temblar y retorcerse de placer, rodeándolo con las piernas para que no se apartara ni por un segundo, mordiendo su propio puño cuando aquella lengua habilidosa comenzó a penetrarla velozmente.

No era la primera vez que probaba algo así, sin embargo la experiencia presente y las anteriores no tenían punto alguno de comparación. Jack estaba bebiendo de ella con ansias cada gota de exquisito goce sin dar tregua, arremetiendo contra su clítoris con más energía cuando la sintió tensarse al borde del orgasmo, el cual le llegó como un fognazo solar, llenándole la visión de pequeñas luces de colores danzantes, haciendo que su corazón latiera increíblemente acelerado.

Apenas pudo notar cuando él se puso de pie y la rodeó con sus fuertes brazos para besarla una vez más antes de guiñarle un ojo, tomar el platón de pastelillos y volver al interior del restaurante, dejándola a solas para que pudiera acomodarse, o más bien regresar a la Tierra en verdad.

—Bueno, eso bien ha valido tener que conseguir nuevo transporte, aunque no debería darle en el gusto tan pronto al mocosito. Seguro que en su propia lista esto aún contaría solo como juego previo, pero da igual, como sea yo sé lo que hicimos y lo que haremos luego. *Signora* Blake Ward, si realmente esto es producto de la magia, me tienes muy hechizado.

Igual que al almuerzo o más, la cena fue un éxito total, por lo que todo el grupo decidió tener una pequeña celebración tras retirarse el último comensal. Mario se encargó de hacer varios brindis en honor de Jack y de Blake, lo que acabó con un personal ordenando y aseando bastante achispado e irritantemente lento, en especial para aquellos que tenían prisa en retirarse.

Por suerte Gladys había podido quedarse a acompañar a Nick, quien no se tragó ni por un segundo las explicaciones respecto al nuevo menú y a trabajar hasta tarde por esa causa, pero que enviaba todo su apoyo a la faena que de verdad tuvieran en mente.

Cuando por fin todos se retiraron, fue Blake quien se apretó a él contra la puerta del personal, tomándose la libertad de colar una mano entre sus cuerpos y acariciarlo sin pudor hasta sentirse alegremente satisfecha con la firmeza conseguida.

—Signora, me fascina que no seas tímida conmigo, pero te advierto que llevo demasiadas horas esperando a que podamos estar a solas, en privado y en calma y tú no me estas ayudando a llegar hasta allí...

—Es tu culpa, Giacomo. Yo suelo ser una persona mesurada y racional,

pero no has hecho más que mover la tierra bajo mis pies. Lo menos que merezco es saber que ardes igual por mí. Y para ser sincera, sí que te ayudo, si no ya te habría bajado los pantalones y sacado tu duro miembro para devolvarte la mano, así que ya tienes por qué agradecer.

—Con que quieres comprobar que me quemó por ti, ¿verdad?

—Sí.

—De acuerdo. —Jack retiró la mano de Blake, quien lo observó enfadada durante el segundo completo en que él se tardó para regresarle su presa, esta vez sintiendo directo entre sus dedos el calor de su piel— *Toccami*^[75]!

—¡Estás tan duro y suave!

—Blake, no creo que pueda resistirme más. Te deseo demasiado y tu mano no aporta a mi autocontrol.

—Tenemos toda la noche por delante, *signore*, y no tengo duda alguna de cuánto voy a disfrutarla, pero ahora mismo, lo hayas planeado o no, voy a seguir con mi mano aquí, frotando arriba y abajo hasta que me digas que no puedes más. En ese preciso momento voy a tomarte en mi boca y a jugar con mi lengua y mis labios hasta saborear todo tu placer y estemos a mano.

—Tu mi fai impazzire^[76]...

—No solo espero volverte loco. —para enfatizar sus palabras, los movimientos de su mano pasaron del relato a la acción, haciéndolo temblar, ansioso de más— Te quiero derretido y entregado al contacto de mis manos y mi boca. ¿Quieres sentir mis labios percibiendo el calor y la humedad de tu miembro?

—¡Sí!

—Sé bueno entonces y pídelo como corresponde.

—Per favore, Blake, *non lo posso più sopportare, fammi un pompino*^[77]!

—¡Que colorido el lenguaje de nuestro chef!

—Si te he ofendido, *scusami*...

—No te disculpes, guapo, —sin mas tardanza, echó una mirada para comprobar que nadie los viera y se acomodó para poder atrapar la gruesa cabeza de su pene en la boca, acariciándola con la lengua, mimando y torturando sin piedad, acelerando más y más hasta escucharlo gruñir de placer

entre dientes— me enciende cuando me hablas sucio en italiano, me dan ganas de succionarte así, fuerte y apretando para que te vengas de una vez.

—Dio! Ahora, Blake...

—Eso es, ¡córrete!

—¡Mmmmmhhhhhhhhhhhhhhhh!

—Mmmmmmmmmmm, sí, *signore*, eso ha sido intenso...

Aún temblando de placer él la ayudó a ponerse de pie y volvió a estrecharla contra su cuerpo, mirándola a los ojos por largos segundos antes de volver a besarla, regalándola con una sonrisa que prometía dulce venganza antes de tomarla en sus brazos y llevarla corriendo al auto mientras ella reía como una niña, disfrutando a concho el momento.

—¿Nos vamos entonces?

—Pensé que nunca lo dirías.

—¡Pues en marcha se ha dicho!

Capítulo 9

—Me parece el colmo que hasta en una situación tan seria encuentres el espacio para estar molestando a tu hermano.

—Pero *mamma*, somos Giacomo y yo, no hay mito que nos convierta en otras personas como para cambiar la forma en que nos hemos tratado siempre.

—Claro que sí, Bruno, —su madre lo miraba con sus grandes ojos azules cargados de angustia— si es cierto que has encontrado a la chica del “Encanto”, cuando ella le declare su amor, él va a cambiar, ¿eso quieres?

—¿Acaso no es algo bueno? Yo pensé que querías una manada de nietos corriendo y volviéndote loca, igual que a la *nonna*.

—Como se nota que tú no recuerdas todo lo que tuve que batallar con tu padre por culpa de los efectos del “Encanto”... no quiero que Giacomo pase por lo mismo, ni tampoco esa joven.

—Pero si es verdad lo que la *nonna* dice, es inevitable.

—Es por eso que nos mudamos aquí, esperando que al alejarnos de la tierra donde fue conjurado el hechizo, lográramos minimizar los efectos que pudiera tener en tu hermano.

—Pero no entiendo qué tiene de malo que Jack pase de ser una ameba asexual a conocer mujeres y pasarlo bien con ellas.

—¿Qué dices?! ¿Es que nunca prestaste atención a toda la historia? El “Encanto” no es un premio por el cual las mujeres se arrojen a los brazos de tu hermano porque sí. Aquella que siglos atrás le puso ese nombre a la magia que conjuró estaba siendo irónica, ya que tu antepasado la engañó, luciendo como un príncipe azul “encantador”, pero todo fue un truco para aprovecharse de ella y de su amor. Y, como broche de oro para coronar su arrogancia, se dedicó a hacer gala de lo que había conseguido con todo aquel que quiso prestarle atención. El muy tonto no sabía con quién se estaba metiendo, una bruja sirena, por supuesto, y en adelante estuvo condenado a amarla sin esperanza, ya que no podía estar en paz con ella, yaciendo cada noche en la

cama de una mujer distinta, pero que al despertar, lo hacían sentir vacío y aún más ansioso y enamorado de sus ojos azules.

—Pero, ¿por qué pasar de generación en generación el mismo hechizo? ¿Qué le hicieron los demás?

—Porque ningún primogénito “encantado” dura mucho tiempo tras tener un segundo hijo varón que se encargue de buscar a la mujer de ojos azules y la bruja juró por su sangre que mientras no pagaran lo suficiente por su sufrimiento, la casa de Altavilla la recordaría por siglos.

—¿Eso no nos lo habían dicho!

—Tú eras apenas un bebé, pero tu hermano lo sabe. A ti no te lo contamos porque no queríamos asustarte siendo tan pequeño.

—Si me lo hubieran dicho, no habría llevado a Jack con Blake.

—Lo habrías hecho de un modo u otro, no estaba en tu mano cambiar el destino, pero tenemos la esperanza de que tu hermano sea el último de los “encantados”.

—¿Cómo podría serlo?

—A diferencia del resto, cuando tuvo la edad para convertirse en un “príncipe azul” y hacer todo aquello que tanto odió la bruja, él decidió, más bien de forma inconsciente, que no habría mujeres en su vida que no pertenecieran a su familia, salvo como amigas. Teniendo en cuenta de que anteriormente era un muchacho bastante... travieso, nos sorprendió que lo lograra y gran parte de eso ha sido gracias al amor que siente por la cocina, tanto que con el pasar del tiempo prácticamente lo habíamos olvidado, creyéndolo ya disuelto. Y es por eso que hemos temido que perdiera el camino, ya que últimamente no se veía demasiado motivado por su trabajo, pero sí por andar ayudando y amparando personas, en especial mujeres como la de la revista que nos mencionaste, que buscan cualquier excusa para meterse en su cama. Tampoco es su culpa...

—¿Dices que no es cosa de la magia que no fuera por ahí de casanova o que no se levante a las mujeres con las que lo pesca siempre la prensa?

—A diferencia de sus antecesores, Giacomo no se ha dejado dominar por ello. Teniendo todo lo necesario y más para atraer a las mujeres que quiera y jactarse al respecto, él se prometió no ser como su padre, su abuelo y los

demás. Aunque no estamos seguros, esperamos que su proceder satisfaga al “Encanto” y esta maldición termine.

—Pero, no entiendo. Si él no se ha aprovechado en todo este tiempo de todo lo que el “Encanto” le otorga para ser un donjuán irresistible, ¿por qué si Blake le declara su amor, en vez de romper el hechizo, van a cambiar las cosas?

—Porque aunque él ha sido correcto hasta ahora, la verdadera prueba comenzó al momento de conocer a la chica. Es a ella a quien no debe hacerle daño, sino serle fiel, devoto y sincero. En resumidas cuentas, hacerla feliz, como debió hacerlo Lorenzo de Altavilla cuando fue príncipe de Sicilia.

—Entonces hay buenas posibilidades.

—¿A qué te refieres?

—Por lo que he visto, se ha puesto completamente a disposición de ella para sacar a flote su negocio, dejando de lado incluso al “*Síbari*”.

—Dios quiera que ya que tienen tanto en común, eso ayude a Giacomo a romper el “Encanto” y poder llevar una vida normal, pero no es nada fácil. Con tu padre lo intentamos muchas veces y aunque sé que no era su culpa, el amor y la lealtad tienen límites que no pudimos mantener...

—¡Vaya!

—¿Qué te parece?

—Ya te diré respecto del resto, ¡pero la vista es increíble!

—Algunas veces, cuando tengo demasiado en la mente, vengo aquí y el silencio, además del mar, me calman como un bálsamo tranquilizador.

—Lo entiendo perfectamente.

—En unos días la temperatura ya será suficiente incluso para poder dormir con los ventanales abiertos de par en par o en la terraza. Eso sí es impagable...

—Aunque sanamente, reconozco que te envidio.

—No hay razón, eres bienvenida a venir cuando gustes.

—Gracias. No solo por eso, por todo.

—No tienes por qué darlas. Anda, ve afuera y disfruta del paisaje mientras preparo unas copas.

—Ahí te espero.

Aunque sabía que Jack vivía a diario en otra casa, sin duda ese era su hogar. Al igual que él, poseía una belleza innegable a la vista, pero sin alardes.

Por un momento se había sorprendido al salir de la zona *VIP*^[78] de la ciudad y sus apartamentos de lujo, sin embargo cuando tomaron un desvío casi oculto en la carretera y en pocos minutos tuvieron el mar a la vista, Blake no pudo si no felicitarlo en silencio por su elección. Aquel lugar proclamaba solo belleza y paz.

Si desde el interior la vista resultaba preciosa por el ventanal que conducía a la terraza, la descripción se quedaba muy corta al salir a contemplar la playa.

No era una extensa franja de arena blanca como lo que solían promocionar las agencias de viaje, al contrario. Un puñado de grandes rocas formaban una herradura natural, lo que probablemente favorecía a que la marea llevara consigo algunas piedras y conchas que brillaban como gemas incrustadas en la arena a la luz de la luna creciente.

A la vista la casa estaba construida a modo de palafito^[79], erguida en parte sobre una saliente de roca y en parte sobre altos postes de madera que la elevaban varios metros por sobre la línea de marea alta.

La terraza, de robusta y cálida madera, contaba con muebles de playa de aspecto tan cómodo que estuvo tentada a tumbarse en una reposera justo antes de acercarse más al borde y descubrir con asombro y placer que estaba distribuida en dos niveles, uno donde ella se encontraba y otro más abajo, lo que lo hacía quedar parcialmente cubierto, pero que dejaba ver el hermoso diseño de mosaico en piedra de una especie de piscina, o más bien una tina, ya que algunas ráfagas de vapor surgían del agua que se iluminaba desde el interior.

—Aquí tienes. —una sensación de calidez la envolvió más por notar que él se había quitado los zapatos en un gesto íntimo y caminaba descalzo hacia ella, que por el licor en la bebida, que igualmente estaba deliciosa— Veo que encontraste mi fuente de la juventud.

—Es preciosa...

—¿Quieres probarla?

—¿De verdad?

—Por supuesto, pero te advierto una cosa...

—Dime.

—¿Notaste que no hay escaleras desde aquí hasta allí?

—¡No! —Blake siguió con la vista el camino que tomaba la escalera lateral, pero como bien decía él, iba directamente hasta la playa, sin pasar por el piso inferior — Es verdad, pero, ¿y entonces?

—Ven, —él la tomó de la mano y volvió con ella al interior de la casa con una misteriosa sonrisa en los labios— mira bien. ¿Algo más que eches en falta?

Aunque al entrar no lo había notado, la distribución estilo loft de la casa permitía ver todo el lugar, la sala, un sector de comedor y la cocina semi abierta, pero, ¿Y la habitación? O al menos la cama no se hallaba a la vista y no quedaba lugar donde revisar, salvo por una puerta entreabierta que dejaba ver el lavabo de un baño.

Entonces notó el espacio por el que se abría paso una escalera que conducía hacia abajo. Entusiasmada lo vio a los ojos, a lo que él asintió y le sonrió, dejándose guiar por ella, encantado al avanzar unos pasos y escucharla contener la respiración cuando presionó un botón para que las cortinas se abrieran y el ventanal del cuarto dejara ver la terraza inferior.

—Bienvenida a mi refugio, *signora*. —en ese momento ella se volvió a ver el lugar suavemente iluminado— ¿Te gusta?

—Dios, Jack, es... no tengo palabras.

La habitación no era lo que comúnmente se calificaría como elegante, sin embargo a Blake se le hizo simplemente magnífica.

El suelo de madera pulida estaba cubierto aquí y allá por alfombras de lana gruesa y cruda tejida a telar, dispuestas estratégicamente para mantener la sensación de abrigo al bajar de la cama, amplia, con un cabecero sencillo de madera rústica también contra las paredes crema, envuelta en un edredón del más oscuro de los marrones, de textura granulada, pero muy suave al tacto, acompañado de dos almohadones del mismo color de la lana de las alfombras.

Una discreta puerta de persiana de madera pintada del color de los muros

ocultaba lo que probablemente fuera el baño principal. Luego entraría a echarle un vistazo.

La iluminación regulable estaba provista por una ingeniosa lámpara confeccionada con el nudo y las intrincadas ramas de un nogal, continuando con el estilo del cuarto, el que contaba también con un par de taburetes cubiertos con mantas tejidas a telar, mesas de noche a juego con la cama y, aparte del ventanal, absolutamente nada más.

Bueno, sí. Sobre una de las mesas de noche había un par de libros y unas gafas de lectura.

—¿Sabes que este lugar dice mucho más de ti que lo que publican en todas esas revistas?

—Entonces, ya que he quedado en evidencia, espero que lo que te revele sea de tu agrado.

—Mucho...

La intención y el tono con el que lo había dicho, unidos a su mirada volvieron a encender la inagotable llama de deseo que continuamente ardía entre ambos, atrayéndola Jack contra su cuerpo con la simple acción de posar una de sus grandes manos sobre su trasero y apretar contra sí.

—Vaya, *signore*, ¿y tus impecables modales de caballero?

—Esos los dejaste tú tirados a la salida de “*La tavola*” cuando me hiciste acabar deliciosamente con tu boca...

—¡Dios, Giacomo!

—¿Sí? —su sonrisa ladina indicaba lo retórico de la pregunta— *Che succede*^[80], *signora*?

—Mmmm, creído... ¿No ibas a dejarme probar tu tina?

—¡Oh, sí! Que memoria la mía... ven.

Una vez más de la mano la llevó con él hasta el ventanal, abrió las puertas y la invitó a explorar a sus anchas. Y eso fue precisamente lo que hizo.

Más tarde habría tiempo de decirle cuan encantadora le parecía toda la casa. Por el momento lo que deseaban ver sus ojos era a él, nada más.

—Gracias por tu ayuda, guapo.

—¿Mi ayuda?

—Sí. Ya te sacaste los zapatos, ¿cierto? El resto te lo voy a quitar yo.

—Sei più che benvenuta^[81]...

Aprovechando de tirar un poco del cuello abierto de su camisa, lo tuvo lo suficientemente al alcance para probar de nuevo su boca mientras continuaba desabotonando hacia abajo, disfrutando al rozar apenas con las yemas de los dedos la piel de su torso mientras iba dejándolo al descubierto.

Los pocos instantes que sus ojos semejantes a turquesas gemelas perdían de vista la senda de sus manos, eran los destinados a encontrarse con su mirada o a detenerse en su sonrisa.

Decidió portarse de lo más audaz al quitarle el cinturón, tomándose su tiempo en liberar el extremo sobrante de las presillas para después guiarlo en leves roces presuntamente inocentes, disfrutando al oírlo contener la respiración más de una vez, jugando otro tanto con la hebilla antes de liberar el pestillo y jalar de un tirón toda la correa, enrollándola alrededor de su puño mientras lo veía a los ojos.

—Pretendi di punirmi^[82], *signora*?

—Tal vez... depende de cómo te portes.

—Dime, —Jack la atrapó de improviso entre sus brazos y sin tardar abrió su blusa hasta el ombligo, colando su mano por una de las copas del sostén, abarcando un pecho con ella y aprisionando suavemente el pezón entre sus dedos para endurecerlo mientras susurraba cerca de su oído al besar la sensible piel de su cuello— ¿esto te satisface?

—Sí...

—Y esto, — bajando más, sus labios recorrieron el contorno de su clavícula, apartando la mano de su pecho tan solo lo necesario para descender aquella copa y, sin dejar de mirarla desde abajo, que su aliento rozara el excitado pezón que acariciaba fugazmente con sus yemas— ¿te gusta?

—Sí... me encanta...

—Entonces disfrutarás esto, ¿verdad?

¡Dios! Sus labios estaban tan cerca.

Podía sentir como su sexo se contraía anticipando el instante en que aquel calor y humedad rodearan el endurecido botón, jadeando de ansiedad, deseando que lo hiciera de una vez, sin embargo él demoraba a propósito el

momento, dejando que su anhelada lengua recorriera tan solo sus p rfidos labios, sin tocarla.

—Si sigues así, de verdad que voy a castigarte, Giacomo.

— En serio? —en vez de darle en el gusto, continu  jugando con ella, desnudando con pasmosa lentitud su otro pecho antes de verla a los ojos, disfrutando del fuego que ardía en ellos, más cuando simulaba que no se daba cuenta al rozarla con sus dedos— Que lástima, pens  que estabas goz ndolo...

—Sabes que lo hago, malvado, pero me has dejado en ascuas a propósito.

—Imposible, *signora*, estoy haciendo mi mejor esfuerzo para complacerte.

—S , claro,  y tu boca?

— Qu  con ella?

—Ma mi prendi in giro^[83], *maccheronico*^[84]?  Bien lo sabes!

—Para que no se preste a confusiones,  por qué no me lo explicas claramente?

—Con que eso era lo que andabas buscando,  verdad, *brichino*^[85]?

—Forse^[86]...

—Bien, bien, te dará en el gusto, chico malo, pero no te olvides de esto, porque te lo voy a cobrar... —cariñosamente acarició su barbilla, antes de guiarlo para que se sentara a orillas de la tina, sujetándolo por el cabello para mantenerlo quieto antes de rozar ambos pechos contra su cara, retirándose y jalando un poco cuando él intentó sujetarla— no, no. Aún no te he dicho lo que debes hacer,  no era eso lo que te generaba dudas?

— cattiva!

—S ,  que mala con el pobre nene! Anda, deja que te abrace, bebé. —una vez más acercó sus pechos a su boca, esta vez estrechando su cabeza contra ellos—  Est s feliz ahora, *carino*?

—Est  bien, Blake, t  ganas.

—Así me gusta... —le sonrió triunfal una última vez antes de llevar nuevamente una mano hasta su nuca para sujetarlo por el pelo, mientras que con la otra abarcó su propio pecho, poniéndolo justo al alcance de su boca para darle por fin en el gusto, pero siempre bajo su control— Ahora abre esa boquita perversa y chupa.

—Mmmmmmmmm...

—¡Espera! —seguro el tirón le había dolido esta vez, ya que le costó lograr que soltara su presa— Que chico más goloso, ¿no crees que deberías ir con calma?

—¡Ni en sueños!

No pudo evitar sonreír, en parte por su triunfo y en parte complacida por la forma tan urgente en que él terminó de quitarle la blusa y el sostén para entregarse de lleno a lamer y besar sus pechos, sujetándolos y amasándolos con las manos, rindiéndoles culto, haciendo que mordiera sus propios labios de placer, arqueándose para ofrecerlos aún más a su diestra boca.

—Blake...

—Dime.

—No sé por qué sospecho que aún no consideras pagado el castigo por mi osadía, ¿cierto?

—No lo sé... ya veremos cómo resulta eso...

—¿Sabes lo que eres capaz de hacerle a un pobre sujeto como yo con lo deliciosa que eres?

—No tengo ni la menor idea respecto a otros sujetos, pero me interesa muchísimo saber a cerca de lo que te produce a ti.

—A mí...—ella asintió al verlo a los ojos, segura de que sus palabras la incendiarían, pero la respuesta resultó infinitamente más inquietante cuando él tomó su mano y esta vez en lugar de mostrarle su excitación, la llevó a su pecho para que sintiera los latidos a toda carrera de su corazón— Esto me haces.

—Ay, Jack...

—Shhh, ven, —él la sentó sobre sus rodillas y la sujetó por el mentón con extrema delicadeza— *baciami*^[87].

Capítulo 10

Le parecía casi imposible que lo hubiera conocido apenas hace unos días, mucho menos en esos momentos en que la besaba con tanta ternura que le costó contener un suspiro cuando se apartó un segundo para verla y susurrar algo incomprensible contra la piel de su garganta antes de volver a apoderarse de su boca, esta vez con todo el calor que fraguaban juntos abrasándolos más.

El vapor que manaba del agua le había humedecido la camisa abierta y el pelo en la nuca, trayendo consigo imágenes de esa mañana en la ducha, ansiando volver a tenerlo desnudo y mojado, a su entera disposición otra vez, pero ahora habiéndose dado permiso de todo con él.

— Es hora de acabar de quitarte esa ropa.

— Ya tardabas...

Al descender la camisa se dio el gusto de recorrerle la espalda lentamente con las manos, acompañando aquellas caricias al inclinarse para dejar un reguero de besos por el costado de su cuello, siguiendo por la columna de su garganta hasta saborear el punto en que su pulso acelerado replicaba el latir de su corazón, disfrutando de algo muy parecido a sensuales gruñidos cuando se detenía en venganza por ponerla ansiosa de sentirlo momentos antes.

La impaciencia lo hizo acabar la tarea tirando sin delicadeza para liberar sus manos de los puños de la camisa y poder tocarla, sin embargo Blake se le escapó agilmente, evitando que la siguiera con el solo hecho de alzar una ceja y quedarse viendo significativamente a sus pantalones.

— ¿Quieres que me los quite?

— Obviamente.

— Pensé que tú ibas a hacerlo.

— Así es, sin embargo se me ocurre que disfrutaré bastante al ver moverse tus dedos sobre la... tela, que está sometida a bastante tensión en estos momentos, ¿ves?

— Tú eres quien pone en peligro su integridad.

—Deja ya de hablar y muéstrame lo que tienes, guapo.

Él le sonrió entre divertido y algo pagado de si mismo antes de desabotonar el pantalón para luego descender el pie de la cremallera lentamente. No era precisamente un baile erótico, ni nada por el estilo, pero la forma en que él acometía la simple tarea de acabar de desnudarse resultaba poderosamente sensual, al punto que volvió a cambiar de parecer y decidió ayudarlo con la misión.

Disfrutando de cada instante, metió los dedos por debajo de la tela de sus boxer y se dio gusto acariciando aquellas nalgas firmes y hermosas que había apreciado anteriormente, descendiendo juntos el pantalón y su ropa interior, viéndolo a los ojos en el momento en que tiró lo necesario de ambas prendas para dejar libre su miembro hinchado y duro de deseo por ella.

En un destello de voluptuosa inspiración, tomó la mano de Jack y la guió para que rodeara con ella su carne y frotara despacio arriba y abajo mientras ella se apartaba para poder observarlo.

— *Quindi ti piace guardare*^[88], signora?

— Verte a ti hacerlo me fascina.

— ¿Y qué es lo que te gusta?

— Es muy erótico. El ritmo que sigues, el modo en que colocas tu mano... la presión que ejerces...

— Se siente bien.

— ¿Y podría ser mejor dices tú?

— Infinitamente mejor...

— Creo que sé cómo.

Mientras que con una mano lo tomó por la barbilla para besarlo, la otra la coló bajo sus dedos, subiendo a susurrarle al oído, deleitada por la suavidad y firmeza de él, redoblada al sentirla tocándolo.

— Guíame, Giacomo. Quiero que me muestres exactamente cómo quieres que te toque.

— *Mi stai ucciendo con le tue carezze*^[89]...

— ¿Sí? —él se mordió los labios en el instante en que sus dedos rozaron la sensible y húmeda superficie del glande desnudo, asintiendo— Y yo muerdo

por ver una vez más la expresión en tu rostro cuando haga que te corras.

—Blake, ¡necesito estar ya dentro de ti!

—Es lo único que quiero.

Jack volvió a besarla antes de alzarla en sus brazos y llevarla hasta su cama, acabando de desnudarla y dando un paso atrás para poder contemplarla.

Sí que se sentía pequeña tumbada en medio de aquella enorme cama y frente a un hombre tan grande en todo sentido de proporciones, sin embargo pese a que llevaba algún tiempo sin compartir su intimidad con alguien más, era imposible sentirse más preparada y deseosa, lista para él.

—Sei perfetta^[90]...

Estaba muy lejos de ser perfecta, sin embargo, ¿para qué decirle lo contrario si eso era lo que reflejaban sus ojos?

Seguramente Jack tampoco lo era, pero en ese momento, en que él se acercó y subió a la cama, acomodándose entre sus piernas mientras la regalaba con otro de sus deliciosos besos al tiempo que se abría paso en su interior, no habría podido siquiera pensar en que Giacomo de Altavilla fuera otra cosa que su príncipe azul.

Cerró los ojos y no pudo evitar emitir un suave quejido cuando entró del todo, llenándola más allá de lo que antes se hubiera sentido, pero volvió a abrirlos al notar que él permanecía quieto para encontrarlo mirándola con gesto preocupado.

—¿Te he hecho daño?

—No es eso... —él se movió, intentando retirarse, sin embargo Blake le sonrió y lo estrujó en su interior hasta hacerlo arquearse y jadear por la potente sensación, viéndola sorprendido— Sucede que eres grande y... maravilloso. No me había sentido igual antes, pero no temas. Me gusta... la verdad es que me encanta.

—Blake, *dolcezza*^[91], —las chispas de deseo que brillaban en sus ojos cuando aliviado comenzó a entrar y salir lentamente parecían fluir como gotas de lava por su cuerpo, incendiándola— eres tan suave y cálida...

—Así, Jack, mmmmmmmmmhhhhhhh, que bueno es tenerte dentro de mí, *signore*... no temas, te quiero más fuerte...

—¡Dios, sí! —él aceleró y profundizó el ritmo a la vez que sus labios acariciaban los suyos, jugando con su lengua, disfrutando del modo en que ella también lo besaba, sin absurdo recato, su igual— ¿Más?

—¡Sí!

Jack le sonrió y se acomodó, arrodillándose entre sus piernas y alzando sus caderas para tomarla por los costados y comenzar a moverse de forma en que la rozaba en círculos, penetrándola profundamente, deslizado las manos hasta sus pechos, acariciando y pellizcando sus pezones, imprimiendo más velocidad al escucharla gemir de gusto.

—¿Más aún?

—¡Oh, sí!

En un movimiento la alzó sobre él, quedando sentada entre su pelvis y sus muslos, sintiéndolo aún mas a fondo, al tiempo que las manos en sus pechos eran reemplazadas ahora por su boca, lamiendo y besando, mordiendo suavemente cuando ella lo veía a los ojos, plenos de deseo, con sus manos recorriéndole la espalda, apretándolo más contra su cuerpo.

—Y tú, —Blake apoyó los pies a ambos lados de sus piernas y lo abrazó por el cuello, lamiendo y mordiendo desde su barbilla hasta sus labios antes de tomar impulso para moverse contra él— ¿puedes con más?

—No me saciaré nunca de ti, *signora*.

Él la sujetó con una mano por el trasero y la otra la apoyo en su muslo, alcanzando a acariciarla con el pulgar lubricado en su propia humedad, dibujando círculos sobre su clítoris al mismo ritmo que la penetraba, sintiendo como se contraía a su alrededor a punto de alcanzar el orgasmo, alzando más sus caderas hasta sentirla arañando sus hombros, repitiendo su nombre entre jadeos.

—¿Así?

—Mmmmmhhhhmmmmmm, sí... Jack... así....

—Ahora no voy a parar hasta que te vengas.

—¡Dios!

Jack volvió a tumbarla, enganchando sus rodillas en sus codos, entrando fuerte y profundo, más y más rápido hasta sentirla ciñéndolo al máximo en su interior por un segundo antes de que su cuerpo se desmadejara, harto de placer

si la temperatura era de su agrado antes de acomodarse en el agua a su lado.

—¡Es salada!

—Sí. Puedes elegir entre agua potable dulce y también salada. En ese caso el agua viene directamente del mar y pasa por un sistema de calefacción que le regula la temperatura según sea necesario. El agua caliente es deliciosa en invierno, especialmente en las noches, pero a veces, por ejemplo, viniendo del gimnasio lo único que deseo es un baño frío que se entibie gradualmente, casi siempre elijo que sea con los beneficios de las sales marinas

—¿Vienes seguido aquí?

—Bastante. Algunas veces llego a mitad de la noche... me gusta vivir en casa con mi madre y mi abuela. Me aseguro de que ellas están bien y estoy disponible para lo que necesiten, sin embargo ya estoy crecido y necesito mi tiempo y mi espacio.

Por un momento sus palabras le recordaron a Nick. Si fuera posible, ella le daría ese mismo espacio que Jack ansiaba, pero sin poder dejarlo a solas a causa de aquellos malditos dolores, sería difícil.

Su intención no era imponerse, pero bajo ningún punto dejaría a su hermano a cargo de extraños a menos que fuera solo por algunas horas, como sucedía con Gladys, aunque a esas alturas la mujer ya formaba prácticamente parte de la familia, más aún, con todo el tiempo extra que había tenido que dedicarle a "*La tavola*" para mantenerla a flote.

—Te has quedado pensativa...

—No es nada.

—Puedes decírmelo, Blake. Por más hermosa y sensual que seas, no solo las necesidades de tu bello cuerpo son importantes para mí.

—¿Por qué, Jack? —él se lo había mencionado anteriormente, sin embargo aún no lograba comprenderlo— Apenas me conoces, sin embargo has sido como un ángel de la guarda...

—Si lo digo, podría sonar incomprensible.

—De todas maneras me gustaría saber.

—Bien... Tú eres mi mujer.

—De acuerdo, estamos juntos ahora, pero las cosas podrían no haberse dado de este modo y habrías desperdiciado tu tiempo. No quiero decir que

tendrías que ser más egoísta, pero tal vez otra persona pudiera aprovecharse...

—No. No me refiero a eso. Las cosas serían de este modo, Blake. No estoy hablando genéricamente. Tampoco me considero egoísta, pero lo que hago contigo y para ti no lo haría con otra persona. Como te dije, tú eres mi mujer. No una de las que han pasado por mi vida. Eres la mujer hecha para mí.

—Eres un romántico.

—No. Bueno, contigo, sí... En fin, lo importante es que no te preocupes por nada. Lo que sea que se presente, estaré a tu lado para enfrentarlo.

—¿Lo ves? Eres el epítome de un caballero de brillante armadura.

—Contigo.

—De acuerdo. Conmigo.

—Sé que a su tiempo lo comprenderás.

—Si ese es nuestro destino...

—Precisamente es eso. El destino.

—Sea el destino o lo que sea, no pienso desaprovecharlo.

Dicho eso, llevó las manos a los costados de su apuesto rostro y se acomodó a horcajadas sobre él para volver a besarlo.

Por supuesto que la idea de que él fuera el hombre de su vida se le había pasado por la cabeza, pero nunca se había considerado a si misma una mujer insensata y pensar que aquello fuera una verdad universal tras apenas unos días a su lado, aunque fueran maravillosos, sería infantil y majadero.

Como bien rezaba el dicho, toda escoba nueva barría bien.

Claro que si pensaba asimilarlo a él, la palabra “bien” se quedaba demasiado corta.

Físicamente no podía pensar en un hombre más atractivo para ella. Su forma de desenvolverse en cada situación era del todo seductora. Su personalidad le resultaba imposiblemente más interesante, al igual que su trabajo y ni hablar de su nacionalidad.

Si seguía por ese hilo de pensamientos, tendría que darle la razón y reconocer que sí parecía ser perfecto para ella, pero, ¿y ella para él?

Blake era una mujer bonita, pero en una escala del uno al diez, Giacomo perfectamente podría ser un doce, cuando ella en sus mejores días no pasaría de sentirse un ocho, con ojo indulgente.

Sin duda se había hecho cargo de su negocio y cocinaba más que bien, pero, ¡vamos! Él era Giacomo de Altavilla, el exitosísimo dueño y chef principal del “*Sibari*”, como comparar un banquete gourmet con una agradable cena casera.

Podía seguir así por bastante rato, sin pensar siquiera en que para el común de los hombres estar con una mujer cuyo hermano resultaba una carga mayor que la de un hijo era algo simplemente impensable.

Si un tipo medianamente pasable no querría para nada hacerse cargo de dicho conjunto, al menos no indefinidamente, un espécimen como él, que podía tenerlo todo y a todas, ¿por qué iba a conformarse con ella?

—Sigues pensativa, *signora*. —¡Dios! Había olvidado sumarle a la lista de sus atributos ese modo de hablar y su acento, que aunque enumerara ingredientes de una receta o la lista de las compras, podían hacerla sentir que se humedecía de deseo por él— ¿Qué pasa?

—Nada. No me hagas caso. Mejor vamos a aprovechar lo que queda de esta noche, ¿quieres?

—Ya pasa hace mucho de las doce. Ya no puedes escapar de mí en tu carroza de calabaza sin tu zapatilla de cristal.

—Gezù^[92]! Sí que eres un chico tierno y romántico, sabías?

—Contigo.

—Sí, lo entiendo, conmigo.

—No. Aún no lo entiendes, pero lo harás. —Tomándola por las caderas, volvió a hacerla sentir las dimensiones y solidez de su miembro mientras resbalaba entre los pliegues de su sexo, susurrando contra su piel, temeroso de lo que intuía que tardaría poco en venir— Y entonces no olvides lo bien que pensabas ahora de mí...

Capítulo 11

¡Maldito fuera el patán de Lorenzo de Altavilla! Por su culpa sentía que si despertaba a Blake con un beso le robaría minutos al precioso y escaso tiempo que tendrían para estar juntos y felices ambos.

De acuerdo que él había hecho todo lo que estaba en sus manos para corregir en su propio actuar cualquier desliz de carácter que pudiera hacerlo semejarle siquiera un poco a su antepasado, pero no era menos cierto que todo recato y compostura habían volado por la ventana desde el momento en que los hermosos ojos azules de Blake se habían topado con su mirada.

Y ahora ella dormía entre sus brazos, ajena al lío que enredaba sus pensamientos, aún peor, los sentimientos que inundaban su corazón y que no podía expresar, no importaba cuan frustrado se sintiera.

En una frase, habría bajado las estrellas del cielo para Blake en ese mismo instante, pero no podía decirle que la amaba...

¡La amaba!

Así era tras compartir apenas unas cuantas horas juntos. No podía imaginar lo que serían meses o años debiendo mantener esas palabras arrestadas, sepultadas y encerradas tras siete llaves si quería conservarla a su lado. Y aún así no dependía de él. Si ella las decía...

Aunque la lógica indicaba que, al contrario, ese sería un momento de dicha y esplendor para cualquier pareja, el maldito “Encanto” podría convertir aquella declaración en sentencia, haciendo realidad precisamente lo único que odiaría que ella sintiera por él y por su causa. Desilusión y pesar.

Por años se había preocupado de no vincular su corazón a las relaciones carnales que había mantenido para apaciguar de tanto en tanto las necesidades de su cuerpo, siempre con la salvedad de ser sincero y considerado en el trayecto con quien tuviera a su lado, sin embargo a poco andar por ese camino, se dio cuenta que no le era difícil ya que espontáneamente actuaba así. Tanto pasó, que incluso llegó a pensar que las historias de su madre y su abuela

habían sido exageradas, que el “Encanto” no existía y que todo se había tratado de lamentables coincidencias.

Eso, claro, mientras no pensara en lo de sus padres...

Pero en esos momentos en que cada célula de su cuerpo gritaba de necesidad por la hermosa mujer que ocupaba su cama, ignorante de la guerra que estaba librándose en él, no tuvo más remedio que asumir la verdad y reconocer que pese a que nunca tuvo nada que ver con los errores y la arrogancia de Lorenzo de Altavilla, el primer “Príncipe Azul Encantado”, su maldición se había manifestado como había sucedido por generaciones a sus descendientes primogénitos.

Sí. Estaba maldito. Enamorado y condenado a la culpa de no poder hacer feliz a su mujer, de traerle desdicha si ella le declaraba su amor.

Sentía ganas de gritar, de poder hacerse de aquel imbécil y a golpes hacerlo entrar en razón. De ponerse a los pies de la dama que había sufrido tanto por su engaño que no había alcanzado la paz hasta aquel día y rogar por su clemencia, sin embargo eso muchos tarde o temprano lo habían deseado. Muchos lo habrían hecho, pero no había dado resultado.

Su única esperanza era, contra todo sino o poder, lograr resistirse a aquella magia, mantenerse lejos de cualquier tentación, ser única y exclusivamente suyo, que Blake fuera su vida entera. Si era capaz de lograrlo, fuera donde estuviera aún decretado aquel destino, el “Encanto” tendría que desvanecerse. Para siempre.

Bastó el pensamiento que lo hizo caer en cuenta de aquello para que de inmediato un sueño profundo y placentero lo embargara, abrazándose estrechamente a Blake con una sonrisa en los labios, seguro de haber dado con la clave que lo solucionaría todo.

—¿Alo?

—Buenos días, hermana. Me alegra saber que por fin has aceptado parte de mis consejos y retomado eso de tener una vida...

—¡Nick! ¿Dónde está Gladys? ¿Estás bien?

—Claramente no tan bien como me gustaría saber que estás tú, pero por aquí todo está en orden. ¿Y *Macarroni* qué tal amaneció?

—Pues... —Eso mismo estaba preguntándose, ya que al pasar el susto de

recibir una llamada de su hermano, que la despertara tan de improviso que le tomó un par de segundos recordar aquel lugar, lo siguiente que no encajaba en su lógica era estar sola en la cama— ...

—¡No me dirás que te dejó abandonada en algún hotel! No me pareció de esa clase.

—No es el caso, pero...

—Bee, somos adultos. No me causa ninguna sorpresa que estés ahora mismo en su casa. Lo que sí me molesta es que te dejara allí sola.

—Bueno, claramente sí ha despertado antes, seguro su día suele comenzar como hace... —Blake retiró el teléfono de su rostro para poder ver la hora, asombrada de haber despertado tan solo por el sonido de la llamada entrante — ¡Más de dos horas!

—¡Ja! ¿Acaso habías pensado que madrugué tan solo para entrometerme en tu vida privada? Claro que no. Me preocupé cuando vino la señora Virgilia a dejarte unos tomates hasta acá porque no te encontró en “*La tavola*”.

—Tranquilo, estoy bien. Colgaré ahora para poder ver qué sucede en el restaurante... y averiguar dónde está Jack.

—De acuerdo. Y luego me cuentas. Es muy divertido tomarle el pelo y aparentemente seguirá rondando por aquí si ofrece una buena explicación por su ausencia.

Fue cuando estaba a punto de salir envuelta en la sábana a la terraza en busca de su propia ropa cuando escuchó sus pasos por la escalera que bajaba al cuarto cargado con una bandeja con patas plegables de la que emanaban una serie de deliciosos aromas.

—Espero no haberte despertado desde hace rato, *signora*. Estabas tan hermosa y relajada mientras dormías.

— ¿Fuiste a preparar el desayuno?

—Eso fue lo último antes de bajar. Primero llamé a uno de mis encargados para que hiciera las compras para el restaurante y luego hablé con Susan y con Mario para que fueran avanzando mientras llegamos allá.

—Dios, Jack, no debiste dejarme dormir hasta tan tarde. Incluso Nick me ha llamado.

—¿Él está bien?

—Sí. Gracias por preguntar.

—Siendo así, tranquila, todo está bajo control y estoy seguro que hace largo tiempo debiste tomarte unos minutos más antes de comenzar a preocuparte por todo el mundo. Por suerte hice instalar una buena capa de aislamiento entre este piso y el de arriba y así no molestarte con el ruido.

—Gracias. Eres muy dulce.

—Espero que tengas hambre. Creo que exageré un poco con el desayuno...

—Claro que sí, muero de hambre, —él le sonrió y puso la bandeja sobre la cama ante ella, quedando más que claro que había preparado suficientes viandas como para agasajar al menos a una delegación de críticos gastronómicos— pero, ¡vaya! Te aseguro que no estuve vagando por meses en un desierto, desfalleciendo de inanición.

—No te preocupes, come cuanto quieras y el resto podemos llevárnoslo al restaurante.

—¿Y tú?

—Pienso hacerte la competencia. —¿acaso alguna vez podría cansarse de esa expresión entre traviesa y algo pagada de si mismo que tenía cuando bromeaba con ella?— De pronto no se me ocurre por qué, pero alguna actividad debí realizar que me ha dejado famélico.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí. Hambriento y gratamente dolorido...

—Lo que es yo, me siento como nueva. Tal vez comienzan a pesarte los años... de fama, *mister*^[93] Jack Hauteville.

—Stai dicendoche sono vecchio^[94]?!

—Jamás me atrevería, —ella apenas podía contener la risa ante su genuino asombro. Por supuesto que estaba tomándole el pelo y realmente resultaba divertido, como había dicho Nick, por lo que, ¿por qué no jugar un poco más? — sería una falta de respeto para un caballero como tú.

—¿Dices caballero con ese sonsonete como queriendo llamarme anciano?

—Por supuesto que no, *carino*. Aún estás en plena flor de la vida.

—Mmmm, bien. Estaba pensando que tras desayunar tendríamos que darnos prisa en ir al restaurante, pero creo que podemos tomarnos un tiempo

para volver a demostrarte que no soy ningún vejestorio...

—¡Ay, *signore!* ¿De verdad que te has sentido interpelado? —Blake le quitó la tostada que estaba a punto de morder para sentarse sobre sus rodillas y agasajarse besando y mordiendo su barbilla y sus mejillas antes de unir sus labios— No solo no eres ningún viejo. Estas como para chuparse los dedos y repasarlos, me sorprende que te lo tomaras en serio.

—No me gustaría que pensaras que soy viejo para ti y no quisieras seguir conmigo.

—¿Y cómo sería eso de “seguir” contigo?

—No entiendo.

—Lo de anoche y bueno, todo ha sido fabuloso, pero eso no es garantía de que estuviéramos pensando en que sea algo permanente.

—Yo sí. —la expresión repentinamente afligida que tenía la hizo sentir que algo se derretía en su pecho— ¿Tú no?

—Creo que el problema es más bien que me gustaría mucho, pero todo va tan rápido y no quería ser la única en pensar así.

—No lo eres, Blake. Te lo dije anoche. Tú eres la mujer para mí, pero...

Si su mirada reflejaba el calibre de aquel “pero”, no estaba segura de querer saber.

Como bien había dicho, todo estaba sucediendo demasiado rápido, pero no por ello era menos real y profundo, aunque claramente frágil, y podía sentir oprimido el corazón al saber que podía derrumbarse.

—Tal vez no deberías decir nada más.

—Sí debo.

—¿Acaso estás casado o algo así y nunca lo supo la prensa? —ella se puso de pie y se apartó de su lado— ¡Dios!

—¡No! No es eso, No tiene absolutamente nada que ver.

—¿Y entonces?

La expresión pesaroza, incluso avergonzada en su rostro no podía presagiar nada bueno, sin embargo tras pensarlo un instante, por fin se decidió a hablar.

—Io sono maledetto^[95]...

—¿Qué?!

—No yo directamente. Mi familia. Fue por culpa de un antepasado que ha hecho que cada primogénito descendiente de su casa estuviera condenado a revivir su historia y pagar por sus pecados.

—Pero, Jack, ¿de verdad crees en esas cosas?

—No lo creía del todo hasta conocerte.

—¿A mí?

—Te lo dije. Yo sé que eres mi mujer. Blake, yo... lo siento tanto. He atraído esto hasta ti. Debí evitarlo, pero no fui lo suficientemente fuerte.

—No entiendo...

—Te lo explicaré, pero antes necesito que me prometas una cosa.

—¿Qué?

—Si sientes algo bueno por mí, no me lo digas.

—Giacomo, todo lo que estás diciendo me resulta demasiado confuso e incomprensible. ¿Cómo sentir algo bueno por ti va a ser malo?

—No es... por favor, promételo y te lo contaré.

Así que por fin había salido a la luz el misterio.

Por eso era que un hombre tan guapo y talentoso no tenía una mujer a su lado.

Estaba loco.

O al menos eso habría indicado cualquier terapeuta sensato y adecuado a este siglo, ya que por su parte él en serio parecía creer en maldiciones y cuentos de hadas.

Si no fuera porque estaba segura que le decía la verdad, al menos la que Jack creía que era la verdad, habría tomado sus cosas en ese momento y huído de allí.

—Puedo ver por tu expresión de que no crees una sola palabra de lo que digo.

—Bueno, no es que sea demasiado lógico...

—Blake, yo no estoy loco.

—Es lo que un loco diría.

—No lo haría... —desesperado, temiendo perderla, repasó con la mirada a su alrededor en busca de cualquier soplo de inspiración que lo ayudara a saber qué decir o hacer para que ella entendiera, entonces vió su propio

reflejo en el ventanal y lo supo— No estoy demente y puedo probártelo.

—Tranquilo, ¿sí?

—Por favor. Dame solo una oportunidad.

—Yo, —aunque todo sonaba y parecía una verdadera locura, el brillo de auténtica desolación en su mirada la hizo ceder— sí. La tienes.

—Mira mi brazo derecho. ¿Ves algo inusual?

—No.

—¿No?!

—No. Está igual que siempre. Bueno, salvo por las marcas de mis uñas en el antebrazo, supongo.

—¿Y más arriba?

—Nada. Salvo por tu tatuaje, está como siempre.

—¿Cómo es el tatuaje?

—Es una broma, ¿cierto?

—¿Por qué lo dices?

—Nadie mejor que tú sabría cómo luce tu tatuaje.

—No lo creas... —por suerte una gracia tenía toda esa historia del maldito “Encanto”— Nunca lo he visto.

—Jack, por favor, estás comenzando a asustarme...

—Mira. —él movió a un lado los dulces que había puesto sobre una pequeña bandeja de acero tan pulido que era prácticamente un espejo— ¿Ves el reflejo de mi brazo?

—¡Por Dios!

O ella también se había vuelto loca, o en el reflejo de la bandeja el brazo de Jack no mostraba tatuaje alguno.

—Solo los ojos de la mujer destinada a estar a mi lado son capaces de ver la marca de la maldición, el escudo del príncipe.

—¿Escudo del príncipe?

—Sí. Lorenzo de Altavilla pensó que si escapaba y se hacía pasar por muerto, el “Encanto” lo dejaría libre, y para ello renunció a su título y su apellido... No le valió de nada, ya que siempre llevaría la marca para la única que a él le importaba. Otro regalo de su indeseable legado. Por eso con el correr de las generaciones volvimos a usar nuestro apellido, aunque otras

familias tomaron el poder en Sicilia. Hasta donde tengo entendido, el tatuaje representa nuestro escudo de armas ancestral.

—Pero, —ya obligada a admitir que algo más allá de lo normal sucedía allí, se acecó a él y recorrió el dibujo del tatuaje con las yemas de sus dedos — ¿cómo la marca de una maldición puede ser tan hermosa?

—Supongo que es como todo en ella.

—No comprendo.

—Si la mujer que está destinada a un maldito le abre su corazón con sus hermosas palabras, por más que él quiera hacerla feliz, que sienta que apenas puede respirar si no está a su lado, estará condenado al peor de los tormentos. Ser causante y razón de su sufrimiento, sin poder evitarlo.

—Es decir que si yo no digo que...

—¡No lo hagas!

—Si no lo hago, ¿podríamos engañar a la maldición?

—Aunque nunca antes ha sucedido, creo que puede ser la clave. Eso al menos hasta que sea lo suficientemente digno para romper el hechizo.

Capítulo 12

—¿Si dijera esas palabras no podrías evitar ser infiel, aunque no quieras?
¿Y además las mujeres se te echarían a los pies rendidas?

—Ese sería básicamente el efecto.

—Lo del tatuaje que solo puedo ver yo no puedo negarlo, lo que me hace creer que todo lo que has dicho es cierto y no producto de tu imaginación, sin embargo, permíteme que lo diga, aquella bruja o sirena o lo que fuera que encantó a tu antepasado tampoco me parece una pobre e inocente víctima. Si no tuvo empacho en dañar por sus sentimientos burlados a generaciones de inocentes de tu familia, a mi parecer tampoco poseía la calidad moral para juzgar. Y si ella reclamaba haber sufrido tanto, ¿qué hay de las mujeres de los encantados? Porque ellas también resultan perjudicadas por su mal llamado “Encanto”. Ni hablar de aquellas de mero paso...

—Cada vez que escuché la historia, pensé lo mismo. Simplemente no es justo.

—Y sobre todo no lo es contigo, porque yo no he dicho aquella frase, pero tú ya has sido generoso, apasionado y protector. ¿Qué podría ser más encantador que eso? ¿A caso ni siquiera les permitió ser valorados y queridos por mejores personas que sean?

—Antes no habrías pensado así. Realmente no era nada digno.

—¿A qué te refieres?

—Solo me importaba divertirme y no me preocupaban las consecuencias.

—¿Pero qué edad tenías?

—No importa, está en el pasado. Fui un adolescente bastante necio.

—Porque debías serlo, Jack. La niñez y la adolescencia son el tiempo de disfrutar sin preocuparse por nada, incluso por nadie. En esos años lo que se espera es que seas egoísta e insensato, para que la propia vida te enseñe a través de la experiencia. No seas duro al juzgarte. Menos aún si al madurar cambiaste.

—Quisiera que fuera un tema de madurez... Blake, —él tomó distraídamente su mano y la acarició mientras hablaba— te diré algo que nadie más sabe y que cuando conozcas a mi familia, con mayor razón nunca debes contarlo.

—Te escucho.

—El “Encanto” suele ser tan dañino que consume muy rápido la vida. Hacer sufrir a quien amas y ser consciente de ello no debe ser nada fácil, sin embargo mi padre lo intentó como ningún otro antes. Poco fue lo que Bruno y yo presenciamos. Nuestros padres mantuvieron sus problemas en secreto para protegernos mientras fuimos niños. Me consta que él adoraba a mi madre y con el correr de los años supe que probó de todo para no hacerla sufrir más por su causa. Él era capitán de marina y tras su desaparición durante una tormenta, se lo dio por muerto. Entonces no fue que mamá dejara de sufrir. Tan solo se convirtió en algo más llevadero, pero nunca vuelves a estar completo al perder la otra mitad de tu alma.

—Lo lamento.

—Papá no falleció. Planeó aquel accidente, con el dolor de su corazón por dejarnos, para intentar alejarse y permitirle tener una mejor vida.

—¿Cómo lo sabes?

—Al poco tiempo de que supuestamente murió, me buscó para advertirme, en especial porque su desaparición hizo que mi forma de ser empeorara, que me convenciera yo mismo que si no había modo alguno de escapar del “Encanto”, mejor era disfrutar y a la mierda con el mundo.

—Pero si eras solo un muchacho... habrá sido una carga tremenda.

—Lo fue, pero creo que gracias a eso tal vez sea quien pueda terminar con esta maldición. Desde entonces me ha nacido ser la mejor versión de mí mismo y así poder merecerte.

—¿Y tu padre cómo está?

—No duró mucho tiempo. Verdaderamente fue para él como intentar vivir sin respirar y un día, decidido a no regresar para mantener adormecido el dolor que provocaba, terminó con lo que la tormenta no pudo. Muchos de los malditos acabaron así antes.

—Júrame que tú no lo haras, Jack. —la sola idea de imaginarlo la hacía

sentir como si se le partiese el corazón— Pase lo que pase. Y que no vas a mentirme nunca, no importa lo difícil que sea.

—No quiero causarte dolor.

—Nada podría doler más que vivir el resto de la vida sabiendo que no estás y por qué.

En ese momento supo que había hecho lo correcto al hablarle tan pronto del “Encanto”. Si no, al igual que él, ella había percibido la profundidad de la atracción y los sentimientos que los unían y al ser tan franca, tal vez lo habría dicho.

—Te lo Juro.

—Yo también te juro algo. —Blake se acurrucó contra él, abrazándolo para reconfortarlo tras contarle toda aquella fantástica aunque trágica historia — Que aunque no pueda decírtelo, siempre te haré saber lo que siento por ti.

—Signora, yo...

—Shhh, no hables, Giacomo. —él bajó la vista con pesar, pero ella hizo que volviera a verla, acarició sus mejillas y se acercó para darle un suave beso antes de sonreírle— se me ocurre algo, como un juego. Cuando creas que no puedes más y debes decirme lo que sientes, dí exactamente lo contrario.

—¿Cómo?

—Pues... yo pienso que eres un feo ogro y me caes muy, muy mal.

—Ah ¿sí? —volver a verlo sonreír era como el sol reapareciendo tras largos y tristes días de lluvia— Pues a mí me parece que tú eres aún más fea y todo lo que haces y dices me desagrada.

—Sí. Y aunque estar aquí contigo es un completo horror, creo que ya debemos irnos. ¡Mira la hora!

—Cierto, vamos. Ojalá que no regresemos aquí en un largo tiempo.

—¿Lo ves? La idea es algo tonta, pero resulta.

—Espero no cometer algún error de interpretación porque me temo que a veces mi cerebro puede hacerme malas pasadas.

—Bah, yo sé bien que no eres nada listo y no pienso echarte una mano con ello nunca.

—¡Dios! Realmente te detesto.

—Y para ahorrar tiempo, soportaré tu irritante presencia a mi lado en la

ducha.

—De acuerdo, aunque me costará darme prisa intentando esquivar tu poco agradecida persona.

—Sí. Que desagradable. He visto que tienes el peor culo del mundo. — cuando Jack se puso de pie y se quitó la ropa, no pudo evitar arrearle una sonora nalgada en su atractivo trasero, consiguiendo que él la tomara entre sus brazos y repartiera besos por su cuello y sus pechos mientras la sujetaba firmemente por el suyo, de lo más sonriente— Nunca quisiera verlo, mucho menos tocarlo.

—Pues el tuyo no hace más que asquearme. Definitivamente llegaremos bastante tarde al restaurante, porque ahora mismo haré... ¡mierda! No se me ocurre cómo decirlo, pero... no voy a follarte, ni a lamerte, ni nada de nada contigo bajo el agua.

—Jajaja, ¡que mal! Yo tampoco quiero.

Afortunadamente Mario había estado muy concentrado el día anterior y había aprovechado todos los consejos de Jack para alistar lo necesario para el siguiente especial que se serviría en “*La tavola*”, consistente en ravioles rellenos de carne y champiñones en salsa bolognesa con un toque de crema y queso parmesano. Todo un clásico imperecedero de la vieja escuela italiana.

Por su parte Susan se había encargado del personal y el comedor, lo que les vino muy bien, en especial teniendo en cuenta que tardaron al menos otra hora en salir del refugio de Jack y que las reservaciones estaban completas nuevamente.

La única mosca en la sopa era un espécimen moreno y alto que sumbaba más que sonriente al verlos llegar juntos.

—Felicítame, *fratello*^[96], acabo de ganarme un lindo auto.

—Ya cállate... —Bruno cazó en el aire las llaves que Giacomo le lanzó— Estamos retrasados con el almuerzo, así que si nos disculpas, algunas personas tenemos que trabajar.

—No seas malas pulgas, Giacomino. Teniendo en cuenta la hora del arribo de los felices tórtolos y tu ausencia a la mesa durante el desayuno familiar, me atrevo a asegurar que no te duele mucho haber perdido.

—Stronzo... —Blake lo vio, luego a Bruno, se alzó de hombros y prefirió

entrar, dejándolos ser tan dulces como quisieran entre ellos, sospechando de qué iba la cosa— ¿No tienes algo mejor que hacer que incordiar?

—No.

—Ya veo.

—Anda, invítame un café y alegra mi día con algunos detalles sucios.

—Ma ti sei bevuto il cervello^[97]?!

—Mmmm, lamentablemente una buena noche de polvos no te convirtió en alguien divertido... en fin, que además de pasar por mi auto, te tengo un recado *della mama*.

—Dilo subito^[98]!

—Te espera a ti y a Blake a cenar esta noche, pueden invitar a quien quieran, pero su asistencia no es opcional. *La nonna* se suma, por supuesto, además *del pelatone*^[99] de siempre.

—...

—Sí, eso mismo pensé. No lleguen tarde. Si quieres me encargo de pedirles un taxi... y otra vez gracias por el Alfa.

—Vaffanculo^[100]!

Por supuesto la “Curia”^[101] en pleno de la familia de Altavilla estaba atenta a los pormenores de su relación, en especial porque Bruno no había podido, ni querido mantener la boca cerrada.

Igualmente comprendía el interés directo de su madre y su abuela, conscientes a cabalidad de las consecuencias de el “Encanto”, pero para el resto de la familia aquello resultaba más bien una leyenda que no hacía más que aportar detalles sabrosos a los cotilleos que normalmente amenizaban las reuniones del clan, tanto del lado femenino como masculino, que ellos no eran especialmente machistas, ni feministas.

Y que por fin Giacomo se presentara con una chica iba a ser el tema de la cena y de toda junta de parientes por un largo, largo tiempo.

—Signora?

—Por aquí, Giacomo, en la cocina pequeña.

—No sé por qué este lugar me trae muy dulces recuerdos...

—No empieces, *signore*. Menos si no tenemos el tiempo suficiente para

terminar...

—Bien, para amortiguar los ánimos en ese ámbito, te tengo una noticia.

—Ha de ser algo bastante malo para poder apartar mis pensamientos de tu lindo trasero en la ducha.

—Malo, no, pero peliagudo, sin duda.

—Dime.

—Estamos citados al cuartel general esta noche a cenar.

—¿Cómo?

—Mi madre, mi abuela y todo el resto de la comitiva quieren conocerte.

—¡¿Tan pronto?!

—Lo siento, *dolcezza*, no he querido que te incomoden, pero negarse es imposible. Es decir, tú puedes, pero si quieres volver a ver mi trasero, tendrás que capear conmigo la tempestad.

—La verdad, no puede ser tan malo. Para muestra tu hermano, aunque bastante desvergonzado, me resulta simpático y divertido.

—Mmmm...

—No te pondrás celoso por eso, ¿verdad?

—No demasiado. —él fingió enfurruñarse buscando algún mimo para aplacar su falso enojo, a lo que Blake respondió dejando de pelar tomates para colgarle un paño a la cintura del mandil y así poder apretar la mano indecorosamente contra su entrepierna sin mancharle el uniforme, viéndolo con sorna a los ojos— La verdad es que muy, muy poco...

—¿Acaso crees que teniendo al soberbio hermano mayor, voy a fijarme en un chico engreído? Quién lo dijera de un hombre tan guapo, *signore*.

—Es que me vuelves loco, Blake, y no quiero ni siquiera compartir tus miradas con nadie más.

—Tranquilo. La mayoría son para tu succulento trasero. El resto se divide entre otros apetecibles atributos tuyos y algo queda para cosas de trabajo.

—Jajaja, *signora*, ¡eres única!

—Sí, que no se te olvide. Y ahora ponte manos a la obra. Si cenaremos con tus matriarcas sicilianas, sería bueno poder desocuparnos antes del trabajo.

—¿Quisieras llevar a Nick?

—¿Tú quieres?

—Claro. Así puede que Bruno y él se dediquen a lo suyo y nosotros tengamos mejores probabilidades de salir ilesos ante el escrutinio familiar.

—De acuerdo. Después de servir el almuerzo lo llamaré para preguntarle si le apetece, pero antes de que te vayas, una cosita...

—Dimmi.

—¿Qué fue eso del auto?

—Solo que no pude resistirme ni siquiera unas cuantas horas a ti.

—Siendo así, estoy de acuerdo en que pagaras, aunque pensaremos en algún modo para recuperarlo. —él no podía sino sonreírle fascinado— Me gusta ese auto.

—¿Crees que sea prudente invitar tan pronto a esa chica, Nicola?

—Mamma Lucía, si es como ha dicho Bruno, para ya mismo estamos tardando.

—Tienes razón. Es solo que...

—Lo sé —por un momento la madre de Giacomo apartó la mirada de la máquina para cortar pasta para fijarse en el retrato familiar en que aparecía ella, su marido y sus dos hijos de pequeños, tan parecidos a su padre, pero sin el peso en los hombros que aún en el cuadro parecía atormentar a su esposo— ¿Te cuesta pensar en él con una mujer?

—Ecco^[102].

—Y a mí ni me digas. Para nada es algo de celos de madre. Es solo que se ha portado siempre tan juicioso y ahora... No quiero que tenga que pasar por lo mismo que nosotros. Creí que cuando conociera a alguien, Giacomo por sobre todos se tomaría las cosas con calma, pero parece que tantas precauciones han sido razón de que el golpe resulte más fulminante y no al revés.

—Debemos pensar y esperar que todo sea para mejor. —la mujer mayor acomodó un gran ramo de flores dentro de un jarrón, presentándolo sobre la mesa con gesto indeciso— Mi nieto ha hecho más que suficientes méritos para que “Esa” lo tenga en cuenta y nos deje ya a todos en paz al fin.

—Aunque no dejaba de remorderme la conciencia, me sentía aliviada de

que no estuviera buscando un romance. A la larga eso le impedía sufrir...

—Pero también le evitaba vivir plenamente. Haz memoria de cuando era un muchacho, ¿recuerdas?

—¡Y tanto! Si hubiera seguido así, habría tenido que comprar una escopeta para espantar a todas esas niñas que aparecían por casa a buscarlo.

—Tras todo lo de su padre, cuando Giacomo se decidió a ser con quien el “Encanto” terminara, es cierto que nos libramos del permanente desfile de muchachas, ¡Dios es testigo de las que hemos soportado por Bruno! Sin embargo *il mio ragazzo*^[103] antes tenía otro brillo en la mirada, del que vive feliz, sin preocupaciones y eso se extraña a rabiar.

—E vero, maduró y asumió el papel de hombre de la casa demasiado pronto.

—Por una parte me asusta esto de su novia, pero por otro, es listo, trabajador y bueno. Se tiene más que merecido ser feliz junto a una mujer que lo quiera y lo valore.

—¡Ah, ya le vale! Si esta chica Blake es buena, bienvenida sea, pero si no da la talla, me va a conocer, faltaría más.

—Así me gusta, son de esas cosas de las que debería preocuparse normalmente una madre y no de hechizos y maldiciones. Seamos por una noche una mamá y una abuela normales y pongámosle las cosas un poco cuesta arriba, así además de poder juzgar si ella lo merece, hacemos como es nuestra sagrada misión en la vida.

—Y lo más probable es que Bruno se una a ese plan, le invitemos o no a participar.

—Eso no hay ni que decirlo.

El almuerzo nuevamente fue un acierto.

Esta vez Mario había salido a afrontar el minuto en que el especial se había acabado, mostrándole a Giacomo un par de platos de su propia creación, los cuales resultaron del agrado tanto del experimentado chef como de los comensales, aceptando gustosamente un par de sugerencias que le dieron el toque distintivo que apenas les faltaba, por lo que les dio tiempo a ambos de agasajar a la clientela con una demostración gratuita del nuevo cannolo creado por Jack y que le había cedido a “*La tavola*”, al que él llamó con un brillo

travieso en los ojos “*Accompagnami alla Sicilia*^[104]”.

—Si me miras así cada vez que lo dices, no me quedará otra opción que aceptar...

—Es justamente lo que quiero, *signora*. Si por mí fuera, me escaparía contigo esta misma noche.

—Tal vez si eres bueno, tras esa cena con la que tanto pretendes asustarme, puede que te deje escapar de tu casa a la mía.

—Sì, per pietà^[105]!

—¿Te han dicho que eres un pelín exagerado? En todas partes se cuecen habas y tampoco creo que tu familia esté conformada solo de monstruos.

—Monstruos todos, no, pero sí mocosos impertinentes y viejas entrometidas, por mencionar solo a los más queridos y cercanos...

—Te alegrará saber que hablé con Nick y aceptó acompañarnos, aunque no sé si sea para nuestro bien. Pareció demasiado divertido mientras aseguraba que ya lo extrañas...

—Blake, yo sé que todo esto va muy a prisa. Pese a que antes te dije que necesito de tu apoyo en el frente esta noche, en verdad si no lo consideras apropiado o si la reunión te incomoda, yo lo entenderé y te excusaré con *le donne*^[106].

—Mi valiente caballero se arrojaría a los dragones con tal de protegerme... —Jack se acurrucó como un gato contra su mano cuando ella le acarició una mejilla con ternura ante su evidente preocupación— Ciertamente esto marcha a la velocidad de la luz, pero no por eso me voy a amilanar. Es más, desde ya avísales a ellas que el postre lo preparo, lo llevo y lo sirvo yo. No aceptaré otra cosa.

—Caspita^[107]! Eso suena bastante peligroso, pero también muy interesante. Demás está decir que yo estaré de tu lado.

—Nene, creo que esta noche, pese a tu mejor voluntad, no estarás disponible para escoger bando. Si mi memoria respecto a la cinematografía basada en los matriarcados y patriarcados italianos no me falla, eres incluso el premio a disputar en una pugna entre féminas.

—No permitiré que se pongan difíciles contigo.

—Ni tú vas a ser duro con ellas. Todo se trata en el fondo de saber si soy la indicada para ti y, créeme, no van a conformarse muy fácil. Yo misma fui bastante complicada cuando Nicholas me presentó a Laurie. Por largo tiempo me costó aceptar que mi hermanito era un hombre que ya sabía lo que quería en la vida y con quien.

—¿Laurie es la novia de Nick?

—Lo era... estaban juntos en el accidente y ella no lo logró.

—Lo siento mucho, *carina*.

—Y yo. —salvo por unos pocos amigos muy cercanos que le habían brindado su apoyo, era la primera vez en que era Blake el centro de aquella situación. Siempre había tenido que mantenerse firme y asegurar que saldrían adelante, por lo que por un segundo le costó dejarse abrazar y consolar, sin embargo con Jack todo era tan natural— La lección que rescato es que la vida es ahora. Por más que hagamos planes, no depende simplemente de lo que queremos o esperamos. Por eso no me asusta lo de hoy o que lo nuestro sea vertiginoso. Me costó el primer impacto, sí, pero si en esta vuelta la vida te trajo a mí, no quiero perder el tiempo con dudas y miedo.

—No tienes nada que temer, *dolcezza*. Ni aún la existencia de el “Encanto” hará que yo permita que suceda otra cosa distinta a hacerte feliz, porque es justamente lo que tú haces conmigo.

—Debo decirlo, Giacomo, que realmente... no me gustas ni un poco.

—Ni tú a mí,— ¡Dios!, esa sonrisa traviesa estaba cargada de eróticas y dulces promesas— detestaría que estuviéramos solos justo ahora.

Capítulo 13

—¿Estás listo?

—Certo, ma te dije que no es necesaria tanta formalidad porque... *¡Dio!*

—¿Sí, guapo? —pese a que el vestido que había escogido no era el más revelador, pues la velada no estaba destinada a Jack en si mismo, tenía lo suyo a la vez de hacerla lucir elegante y resaltar sus atributos, además de ser tan azul como sus ojos— ¿Algo que decir?

—Sei così bella che è un peccato che desidero svestirti subito^[108]...

—Nada de eso, galán. De seguro esperan que lleguemos tarde y no, seremos quirúrgicamente puntuales...

—¡Ey! No había notado que el modelito es de batalla.

—Como un chaleco antibalas, *signore*. Más vale prevenir que curar.

—Benne, andiamo allora^[109], no dejemos espacio para ningún reclamo.

—Tú portate bien y luego me aseguraré de que el de la tintorería tenga muchas quejas respecto a las dificultades al planchar tu traje...

—¿Es una promesa?

—Por supuesto.

Resultaba de lo más curioso, pero de cierto modo feministamente refrescante que él ni siquiera le diera instrucciones de conducción, ni hubiera mencionado el manejar su auto, resultado de haber pedido la apuesta con Bruno, lo que prontamente esperaba remediar. Al contrario, Giacomo parecía disfrutar al máximo verla al volante, como si eso le diera aún más confianza para enfrentar la batalla que se avecinaba.

Nada más abrir la puerta reconoció que Blake sabía lo que hacía mucho mejor que él.

Aunque claramente le habían planteado el tema como una cena familiar tan informal como para que Bruno le llevara el recado, aquello lucía como todo un evento social. ¡Bien por ella! Las brujas no iban a poder cazarla por sorpresa.

El nutrido grupo de parientes se separó para darles paso cual Mar Rojo ante Moises, permitiéndoles ver a ambas anfitrionas esperando al fondo del salón.

La mujer mayor era bajita, pero mantenía una postura erguida que la alzaba por sobre su estatura de forma espléndida. Y la madre de Jack... pese a que claramente era una mujer madura, seguía poseyendo una belleza deslumbrante, aunque cargada de un toque de melancolía que sabiendo los detalles de la tortuosa relación con su esposo, no era difícil de entender.

Fue Blake la que lo tomó del brazo para que se acercaran, sin embargo dio paso a que lo saludaran a él primero y así pudiera presentarla.

¡Perfecto! Las damas se habían mirado y asentido casi imperceptiblemente, por lo que, hasta el momento, todo iba como miel sobre hojuelas. Bueno, como cruzar un estanque infestado de pirañas sin destilar olor a sangre más bien.

—Nonna, mamma, esta es Blake Ward... —¡merda! No le había preguntado cómo debía presentarla, sin embargo si metía la pata, seguro ella no se lo reprocharía, pero las señoras no lo dejarían pasar así como así, por lo que era mejor pedir perdón, que pedir permiso— Mi novia.

—Encantada de conocerlas. Pese al poquito tiempo que llevamos juntos, Giacomo me ha hablado con tal cariño y familiaridad de ambas que estaba deseando poder saludarlas.

—Me alegra escuchar que usas su nombre cristiano y no ese invento de yankees.

—Por supuesto. Giacomo es un nombre precioso.

—Como corresponde a un hombre tan apuesto...

—Mucho, pero tanto más atento y talentoso.

—Bien dicho. Y ahora pasemos al comedor sin más tardanza. La pasta no da tiempo a largas charlas y...

—Yo puedo encargarme, *nonna*.

—Per niente, bambino^[110]. Hoy no vas a escaparte *nella cucina*.

—Adelante, Blake. Estás en tu casa.

—Se los agradezco. Si no les molesta, dentro de unos minutos llegará también mi hermano desde su terapia.

—¿Qué terapia?

—Stanne fuori^[111], Bruno!

—Giacomino...

—Es que, *mamma*...

—Hoy no vamos a pelearnos, ni a estar con dimes y diretes entre ustedes dos, *capici*?

—Capisco.

—Y tú?

—Ok, pero insisto, ¿qué terapia?

—Mi hermano Nicholas sufrió un accidente hace algunos años y requiere terapia para que sus músculos no se sigan deteriorando debido a su caso de cuadraplejía.

—Lamento oírlo, *carina*. No se preocupen ustedes, yo mismo me encargaré de ayudar a Nicholas cuando llegue, ¿te parece bien, Jack?

—Mmmm... —pese a que Bruno había hecho el ofrecimiento con genuino desinterés, a Giacomo no lo iba a engañar de buenas a primeras, sabiendo que su pregunta había estado destinada a hacer algún chiste respecto a la salud mental de la familia de su novia, pensando antes que la dichosa terapia era psicológica— Por el bien de la paz, de acuerdo, pero ya sabes...

—Amore, —la abuela de Jack lo tomó del brazo y lo escoltó con ella hacia el comedor— nada de amenazas, ¿sí?

—Boh!

—¿Decías...?

—Está bien, *nonna*. Pasemos una velada tranquila, para variar.

—Tú disculparás, Blake, pero estos chicos siguen con el mismo ritmo que tenían cuando eran unos niños pequeños.

—No se preocupe, señora Lucía. Ya he sido testigo de alguna travesura de los hermanos de Altavilla y un poco de tira y afloja no va a impresionarme.

—Haces bien, ya que a estas alturas difícilmente van a tener una relación templada y sin sobresaltos. —la *nonna* atrajo a su nieto y le dio unas cariñosas palmadas en la mano— Me agrada esta joven. Creo que sabrá manejarse contigo bastante bien, *bambino*. Y lo que también es importante, va a soportar sin problemas a tu hermano.

Sorprendentemente fácil, una en el bolsillo, pero faltaba la difícil.

—¿Así que manejas un restaurante italiano?

—Es herencia de mi madre.

—¿Osea que el negocio de la comida no habría sido tu primera elección?

—De cierta forma... Lo que yo amo es cocinar, no tanto la administración, pero por una razón u otra no hemos podido dejar esa parte a cargo de un experto y he tenido que asumir yo el papel.

—Mamma, Blake es la verdadera chef en “*La tavola*”.

—Mmmm, hasta donde he escuchado, el chef actualmente eres tú, *figlio*...

—Eso es un mero tecnicismo. El personal ha decidido darme ese trato porque soy conocido, no porque me haya ganado el puesto.

—Lo eres, Giacomo. No solo por tu fama, también porque en estos momentos eres quien mueve los hilos, pero porque le has puesto alma otra vez a la cocina, no porque te hayas impuesto o des las órdenes. Su hijo tiende a ser demasiado modesto, señora Nicola, al punto que a veces creo que se subestima a si mismo.

—Es verdad. Nunca ha buscado su propio reconocimiento.

—Esa humildad innata es lo que hace que la gente a su cargo se vuelva incondicionalmente leal, pese a que resulta un director estricto y exigente. Tiene la mezcla perfecta, igual que su comida.

—Por favor, señoras, me están poniendo alas y aureola y estoy bastante lejos de ser un santo varón.

—En especial últimamente, ¿no, hermanito? —Giacomo había prometido llevar la fiesta en paz con Bruno, pero el menor de los hermanos sentía absolutamente limpia su conciencia porque no se había comprometido con la idea ni por un segundo— ¿Hace cuánto que no se pasaba la noche fuera?

—Ma no, così non si può^[112]!

—No le hagas caso a tu hermano, *amore*. Sabes que le gusta tomarte el pelo, en especial delante de la familia. Por supuesto que sé claramente cuando mi hijo no está en casa y ahora que tiene novia, no es de extrañar... Bruno, pídele a Blake el teléfono de su hermano y te vas ya mismo a buscarlo tú a su terapia. Hoy no vamos a dejar pasar todas tus bromas. Quiero que Giacomo esté tranquilo para que nos deje conocer a Blake, ¿entendido?

—Pero *mamma*...

—Nada, *bambino*, anda, camina ya y veremos si al regreso consigues comportarte como el adulto que eres y puede que no te haga más encargos.

—Va bene^[113]... —Blake aceptó el teléfono celular de Bruno y agregó el número de su hermano en él con algo de recelo, en especial por el brillo travieso en la mirada del bribón aquel— No te preocupes, CUÑADA, en breve estaré de vuelta con tu hermano, sanos y salvos, ya verás.

—Ya. Me temo que tú y Nick tienen demasiado en común, así que si por cualquier motivo se les ocurre desviarse o lo que sea, por favor, al menos avísenme.

—Por supuesto... —Bruno regaló a todos con una insolente reverencia, la cual Jack habría correspondido apropiadamente con un toque de mano pesada si no fuera porque Blake no lo dejó soltarse de su brazo para ir a cazarlo— *Arrivederci*^[114]. Suerte con la inquisición, Giacomino...

Pese a los horrores que Jack le había anticipado, la cena marchaba tranquilamente, con mucho que decir respecto del antipasto y del intercambio de recetas, pero sin demasiada tensión. Al menos superficialmente, ya que aunque la *nonna* se había pasado a su bando casi de inmediato, Nicola seguía analizando atentamente cada uno de sus gestos, movimientos y palabras, lo podía sentir sin verla.

Muy lejos de cualquier catastrófica fantasía, pronto los hermanos menores se reunieron con el grupo, incluyendo de forma magistralmente bien planeada a Gladys para que se encargara de las necesidades de Nick y así evitar cualquier situación incómoda por desconocimiento.

La única verdadera similitud con el estereotipo de cena con una familia de mafiosos italianos era la larguísima mesa matriarcal en la que ella, Jack y su madre estaban sentados guardando una leve distancia del resto en una de las cabeceras, reinando en la otra la señora Lucía, quien era evidentemente el alma de la familia y de la fiesta.

A juzgar por la animada charla y las risas hacia ese sector, su hermano se había aclimatado muy rápido al humor del de Giacomo y había congeniado con el resto perfectamente, así que con ello bien resuelto, volvió a internarse de lleno en la trinchera.

—Me sorprende gratamente cuando alguien joven como tú resulta ser tan responsable. Se ve que tu hermano es un encanto, *ma* debe ser *dificile* poder lidiar con tanto trabajo a la vez que estás a cargo de su cuidado.

—No voy a mentirle. Lo es. Y como a cualquiera, hay días en que las cosas me superan, pero en esos momentos lo que hago es tomarme un minuto, respirar hondo y seguir adelante.

—Bien hecho.

—No es solo por toda la belleza que puedes apreciar que esta *ragazza* me tiene en sus manos, *mamma*, no. Es eso y mucho, mucho más, estoy seguro que lo sabes, que lo has podido notar. —su madre lo veía a los ojos y tras un momento en que supo que ambos se habían dicho todo sin necesidad de palabras, ella le tomó la mano, en parte como gesto de afecto, y en parte como apoyo y deseo de protección— Yo... le he hablado del “Encanto”.

—Entiendo. —la mujer le dedicó un gesto imposible de descifrar— Bien, querido, entonces es hora de que te encargues de la familia. Blake y yo debemos hablar en privado.

—Sí.

Él aguardó a que Blake asentiera para acercarse a los demás y unirse a la charla.

Claramente estaba nervioso, pero confiaba plenamente en ella.

Aquella conversación, además, no buscaría apartarla de él, porque conociendo a su madre, sabía que su felicidad primaría sobre cualquier temor, sin embargo podía intuir que ver a su hijo sometido a los mismos pesares que ella y su padre habían sufrido no sería nada fácil y de seguro esperaba traspasarle algo de sabiduría adquirida a costa de pesar a Blake, con la esperanza de hacerle las cosas más sencillas a ambos.

—Blake, ¿me acompañarías a dar un paseo por el jardín?

—Encantada.

La noche estaba cálida, pero agradable y la exquisita disposición del gran jardín de rosas con su suave iluminación parecía sacada de un cuento de hadas. Sin embargo el tema pendiente, tan de fantasía como aquello, pero lamentablemente real, impedía que disfrutara tranquilamente del paisaje. Eso al menos hasta que la madre de Jack le dedicó una sonrisa cariñosa, la tomó

de las manos y habló sin la menor señal de rechazo o reproche.

—Entonces, ¿mi hijo te lo contó?

—Sí.

—¿Y le crees?

—Pude ver el escudo, pero no su reflejo...

—De todas maneras, si alguna vez tuvieras dudas, puedes contar conmigo.

—Gracias.

—Blake, antes que todo quiero decirte que me alegro de que tú y Giacomo se hayan encontrado. Se ve que, como siempre en esta... No quiero decir maldición, porque espero y confío que con ustedes se rompa... en este hechizo, la atracción y el afecto entre ambos es incuestionable.

—Lo último que haría en la vida sería exponer por capricho a Jack a cualquier peligro o dolor, se lo juro. Hay tantas cosas buenas en él que ni siquiera se atreve a ver...

—Lo sé, *ragazza*. No olvides que un día yo estuve en tu lugar. —esa declaración de empatía, pese a que aquella conversación era prueba manifiesta de que el “Encanto” no era mera obra de su imaginación, pese a todo la tranquilizó — Aunque hallarte pudiera desatar la parte más perversa del “Encanto” y poner en riesgo la vida de mi hijo, sé que tú eres su verdadera felicidad y al mismo tiempo solo juntos podrán terminar de una vez con esta condena que conozco tan íntimamente... toma.— Nicola le entregó una pequeña bolsa de terciopelo con algo semejante a una fría piedra en su interior — Es el último recuerdo que tengo del padre de Giacomo antes de... desaparecer, cuando nos dimos cuenta que no seríamos nosotros quienes acabaríamos con la maldición. Aunque mi hijo cree que solo él sabe lo que sucedió y así, pensando que nos protege de la verdad, logra sentirse mejor, yo lo sé.

—Entonces sabe que su marido...

—Sí. Él no habría dejado este mundo sin despedirse de mí. Ambos creímos que romperíamos el “Encanto”, sin embargo no fuimos lo suficientemente fuertes, pero Jack lo es. Y siento que tú también. Yo sé que lo lograrán. No le digas nada y conserva esto contigo para que el día que haga falta, puedas proteger a mi niño.

—¿Qué es?

—Tal vez solo esperanza... Un deseo.

—Lo haré. Se lo juro.

—Gracias.

—No, yo se lo agradezco. Sé lo que ha tenido que vivir y me imagino lo duro que ha de ser aceptar que las cosas estén sucediendo como esa bruja lo decretó otra vez, pero le juro que estaré junto a Giacomo para ayudarlo a que nadie más deba pasar por ello nunca.

—Es lo que su padre y yo más deseábamos. Ha sido un gusto conocerte, Blake. Ojalá yo hubiera sido una compañera más valiente y firme para Alessandro, pero si mi *bambino* se salva, todo habrá valido la pena.

Pese a que había estado distrayéndose a medias con las bromas y las conversaciones, preocupado ante la perspectiva remota, pero siempre real en su familia de que se desatara el desastre, Jack salió a la terraza para asegurarse que las cosas marcharan bien. Al ver a Blake y a su madre conversando sin sobresaltos, más bien en plena complicidad, se encaminó hasta ellas y rodeó a cada una con uno de sus brazos, sonriendo.

—Es bueno ver que las dos mujeres más bellas que conozco se entienden bien.

—A mí me alegra verte feliz, *amore*. Y no me cabe duda que Blake es responsable de ello, por lo que ya con eso se ha ganado mi cariño.

—Y tu madre el mío, *signore*, además de toda tu familia, que te quieren y se preocupan unos de otros.

—Bueno, sería el momento justo para un comentario sarcástico de mi querido hermano, pero veo que ha congeniado tan bien con el niño—apio que no nos va a dar la hora.

—¡Jack!

—No se preocupe, Nicola. Mi hermano disfruta de darle distintos alias a Giacomo, y eso del apio lo usa él insistentemente para referirse a si mismo cada vez que se pone algo caprichoso.

—Va bene, pero cariño, por favor, no estés molestando a Nick. Es un joven muy agradable y no me gustaría que entre broma y broma digas algo que lo lastime.

—Mamma! Yo sé medir mis palabras. ¿Sabes? Ya no soy ningún crío, por si no lo has notado.

—No le pidas eso a una madre. Para mí siempre serás *il mio bambino*^[115].

Capítulo 14

Pese a todas las calamidades que habían imaginado, la cena de “presentación” había fluido suave como la seda. Bruno y Nicholas habían hecho tan buenas migas que cuando Gladys se retiró, el menor de los hermanos de Altavilla había declarado que se haría cargo de su nuevo secuaz en el delito por esa noche, por lo que podían dirigirse tranquilamente a botar la tensión de la jornada y de la apuesta perdida de la forma que más les complaciera, por supuesto, acompañado lo dicho de un agarrón a cierta parte de la anatomía de su hermano que lo hizo escapar muerto de la risa mientras Giacomo mascullaba algunos insultos irreproducibles entre dientes antes de ofrecerle el brazo para salir al fin indemnes de las trincheras de la *mama* y la *nonna*.

Ahora sí todo parecía un sueño al fin, esta vez con un guapísimo príncipe azul a su lado, dedicado no solo a rescatarla, sino a consentirla, a ser un apoyo en todo sentido, especialmente respecto a su hermano y, no menos importante, a despertar en ella el lado más apasionado que nunca pensó tener, pero que Jack hacía aflorar con solo una mirada y una sonrisa, sin necesidad de palabras.

En el mismo instante en que dejó de lado el escepticismo y la felicidad la invadía al darse cuenta que sin quererlo, ni planearlo, había aparecido de la forma más inesperada en su vida el hombre que se había ganado merecidamente su corazón, una dosis de fría realidad le recordó que si llegaba a tener la mala ocurrencia de expresarle a él ese sentimiento en palabras, podría llegar a perderlo a causa del “Encanto”, que en ese cuento de hadas tan poco tenía de hechizo de amor, y tanto de retorcida maldición.

—¿Qué pasa, mi *dolcezza*? ¿En qué piensas con ese aire tan serio?

—No te preocupes... —¡Dios! Que injusto era que Giacomo adorara el suelo que pisaba, lo podía ver sin falsa modestia, atento a cada segundo de ella y su bienestar, y que por el rencor desmedido de alguien que ni siquiera

conocían, no pudiera decirle que ella sentía lo mismo, por mucho que Jack mereciera más que nadie esas dos palabras que otros lanzaban al aire sin siquiera sentir las— Solo estaba pensando en que nos habíamos preparado para una batalla campal, pero tu familia resultó increíble y acogedora.

—Claro, *carina*, si es que eres una joya y a esa gente te las has echado al bolsillo. Nunca lo dudé, pero sí creí que pondrían las cosas algo más difíciles. Me doy cuenta que mis aprehensiones me habían hecho subestimar la sabiduría de las matriarcas... —ahí estaba esa sonrisa mezcla de galán sexy y muchacho travieso que tanto le encantaba— Y la guinda de la torta ha sido tu postre familiar, ¡que cosa más buena!

—No me dirás que no has descifrado cómo hacerlo, *signore*.

—Cómo y con qué hacerlo, sí, pero te aseguro que no me quedaría igual. Es el vínculo que tienes con la receta y el cariño que le pones lo que la gente comúnmente suele llamar “el ingrediente secreto” y que hace que sean tus manos las que elaboren algo perfecto.

—Quién habría dicho que el enorme y sexy siciliano que reclamaba enardecido hace unos días que en “*La tavola*” se mal copiaban sus recetas iba a resultar un hombre tan intensamente dulce.

—Boh! Yo solo fui un tonto con suerte. Eres tú, *signora*, quien saca brillo a lo que tengo. Tu entusiasmo me hace ponerle empeño a enseñar, a crear cosas nuevas... Trabajar en tu negocio le ha devuelto la magia a la cocina y tu compañía, *non c'è nemmeno bisogno di dirlo*^[116], pero lo haré de todas maneras, Blake, porque mereces escuchar una y otra vez lo maravillosa que eres. —precisamente el semáforo en rojo los hizo detenerse, momento que él aprovechó para tomarle las manos y hablarle con aquella honestidad que había visto en sus bellos ojos desde el primer momento, ahora cargados de emoción — Aunque creas que es muy pronto, es la pura verdad. Tú le has devuelto el sentido a mi vida. Cuando estoy a tu lado, soy feliz.

—¡Ay! —aunque se dio el gusto de plantarle un buen beso, un fulano parado detrás tocando la bocina al dar verde impidió inoportunamente que se le echara encima, aunque algo de libertad alcanzó a tomarse con las manos sobre aquella pieza dura y firme, ansiosa por ella— ¡No sabes cuánto te detesto y no voy a conducir a todo gas para no llegar pronto a desnudarte, ni a

hacerte todo lo que no tengo ganas en este mismo momento!

—¡Uffff! Pues maneja bien lento porque no quiero llegar a probarte de pies a cabeza.

—¿A la playa entonces?

—Pero antes, una cosa.

—Dime.

—Por favor, deten el auto.

—¿Qué pasa?

—Aquí, para al borde de la carretera.

—Jack, ¡no me asustes!

—No, *carina*, es algo que traje de casa que quiero darte, si tú lo deseas.

—De acuerdo...

Aunque seguía preocupada cuando Jack bajó y rodeó el auto para ir por su lado, él no parecía tener ningún problema, al contrario, lucía una sonrisa preciosa cuando tomó su mano para poner algo en ella, que estaba mirando cuando se dio cuenta que él había apoyado una rodilla en el suelo en el instante en que la luz de la luna hacía brillar como una lluvia de estrellas celestes las facetas del aguamarina que coronaba un hermoso anillo antiguo.

—¡Por Dios, Giacomo!

—Bueno, signora, ¿qué dices?

—Es que...

—Anda, no es tan difícil. Solo hay sí o no.

—Pero apenas nos conocemos.

—Es verdad, pero yo sé lo que siento y creo que también tú, ¿o me equivoco? ¿Hace falta que esperemos más?

—Stai mettendomi alle cordi [\[117\]](#)...

—Eso espero. Anda, ¿qué decides?

—¿Sería una completa loca si digo que acepto? Claro que mucho más lo sería si dijera que no.

—¿Entonces?

—¡Sí!

Jack le soltó el cinturón de seguridad, la tomó en sus brazos y la besó como había estado deseando poder hacerlo durante toda la cena, cada vez que

ella se las apañaba para lidiar con una tía entrometida o con algún mocoso molesto.

Amaba a esa mujer como nunca pensó que tuviera la capacidad de hacerlo y sí que resultaba una completa locura proponerle matrimonio cuando ni siquiera le había preguntado aún si aceptaba ser su novia, pero la verdad todo en esa relación era tan inusual, pero a la vez mágico, que, ¿por qué no? Y ella había dicho sí.

—Prometo buscar luego un lugar romántico para volver a hacer esta propuesta con toda la ceremonia que mereces, pero este amigo estaba quemándome en el bolsillo.

Jack tomó el anillo de su mano y se lo puso en el dedo, sonriendo al verla mover la joya a la luz de la Luna una y otra vez, no maravillada por su valor, sino por lo inusual de elegir esa piedra para un anillo de compromiso.

—No habría podido ser más romántico si lo hubieras planeado por meses, *signore*, ha sido bello y perfecto y este bonito tiene el color de tus increíbles ojos, ¡me encanta!

—Sé que “el Encanto” nos está robando partes de este momento, pero que sepas que quiero estar en igualdad de condiciones contigo y que no diré... ya sabes, mientras tú no sientas que es así, pero no puedas decirlo. Y así mismo quiero que sepas que yo sí...

—Giacomo de Altavilla, he aceptado tu propuesta, ¿te cabe alguna duda que si no fuera porque no pienso hacer nada que te aleje de mí, no desataría en este mismo momento ese estúpido hechizo?

—¿En verdad?!

—Eres el hombre más dulce y digno de... ya sabes que he conocido. Espero que no se te ocurra arrepentirte porque, y que te quede muy, muy claro, pase lo que pase, no pienso dejarte escapar de mí.

—¿Es una promesa?

—No, Jack, es un juramento.

Jack sonrió y volvió a besarla, teniendo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para respirar y conducir él esta vez con rumbo a su casa, sin embargo a poco de llegar, sonó el teléfono de Blake, apagándose toda la felicidad que había visto hace un momento en su rostro al escuchar la voz del otro lado del

aparato.

—Sí, tranquilo, Bruno. Estamos en camino de inmediato.

—¿Era mi hermano? ¿Qué sucede?

—Tenemos que volver a casa de tu familia, Giacomo. Nicholas se ha puesto mal...

—Tranquila, —Jack le tomó una mano y la llevó con la suya a la palanca de velocidades para no tener que soltársela mientras daba un giro en U en la carretera y conducía a toda velocidad de regreso— estaremos ahí en seguida.

—¡Ay, *signore!* ¿Por qué no puede estar bien mi hermano? —¡Dios santo! Verla llorar amargamente luego de que minutos atrás estuviera tan feliz le partía el corazón— Él ha sido un buen chico siempre, ¿por qué, si ni siquiera puede moverse, tiene que sentir tanto dolor? No lo comprendo...

—Desafortunadamente no tengo una respuesta para eso, *carina*, pero sí ten por seguro que no tendrás que lidiar sola con ello nunca más.

—Te prometo que daría lo que fuera simplemente por ofrecerle un poco de alivio, porque cada vez que esto pasa, Nick pierde el deseo de continuar y no podría soportar no tener a mi hermano.

—No permitiremos que suceda, Blake. No sé cómo, pero te juro que encontraremos la manera de que Nick mejore y que no tengas que temer más por él.

—Ojalá Dios te escuche, porque a nosotros no nos ha hecho caso.

Pese a haberle dicho a Blake que no la dejaría volver a enfrentar sola la situación de su hermano, poco y nada pudo hacer al tiempo que ella acariciaba el rostro pálido y compungido de su hermano y le hablaba, intentando relajarlo, mientras el joven evidentemente sufría.

—Vamos, amigo, tranquilo. Respira, Nick.

—Esto no puede seguir así, Bee. Ni siquiera estamos en casa y tengo que estar dando este espectáculo a la familia de tu novio.

—No te preocupes por eso, Nicholas. No es que estés montando un drama a propósito, colega.

—Gracias, Bruno, pero sea como sea, soy una maldita molestia.

—No eres molestia, hombre. Ahora eres de los nuestros y nos tienes a todos para apoyarte a ti y a Blake.

—Tú, *Macarroni*, lo que tienes que hacer es cuidar de mi hermana y convencerla de que debe dejarme donde no sea un problema. ¡Mierda! Seguro estaban de lo mejor y yo les arruiné la noche. Y a todos, si hasta los niños se asustaron.

—¡No vuelvas a decir algo así ni en broma, Nicholas! Tú eres familia y a la familia no se la abandona por un “inconveniente”. Si los más chicos se asustaron, para eso estamos los demás para consolarlos y para explicarles. Y por tu hermana y por mí no te preocupes, si solo me importara estar con ella en las buenas, no merecería tenerla a mi lado.

—De todas maneras... —aparentemente el llevarle la contra estaba al menos distraendo al chico, que poco a poco recuperaba algo de color y bajaba el temblor en su voz— Blake, por favor, discúlpame con todos y vámonos a casa.

—Sí, vuelvo en seguida.

Blake salió del cuarto donde Bruno había acomodado a Nick para poder agradecer por las molestias y el susto que habían podido pasar, a lo que el resto de la familia, igual como habían dicho Jack y su hermano, habían respondido que debía dejar de preocuparse y sentirse mal encima por algo que estaba fuera de su control y que podía contar con todos, especialmente con la madre y la abuela de Jack, para lo que fuera que necesitaran.

—Giacomo.

—Dime.

—De verdad y aprovechando que Blake aún no viene, por favor, ayúdame. Convéncela de que me deje en una institución o algo. Por más que ella le ponga todo el amor y la voluntad, esto está empeorando y no la va a dejar vivir en paz. Ahora que te encontró y que puede ser feliz, yo no puedo seguir siendo una roca atada a su cuello.

—Te diré esto una sola vez, chico, por respeto a tu hermana y a lo que siento por ella. No pretendas que yo la manipule y la haga ser menos de la persona que es, Nicholas. Tu hermana te ama y no va a abandonarte, ni porque se lo pida yo, ni por nada en el mundo. Si quieres que sea feliz, permítele estar a tu lado aunque las cosas vayan a mal y la mayoría sea en los malos momentos porque ella te necesita tanto como tú a Blake. No insistas con esto,

que lo único que hace es agobiarla más. Por mi parte, te juro que estaré a cada paso para apoyarla y que no lidie sola con todo, contigo y su negocio y lo que haga falta, ¿de acuerdo?

—Eres un pedazo de bruto, más terco que ella misma, pero si juras que pase lo que pase, estarás ahí para Blake, prometo que no volveré a tocarle el tema.

—Es un trato.

Al volver Blake, Jack le dio una manta para abrigar a Nick y la dejó utilizar sus conocimientos para acomodar a su hermano en la silla de ruedas y llevarlo hasta el auto. Sabía que ella necesitaba sentirse en control de la situación y, pese a estar objetivamente seguro de que él pudo cargar al joven casi sin esfuerzo, intuía que ella estaría más tranquila si se apegaba a su rutina, sabiendo que contaba con él para lo que le pidiera, pero sin imponerse, por mucho que pudiera hacerle las cosas más fáciles. Ella necesitaba sentirse estable y él no iba a cargarle más angustia encima, fin del tema.

—Carina, si no te molesta, quisiera ir con ustedes.

—Igual ya pasó lo peor y tengo todo bajo control. Incluso Nick está dormido.

—Lo sé, puedo ver que no necesitas que te ayude, pero quiero estar a tu lado.

—¿De verdad?

—Signora, si dependiera de mí, no estaría un segundo de la vida lejos de ti.

—¡Ay, Jack! —por fin Blake pudo detenerse un segundo a respirar y se abrazó a él, sintiendo como cada músculo agarrotado por la tensión iba relajándose— Sí. Vamos, por favor.

Al llegar a casa de los Ward, ambos hermanos se habían dormido.

Con cuidado, cargó a Nick y lo acomodó en su habitación, encontrándose con Blake a medio camino de ir a buscarla.

Por un segundo le pareció ver en su hermoso rostro, que normalmente despertaba no solo suafecto, sino su más enardecida pasión, simplemente a una niñita triste, asustada y agotada de tener que cargar sola con tanto sobre sus hombros, por lo que pese a sus débiles esfuerzos por permanecer firme y

evitarlo, Jack la tomó en sus brazos, la llevó con él hasta su cuarto y posándola a su lado en la cama, la acarició y arruyó contra su pecho hasta que ella dejó caer las barreras de la fortaleza que normalmente debía mantener en pie para no derrumbarse y se aferró a él llorando sin poder contenerse hasta que se durmió, agotada.

Entonces supo con cada célula de su cuerpo que simplemente no permitiría que Blake sufriera. Eso era todo.

Si antes pensó que el “Encanto” sería el mayor obstáculo para su felicidad, en esos momentos en que ella al fin descansaba entre sus brazos, sabía que daría todo, arriesgaría todo tan solo por brindarle lo que fuera necesario para que no volviera a derramar una lágrima de dolor en su vida.

Pese a todos los talentos y posesiones que tenía, a todo el amor que sentía para darle, eso no era suficiente para que la mujer que a cada segundo llenaba su vida pudiera tener algo tan sencillo como la tranquilidad de que su hermano dejara de sentirse miserable a causa de las dolorosas consecuencias físicas de su desafortunado accidente.

Fue entonces, en el momento en que más inútil y pequeño se sentía, que una idea se abrió paso en su cabeza a pesar de resultar prácticamente absurda. ¡Stephen!

¡Sí! Su mejor amigo al llegar de Italia siempre estaba proponiéndole ideas para modernizar los sistemas de su negocio, hablándole de sus juegos de video, y su exploración en el campo de la realidad virtual.

Ciertamente aquel chico había sido y seguía siendo un “giro sin tornillo^[118]”, él mismo lo podía atestiguar habiendo sido su conejillo de indias en más de una oportunidad, incluso hace no tanto tiempo cuando habían intentado emular en lo posible los olores y sabores de la comida en un juego, sin demasiado éxito en el campo del gusto, pero habiendo logrado varias interesantes reacciones involuntarias en lo referido a movimiento.

La idea era tan loca y posiblemente ingenua, que prefirió esperar a que Blake estuviera profundamente dormida y no fuera a escucharlo, para no generarle falsas esperanzas. Su idea siempre podía ser la más grande de las estupideces, después de todo y como ya había dicho, no era más que un cocinero enaltecido por la prensa, pero uno con la suerte de tener a una chica

increíblemente inteligente y hermosa a su lado, por lo que estaba dispuesto a probar lo que fuera.

Habiéndola dejado cómoda en su cama, salió al jardín y sacó su teléfono, recibiendo casi inmediata respuesta. Sin analgésicos, le propuso su extravagante teoría a su amigo, que lejos de disuadirlo, se excitó al máximo ante el plan, el cual consideraba prácticamente un hecho debido a sus últimos avances infructuosos con su simulador de gusto y olfato virtual, pero que seguía teniendo más y más efectos corporales, especialmente musculares, a través de estímulos eléctricos generados por una mente y percibidos en otra.

—¿En verdad? ¿Crees que podemos lograrlo?

—Claro que sí, hermano, y no sabes lo bien que me viene tu proyecto, porque esto otro, bueno... digamos que no solo vas a ayudar a ese chico, en parte también has salvado mi negocio, amigo. El tope es que va a hacer falta un montón enorme de billetes para insumos. En este instante te estoy mandando la cifra a tu celular... De la programación me encargo yo.

—Teniendo el dinero, —el número era impactante, pero de seguro podía con ello si movía bien sus cartas— ¿cuánto podrías tardar?

—¿Hablas en serio? Porque no es una cantidad normal de ceros de lo que se trata...

—Da igual, lo que haga falta. Incluso creo que encima podría conseguir varios préstamos si hay algún imprevisto. ¡Vamos! Que de algo sirva todo el rollo de fama que me han hecho las revistas y la gente, más que para que los periodistas cotilleen sobre mi vida.

—Si lo pones así, con la plata en mano, máximo un par de semanas.

—¡Es una locura, Dios! Stephen, amigo, ¿en verdad no me estás dando por mi lado?

—Claro que no, tanito^[119] mío, no sabes del hueco que me sacas con tu idea. Después de todo resultarás siendo tú el brillante genio...

—¡Increíble! Haz los pedidos, yo en tres días conseguiré el efectivo.

—¡Vaya, hombre! ¿Estás seguro? Porque si mis calculos no me fallan, y nunca lo hacen, tendrás que vender hasta los calzoncillos que llevas puestos.

—Eso lo complica todo...

—¿Entonces no crees que puedas despachar tus cosas tan rápido?

—No. El asunto es que justo ahora no llevo calzoncillos.

—¡Ja! Consigue la plata, yo me pondré de cabeza día y noche para armar todo el cableado y si nuestro proyecto funciona, nos vamos a forrar tanto que prometo regalarte el calzoncillo más caro que pueda comprar por internet en las web de artículos de vestir de baja calidad de China.

—Es un trato. Y una vez más, amigo, si lo logras, te deberé una por siempre.

—Me conformo con que cocines algo bueno y real... Y descontando tu aporte inicial, con que vayamos cincuenta y cincuenta con las ganancias.

—Cuenta con ello. Es más, dejémoslo en setenta para ti.

—Jack, ¡definitivamente eres mi hombre! Te dejo ya, hermano, desde este minuto comienza a correr la cuenta regresiva.

—Tic—tac.

Jack colgó el teléfono con una sensación renovada de esperanza ante la situación de Nick. Si las cosas resultaban como Stephen decía, podría regalarle a Blake el alivio de saber que aunque su hermano no volvería a ser el mismo, al menos no debería soportar el sufrimiento adicional que su mente no lograba superar.

Estaba a punto de volver a la cama cuando una sensación como de gélido viento envolvió su cuerpo y susurró su nombre con una extraña voz de mujer que nunca había escuchado, pero que supo en seguida a quién pertenecía.

Toda la confianza que había sentido minutos atrás comenzó a tambalearse cuando aquella voz murmuró, o más bien lo hizo intuir que no le pondría las cosas fáciles para deshacerse de su maleficio, pero tal como supo eso, también estuvo seguro de que pasara lo que pasara, iba a darle a Blake lo que necesitaba para ser feliz, bien si se trataba de romper el “Encanto”... o fuera lo que fuera.

Capítulo 15

Pese a que en casa de Blake no solía desinhibirse todo lo que quisiera a la hora de hacerle el amor, pasar la noche estrechándola en sus brazos era de las cosas más placenteras que hubiera experimentado, incluso si sus pies estaban a milímetros de quedar colgando de su bonita y siempre acogedora, aunque pequeña cama.

Aún se quedaban algunas veces en la casa de la playa de Giacomo, pero las últimas crisis de dolor fantasma que Nick había sufrido, dejando en claro que el nuevo tratamiento no había conseguido los efectos y especialmente el alivio esperados, mantenían a Blake demasiado ansiosa y tensa al no estar disponible en casa, por lo que, pese a las constantes bromas a su costa de parte de Bruno y del propio Nicholas, había decidido quedarse la mayoría de las noches en casa de los Ward.

A cambio de la discreción que debían mantener en casa, en sus tiempos libres la cocina pequeña de “La tavola” y la oficina de Blake, incluido su baño, estaban siendo testigos de la apremiante pasión que se apoderaba de ellos cada vez que estaban juntos y a solas.

Por otra parte, ya no era necesario publicitar el menú diario del restaurante en las redes sociales. Desde que el público había comprobado que Jack estaba a cargo, pudiendo pagar una fracción de los precios del “*Síbari*”, obteniendo la misma o aún mejor calidad al estar su inspiración elevada a la máxima potencia, en el almuerzo y la cena siempre tenían casa llena, incluso listas de espera, por lo que Jack había esbozado algunos planes para ampliarse, abriendo una terraza y una barra.

Por su parte, con el inesperado alivio económico que le producía tener a uno de los mejores chefs del país repletando a diario su establecimiento, Blake había conseguido no solo más tiempo libre para dedicarlo a su hermano y a su vida personal. También se había convertido en la más constante alumna cada vez que Jack decidía que era el momento de dar por superado un

aprendizaje y pasar a algo nuevo.

Aquel hombre era más que un maestro de la cocina, era simplemente un artista a la hora de imaginar y experimentar combinaciones de sabores que luego aplicaba a sus creaciones. No sin cierta razón, estaba pensando comenzar a restringir o distanciar los días de “prueba”, ya que tomar tan solo un bocado de aquellas delicias resultaba del todo imposible, con el consiguiente aumento en los centímetros de cintura de todo el personal, casi sin excepciones. Por suerte ella tomaba ventaja del propio causante de aquellos michelines para quemar calorías, normalmente más de las consumidas.

Si tan solo encontraran el tratamiento apropiado para Nick...

La noche de la cena en la casa de la familia de Altavilla, como si todo lo que había mejorado en su vida con su presencia fuera poco, él le había propuesto matrimonio y ella había aceptado, sin embargo el complicado momento que habían pasado con la crisis de Nick la llevó a pedirle a Jack que mantuvieran su compromiso en secreto por un tiempo para no agregarle una cuota de estrés extra a su hermano.

Ya más adelante harían preparativos y compartirían su felicidad. Por ahora que él fuera tan comprensivo al respecto y estuviera siempre a su lado y dispuesto a apoyarla valía mucho más que firmar cualquier documento, cualquier ceremonia, o fiesta, que en la realidad no tendría mayor efecto sobre lo que sentían.

Igual se llevó la mano al cuello para jalar de dentro de su blusa la cadena a la que había colgado el anillo para verlo, porque su color ejercía sobre ella una fascinación similar a la que le producía el turquesa de los ojos de su prometido.

—¡Por Dios, por Dios, por Dios!

—Shhhh, Susan, no grites.

—Pero, ¿cómo no?! Nuestro talentoso y guapísimo “capitán” te dio ese anillo, ¿o no? No te voy a perdonar que no me lo hayas dicho, a menos que me lo cuentes todo ya mismo.

—Está bien, sí.

—¡Ay! Déjame verlo. —Blake se quitó la cadena y se la dio a Susan, no

sin una sensación de ansiedad al separarse del anillo— ¡Que cosa más bella!
Y que poco común.

—Es como él.

—¡Amiga! Si estás enamorada hasta los huesos.

—¿Y cómo evitarlo?

—Tienes razón. Es que es demasiado guapo y talentoso.

—Pero más que eso, Sue. La gente no se imagina lo dulce que es. Claro, lo ven grandote y uff, sí, tan sexy, que no se imaginan la ternura de ese hombre. Lo generoso y magnífico compañero que es.

—¡Que alegría, Blake! Te lo dije, te merecías a alguien así. Estoy demasiado feliz por ti. ¿Pero por qué no has dicho nada? ¿Para cuándo es la boda?

—Es que Nick no ha estado bien... Jack acababa de proponérmelo cuando Nicholas tuvo una crisis de dolor, encima estando en casa de la madre de Giacomo. No quiero que mi hermano se estrese y que esté pensando que por dedicarle tiempo a él, esté posponiendo o limitando nuestros planes...

—Entiendo.

—Pero sí, en cuanto las cosas mejoren, daremos la noticia.

—Ya sé que me dijiste que no contarías detalles, pero aunque no se vayan a casar aún, como se ven, como se tocan... las muchas veces que ambos se desaparecen por largo rato... ¿Cómo andan en el departamento de lo “íntimo”?

—Te puedo decir que, como en todo, él es magnífico. Dulce, generoso, atento...

—Como todo en él dices... —la sonrisa pícara en el bonito rostro de su amiga pudo anticiparle lo que se venía— ¡Enorme entonces!

—¡Susan!

—Lo importante, y se ve por el brillo que tienes, es que TODO eso sabe bien cómo usarlo, ¡excelente!

—¿*Dolcezza*?

—Hablando del diablo... Felicitaciones, chef. Se lo tenían bien guardadito, ¿eh?

—Gracias, Susan. Pero ya te habrá dicho Blake que...

— Sí, ya sé que por ahora es un secreto, tranquilo. Y me retiro, por si

tienen algo más que hacer sin que nadie se entere... — sin decir más, y disfrutándolo muerta de la risa, le guiñó un ojo a Blake y al pasar le dio una sonora nalgada a Jack— Considéralo parte de tu despedida de soltero, guapo. Amiga, que envidia, sí que tiene un culo lindo y firme.

—¡Ya vete! —Blake se puso de pie, cerró la puerta tras su amiga, rodeó su escritorio y abrazó a Jack, alzando la mirada para recibir un beso, acariciando entre risas la nalga que su amiga acababa de golpear— Pobre *signore* mío, que mala Susan que le hizo daño a este lindo traserito.

—¿Se lo contaste?

—Me ha atrapado mirando el anillo.

—Me encanta que te guste.

—Quisiera tanto llevarlo puesto. Esperemos que la cita de mañana de Nick con el doctor nos traiga buenas noticias y ya podamos contárselo a él y a tu familia.

—Nuestra familia, *signora*.

—Nuestra familia, *bellissimo*^[120] mío. Pero dime, ¿me necesitabas para algo?

—Blake, —una mirada de brillo perverso llenó sus bellos ojos— esa pregunta tiene lo suyo. Sabes de sobra que te necesito a cada segundo...

—Ah, ¿sí? —las manos de Blake, que antes rodeaban su cintura, buscaron de inmediato los nudos del mandil para dejarlo caer e ir directamente a la hebilla del cinturón, que soltó habilmente, pasando al botón y el cierre— Mmmm, no estoy segura, tendría que comprobarlo.

—Estoy a tu disposición...

—Veamos entonces.

Blake metió las manos por debajo de su ropa interior, agarrando con deleite sus firmes nalgas antes de seguir hacia delante y descenderla lo justo para que el miembro duro y ansioso escapara de su encierro dando un leve bote.

—Creo, *signore*, que verdaderamente me estabas necesitando justo aquí... —para enfatizar lo dicho, lo empujó un poco para dejarlo sentado sobre el escritorio, tomando asiento entre sus piernas, acercándose para dejarlo sentir su aliento justo en la punta, disfrutando de la forma en que su respiración se

aceleraba y se mordía su delicioso labio inferior, ansioso ante las expectativas de lo que se venía— ¿Qué podría hacer para ayudarte?

—Ya lo sabes...

—No, creo que no tengo idea.

—Tómame en tu boca...

—¿Tomar el qué, *bambino*?

—Dio, Blake!

—¡Dímelo, Giacomo! Quiero saber cuánto lo deseas...

—Succhiami il cazzo!^[121]

—Ufff, Giacomo, *sai che mi ecciti davvero quando usi gergo esplicito di sesso in italiano*^[122]?! —se deleitó un segundo más de verlo ansioso de sentirla antes de sacar la lengua para aplicarla justo a lamer rápida y casi imperceptiblemente el sensible frenillo, sabiendo intencionalmente que con eso lo desesperaría más— ¿Así te gusta, *carino*?

—Un po' più forte^[123]...

—Bueno... —con sumo cuidado de dejar tan solo que su aliento lo rozara, abrazó por la base el grueso glande con los labios, para volver a soltarlo— ¿Así? ¿No? Te veo estresado, guapo.

—...

—Creo que lo que quieres es agarrame del pelo y follarme la boca... — sin más preámbulos, lo agarró firmemente por la base del suavísimo y rígido miembro y se lo echó a la boca, chupando y lamiendo sin descanso y con deleite, haciéndolo gemir, echándose hacia atrás, enredando un buen mechón de pelo para marcarle el ritmo— Yo sé que eres mi dulce caballero de brillante armadura, Giacomo, pero te deseo con locura y me excita al máximo cuando tu pasión se descontrola y me tomas sin demasiada delicadeza.

—¡Oh, Blake! Vas a convertirme en cenizas...

—Dame más, quiero sentirte a fondo en mi garganta, no temas.

—Mmmhhhhhhhhhh... —apenas podía ver, pero notó que ella no se perdía ni una sola de sus expresiones mientras lo recibía completo, algo que pensaba que ella no podría o no querría hacer— *Carina* mía, no puedo más, si sigues, voy a desmayarme de placer...

Pero precisamente lo que hizo Blake fue seguir, volviendo a capturar la base de su verga con la mano, masturbándolo casi con violencia, mientras su lengua y sus labios succionaban y azotaban el glande sin compasión, buscando con su otra mano el rincón secreto tras sus testículos donde presionar y soltar con el pulgar para bombear su próstata hasta hacerlo genuinamente gruñir y sollozar de placer mientras se corría copiosamente en su boca.

—Eso es, precioso, quiero hasta la última gota de ti.

—Mmgghhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh hhhhaaaaaaaaaaaaa!!!

—Sabes tan delicioso, Giacomo.

—Bee... mmmmmmmmmhhhhhhh...

—Shhhhhh, tranquilo, bonito. Respira... eso es.

—...

—Perdon, *signore*, si fui un poco... ruda. Es que estabas tan deliciosamente entregado...

—Soy... tuyo. Para hacer... lo que quieras...

—Y yo tuya, Jack. —cuando él por fin conseguía respirar de forma medianamente normal, volvió a echárselo a la boca, lamiéndolo y succionando por una fracción de segundo, debiendo morder él su propio puño para no gritar de lo intensamente placentera, aunque desesperante de la sensación— Perdón, perdón, no me pude resistir.

—...

—Prometo que esta noche iremos a la cabaña de la playa y me daré el gusto de darle rienda suelta a tus preciosos gemidos...

—No creas... que no me cobraré rebancha...

—Estoy contando con ello, Jack. Nos hace falta pasar una noche completa a solas, sin limitaciones, o acabaré abusando de ti en plena calle.

—Pero no te olvides que ahora es mi turno.

—Está bien, *brichino*, —con expresión inocente, lo ayudó a acomodarse la ropa, tomándose una vez más libertades respecto a aquel atractivo par de nalgas— pero atente a las consecuencias...

—Espero que eso sea una promesa.

—Y ahora bien, ¿para qué me buscabas?

—Certo! Quería comentarte que hoy tengo una reunión respecto al

“*Sibari*”, así que necesito ausentarme durante el servicio de almuerzo, si te parece bien.

—Jack, sabes que no tienes ni que preguntar. No te preocupes por nada, *signore*, entre Mario y yo intentaremos hacerle justicia a nuestro señor chef.

—Bien, *carina*, entonces nos vemos dentro de un rato.

—Vete ya, o me tentarás a tomar otro bocado de ti ahora mismo.

Nunca había sido alguien que le diera importancia a los bienes materiales que poseía, salvo en lo que ellos sirvieran para mantener cómodos y resguardados a quienes le importaban, por lo que lejos de sentir cualquier tipo de nostalgia al depositar en el banco los documentos por la venta de prácticamente todo lo que tenía en la vida para que Stephen financiara su proyecto, una sensación de alegre ansiedad ante las posibilidades que abrían ese dinero respecto al alivio de Nick lo tenían de un humor excelente, pasando por alto incluso la expresión de cierto alivio de su agente al deshacerse de su más bien excéntrico cliente.

El problema que veía por delante en lo inmediato era que tenía apenas un par de semanas para desalojar la cabaña y el mismo lapso de tiempo se habían comprometido los nuevos dueños del “*Sibari*” para mantener en secreto la venta, pero para entonces Stephen ya habría probado el simulador y su única preocupación sería conseguir trabajo, en especial porque con suerte le quedarían algunos cientos de dólares en efectivo, algo bastante impráctico con la planificación de una boda por delante.

Un par de chicas en la calle cuchichearon animadamente respecto al guapísimo y loco sujeto que sentado en una banca, sin estar revisando su teléfono o leyendo algo, de pronto había sonreído por algo en lo que simplemente estaba pensando o había recordado.

—Sí, tal vez con lo bien que va “*La tavola*”, Blake se piense la idea de contratarme... si no es como chef, a lo mejor le interesa mantenerme en plan *toy—boy*^[124]...

Más que feliz, planeando la noche que pasarían en la cabaña de la playa, volvió a “*La tavola*” para adelantar los preparativos para la cena.

Capítulo 16

—¿Estás segura que no prefieres que nos quedemos con Nicholas en casa?
—esta vez ella estaba sentada sobre el escritorio, abrazándolo por la cintura aprovechando que llevaba unos cómodos pantalones que le permitían a él estar de pie entre sus piernas— Puede que esté nervioso por los resultados y no quiero que tú te preocupes...

—¿Sabes que eres sumamente dulce?

—Anda, Bee, te estoy hablando en serio.

—Y yo a ti, *mister* Hauteville. Aunque pienses que se me pasa por alto, puedo darme cuenta que en casa te contienes y hace un rato... ¡Señor! ¡Parecías una locomotora a vapor con la caldera atascada!

—Eso es tu culpa, *signora*. Me tientas y me fogueas hasta ponerme como un sátiro.

—¿Lo dices... —a sabiendas de que él conseguía deshinibirse para usar expresiones tan gráficas solo cuando el deseo amenazaba con nublarle un poco la razón, jugó a apretarse inocentemente contra su entrepierna para probar suerte— ...porque te hago pedirme claramente lo que deseas?

—Ya... ¿E intentas que solicite algo justo ahora?

—¿Por?

—Carina...

—Está bien, quería que lo dijeras tú, pero lo confieso. Quiero que vayamos a tu cabaña y poder gemir y gritar si nos apetece. No quiero preocuparme por nada hasta que sea inevitable hacerlo, por lo que le dejé a Nick la dosis de calmantes que lo hacen dormir profundamente para que él también descansa tranquilo. No nos gusta usarlo a menudo porque suele irritarlo unas horas después y porque podría perder su efecto si abusamos de ello, pero ambos lo necesitamos y estuvimos de acuerdo.

—Entonces, *dolcezza*, no se diga más. —Giacomo le sonrió y se inclinó ante ella, frotando su apuesto rostro contra sus muslos antes de alzar la mirada,

noche, sería mejor que pusieran la alarma en sus teléfonos o podrían pasar ambos de largo durmiendo y debían dejar las cosas organizadas en “La tavola” antes de recoger a Nick para su cita con el doctor Brown.

Sin embargo, pese a que al llegar a la cabaña habían vuelto a hacerse el amor, esta vez de forma suave y dulce, aunque mucho más extensa, casi como una agotadora, pero increíblemente satisfactoria maratón, por largo rato él permaneció acariciando a Blake, quien tenía medio cuerpo apoyado boca abajo sobre su torso, tan solo pensando en silencio, sin conciliar el sueño.

—¿Aún no te duermes, *carina*? ¿Qué sucede?

—No lo sé... tengo una especie de presentimiento...

—¿Sobre lo de mañana?

—Eso creo...

—No te preocupes, *dolcezza*, verás que todo va a resolverse de un modo u otro.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—Ojalá tengas razón...

—Así será. Te lo prometo.

—Gracias.

Jack podía sentir cómo su corazón se hacía más grande cada vez que Blake dejaba de cargar con un poquito del peso que llevaba sobre sus hombros cuando se sentía apoyada y protegida por él, sin embargo aquella sensación siempre tenía un tinte de dolor al saber que tal vez acababa de prometerle algo que no tenía ningún poder para cumplir. Y era precisamente en momentos como ese que aquella perturbadora voz de mujer volvía a susurrar en su mente, intentando robarle la confianza.

¡No más! No si había alguna posibilidad de controlar la situación para tranquilidad de su dulce Blake, que podía confiar tanto en él, que lograba conciliar el sueño tras sus palabras pese a los años que llevaba haciéndose cargo ella sola.

Debía haber una forma, y de pronto la idea que vino a su mente se hizo poderosamente tangible, casi tanto como el cuerpo tibio de su mujer abrazada al suyo.

—¡Lorelei! —sin saber si daría resultado, Jack se aseguró de que Blake siguiera dormida tras acomodarla cuidadosamente en su cama, bajó a la playa y caminó hacia el mar repitiendo el nombre de la causante del “Encanto”— Lorelei, por favor, tenemos que hablar...

Una niebla espesa cubrió el mar y se derramó por la arena, envolviéndolo en un manto de suave luz azul, viendo que desde cierta distancia al interior del agua se aproximaba a él una mujer de largo cabello oscuro que se arremolinaba con la brisa.

Sus ojos eran infinitamente azules, muy parecidos a los de Blake, pero envilecidos de amargura y una nota de lo que le pareció crueldad, la que se manifestaba en lo gélido de su tacto al acariciarle una mejilla con expresión falsamente condescendiente, más inclinada en verdad a la lascivia.

—Giacomo de Altavilla, el actual príncipe azul encantado, por fin nos conocemos... —su hermoso rostro le habría resultado exquisito si no fuera porque su presencia destilaba deseo de venganza e insinuaciones de pecado— Soy Lorelei, supongo que te hace sentido mi nombre.

—¡La bruja!

—Eso ha sido bastante ofensivo, en especial porque primero que todo, soy una sirena... pero igual tienes razón. Estoy aquí para comprobar lo que has dicho respecto a la felicidad de tu mujer y a valorar si eres lo suficientemente digno para levantar el castigo impuesto a tu casa.

—Claro... me allanaré a tu juicio.

—Mmmm, noto un cierto tono de desdén de tu parte, ¿o me equivoco? Y antes de decir algo de lo que puedas arrepentirte, no olvides que tu futura felicidad depende de mí.

—Es por la felicidad de quienes me importan que prefiero guardarme mi opinión.

—Inteligente... y muy guapo. —Lo primero es nuevo, o al menos Lorenzo carecía de ello, aunque el desgraciado era lo suficientemente apuesto para que la mayoría de las mujeres se lo perdonaran. Me imagino que con tu cuerpo y tu rostro conoces esa clase de *modus operandi*^[127]...

—No apruebo ni concuerdo con el modo de ser y actuar de Lorenzo. Tampoco lo aplico.

—Pero no por ello sientes simpatía por mí.

—Sería poca cosa más que él si estuviera de tu parte. No olvides que mi madre y mi abuela han sido víctimas del “Encanto”, junto con otras tantas mujeres que compartieron injustamente su destino sin siquiera tener una gota de sangre de Altavilla. Y sin pensar en otros antepasados, recuerda que sé lo que le sucedió a mi padre a causa de tu venganza.

—Entiendo hacia donde vas. Sí, Alessandro de Altavilla estuvo tan cerca de ser digno... Permíteme que te dé la razón. Mi hechizo no resultó ser infalible, —ella parecía arrepentida, al menos por esa parte, sin embargo no estaba en su poder el juzgar o perdonar el dolor sufrido por otros como para dejarlo pasar porque su causante sintiera atisbos de remordimiento— pero a mi favor puedo alegar un corazón roto, como el de ellas.

—Aún así.

—Anda, no seas rencoroso. No luce nada bien el resentimiento en unos ojos tan bonitos.

—Me temo que tendré que desilusionarte si esperabas que cambiara de parecer. Yo he sabido desde siempre que padeciste y lo lamento, pero eso no te redime, ni disculpa los efectos de tu actuar.

—Al contrario. Me gusta como la memoria genética de tu familia ha evolucionado y el esfuerzo particular que has puesto tú en ello. Si te hubieras doblegado tan solo para caerme en gracia, ya me habría esfumado de aquí. No tolero a los hombres sin valores, ni convicción.

—¿Entonces?

—Entonces vamos a lo nuestro. Tú quieres que yo deshaga el hechizo que te mantiene encantado a ti y a tu casa, ¿no? Quieres poder hacer feliz a esa chica que duerme ahora en tu cama... De acuerdo, lo haré, pero para ello debes demostrar que eres digno de mi perdón. ¿Qué dice tu mujer al respecto?

—Aunque espero ofrecerle siempre lo mejor de mí, solo Blake puede hablar en su nombre.

—Cierto. Sin embargo para revertir el “Encanto”, no conviene que ella intente interceder por ti. Yo podría llegar a entenderla si quisiera ocultar algún defecto o molestia que le hayas producido, después de todo siglos de malos hombres nos han hecho susceptibles a aceptar el mal menor y tu aspecto,

¡dioses! Realmente eres la viva imagen de tu tatará, tatará, etc. abuelo, pero la versión moderna, más alto, atlético, realmente tentador. Lloraré sinceramente por los siglos que nos separan...

—Dime lo que hace falta para demostrarte que soy digno y lo haré.

—¿Lo que sea?

—Siempre que con ello consiga la felicidad de Blake.

—¿Incluso a costa de la tuya?

—Sin dudarlo.

—¿Hasta lo imposible?

—Todo.

—Piénsalo bien. ¿Merece ella que pongas todo de ti en juego? ¿Qué tanto puedes conocer a otra persona en tan poco tiempo? Y, después de todo, ella no te ha declarado su amor...

—No con palabras, pero cada respiro que da me lo demuestra. El mismo hecho de reprimir aquellas palabras es otra forma de declararme su amor. Y aunque lo que siente por mí me consta, si no lo hiciera, igualmente haría todo por que sea feliz porque yo la amo.

—Pienso que Blake es una mujer afortunada. Ha topado con el primer príncipe de Altavilla que parece ser realmente digno de un amor verdadero, sin embargo no nos adelantemos. Es cierto que has conocido y resistido a las tentaciones hasta ahora, que has sido auténtico, sincero y honorable, pero ser encantador e irresistible es mérito en parte de mi magia... si logras brindarle felicidad y evitar las tentaciones cuando el “Encanto” se haya desatado, solo entonces la magia se desvanecerá.

—Se supone que eso es imposible...

—Y fue justamente lo que dijiste. Que conseguirías hacer lo imposible.

—No sé cómo o a qué costo, pero por ella lo haré.

Por un instante la expresión de Lorelei cambió de astuta y perspicaz a inocente y dulce, como debió ser antes de que Lorenzo le rompiera el corazón.

—Esto te ayudará. —la mujer tomó sus manos y depositó algo duro y frío entre ellas, una gota de cristal— Es la última lágrima que derramé por Lorenzo, mi príncipe Encantado, antes de que no hubiera más. Una lágrima entregada voluntariamente con intenciones puras... Tienes con ella un deseo

mágico solo para ti. Úsalo sabiamente. Espero que tengas suerte, Giacomo de Altavilla. Ha sido un placer conocerte. Ya estoy ansiando volver a verte, más temprano que tarde...

Capítulo 17

Aunque le había costado aceptar no estar presente para ella en aquel momento tan crucial respecto a su hermano, una vez más había percibido la necesidad de Blake de sentir que las cosas estaban bajo control y según su rutina, por lo que no quiso someterla a más tensiones de las necesarias. Le dejó un suave beso en la frente justo antes de irse, esperando que las cosas resultaran lo mejor posible.

Ya con tiempo y calma la ayudaría a asumir completamente que no había necesidad de lidiar sola con las pruebas más duras de su vida. Si hacerla feliz era su máxima meta, apoyarla en los momentos duros y estar allí para ella, para que de una vez pudiera desprenderse de sus cargas dejándolo compartirlas, era parte fundamental del camino para alcanzarla.

—Por todo lo que me cuentas, lamento tener que concluir que cualquier tratamiento químico que pueda darte para el dolor no va a tener efecto. Lo único que puedo sugerirte es que busques ayuda de tipo psicológica, ya que el dolor fantasma es mayoritariamente sicosomático.

—Doctor, ¿está seguro? ¿No hay otro medicamento?

—Lo siento, Blake, pero no creo...

—¡No importa el costo!

—Bee, el doctor está siendo más que claro.

—No digo con esto que no haya nada que hacer. Como te mencionaba, buscar un buen siquiatra, o asistir a grupos de apoyo con personas que hayan sufrido accidentes semejantes es una opción válida y útil.

—¿¿Cree que no lo hemos intentado?! ¿O piensa que me gusta ver a mi hermano dopado o vomitando a causa de las pastillas que le recetan?

—Cálmate, Blake, esto no es culpa del doctor Brown y...

—Nos vamos, Nick. —sin esperar a que su hermano pudiera controlar la

silla, la tomó por las manillas, la dejó acomodada para salir de la consulta, y sin dedicarle otra mirada al médico, abrió la puerta hasta el límite de su marco — Gracias por todo.

—Lo siento.

—No hay cuidado, Nicholas. Por favor, no dudes en recurrir a mí en cualquier otra cosa que pueda ayudarte.

—Lo dudo mucho.

¡Por Dios! ¿Qué iba a hacer para ayudar a su hermano?

Debía mantenerse fuerte, decir algo que empoderara y consolara a su Nick, pero lo único que quería era que Jack estuviera allí para que la abrazara y poder llorar sin temer que Nicholas se sintiera aún peor al notar que el diagnóstico no solo lo afectaba a él... todo eso era una estupidez por completo, porque obviamente él sabía cómo se estaba sintiendo en esos momentos y Giacomo había querido con el alma estar a su lado, lo pudo leer en sus ojos, pero ella simplemente no quería arrastrarlo hasta el rincón en que no era sexy, ni divertida, ni siquiera bonita, solo una chiquilla asustada y arisca, llena de angustias y temores, sin nada atractivo que ofrecerle a él.

Sin pensarlo demasiado, guió la silla hacia la cafetería de la clínica, respirando hondo para intentar contener el mar de lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos, cuando escuchó el golpe que le había dado a Nick contra el canto del macetero de una planta ornamental al no haber enderezado apropiadamente sus pies antes de salir de la consulta del médico .

—¿Y eso?

Sin necesidad de ver a lo que se refería, sabía que Nick se había percatado del anillo cuando ella se había inclinado a acomodar bien sus pies en los estribos de la silla y la cadena se había salido de su lugar.

Habría querido hablarle del compromiso si las noticias hubieran sido más alentadoras, pero una vez sobre el tapete, no pensaba encima mentirle a su hermano.

—¿Cuándo te lo propuso? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Fue apenas hace unos días y si no te lo habíamos contado fue para no sumarle ansiedad a la espera de la cita con tu doctor.

—¡Mierda, Bee! Es decir que ahora que esto no va a mejorar, ¿piensas

decirle al *Macarroni* que siempre no te vas a casar con él? No me daba la impresión de que estuviera dando problemas por mi causa, pero...

—¡No! No fue cosa de Giacomo, Nick. Muy por el contrario. Él solo aceptó darme el tiempo que yo necesitara para contarle a todos y yo no quería que tú te preocuparas por nosotros, menos en estos días previos a tu diagnóstico.

—Bueno, ya puedes anunciarlo a todo el mundo ya que no se ve que las cosas vayan a mejorar con alguna píldora mágica . O dale definitivamente la patada al italiano.

—¿Por qué dices eso?—podía entender que Nick descargara su frustración canalizándola como enojo por no haberle contado lo de su compromiso, pero de ahí a decirle que dejara a Jack... no, eso no era nada propio de él, al contrario— Te he dicho que Giacomo no tiene problemas con tu situación y lo que yo deba hacer al respecto.

—Vamos, hermana, sabes muy bien que ahora tu cocinero está dispuesto a aguantarme porque está embobado contigo, no creo que sea necesario que me ponga más gráfico para explicarlo, pero, ¿crees que va a aceptar que saltes de la cama cada vez que tu hermano lisiado les arruine la fiesta? ¿Te imaginas en la noche de boda? El novio teniendo que cascarse una paja porque la novia tuvo que correr al lado de su molesto hermano paralítico...

—Nicholas Ward, no voy a admitir que me hables así, ni que te refieras a ti mismo en esos términos horribles.

—Blake, por más que tengas que limpiarme la mierda del culo y hasta ahora no me haya quedado otra que aceptarlo, ¡yo no soy tu hijo, ni soy tu responsabilidad! Si decido que quiero irme de la casa y que me dejes en puta paz, vas a tener que asumirlo. Si me obligas a cualquier otra cosa, estarás aceptando que soy tan solo un lastre que ni siquiera puede decidir por si mismo lo que quiere hacer de su patética vida.

—¡Para de hablar así, por favor!

—No, hermana, de una vez vas a tener que abrir los ojos y aceptar la realidad. Por favor, llama ya mismo al *Spaghetтини* y dile que ponga fecha a la boda. Y seguidamente, si quieres ayudarme a buscar un buen lugar, te lo voy a agradecer. Si no, que sepas que lo haré de todas maneras, si debo recurrir a un

abogado incluso.

—Claro que llamaré a Jack, pero para que escuches de su propia boca que no tiene ningún problema contigo y que jamás se le ocurriría pensar en pedirme que me separe de ti. Si así fuera, créeme, no aceptaría a mi lado a un hombre que no pueda empatizar con lo que nos ha tocado vivir.

—¡Por Dios, eres una mula! No se te ocurra llamarlo, básicamente porque no tengo idea de qué decirle para disculpar tu necedad. El hombre ha sacado adelante nuestro negocio, ha tenido que aceptar mantener en secreto su compromiso, quién sabe cuántos polvos le he jodido a mitad de camino, y sus perspectivas de familia ya cuentan con un bebé inútil de setenta kilos que nunca va a irse de la casa a hacer su propia vida.

—¿Acaso no te agrada?

—Al contrario, me agrada lo suficiente como para evitarle el prospecto de mierda de matrimonio que le estás cocinando.

—¡Basta! Jack sabe que si me quiere, tú vas conmigo. Si no es así, no podemos estar juntos.

—¡Ay, hermana! ¿Sabes? Llámalo si quieres. Yo voy a hablar con él a solas y tú vas a tener que acatar lo que yo decida.

—Pero...

—Nada de peros. Anda, vete ahora mismo a buscarlo, ya sabes que Bruno tiene su auto, y lo traes aquí a la clínica, yo voy a estarlo esperando.

—Está bien, le diré que venga. Creo que ha arrendado un auto.

—Tú vete igualmente.

—Ya, pero que me vaya ahora no significa que esté de acuerdo con lo que has dicho. Quiero en serio que hables con Jack, eso es todo.

—Sí, sí, esperemos que tu novio sea un poco más sensato que tú, pero te lo juro que no voy a transar en nada si no me dejas conversar a solas con él.

¡Dios! Tras encontrarse en la entrada de la clínica, Blake le había hecho un resumen de la situación con el doctor y luego le había contado de la acalorada discusión que había tenido con su hermano, que exigía hablar a solas con él respecto al tema de la boda y de lo que harían respecto a su convivencia a futuro, temas demasiado peliagudos que no se sentía preparado a enfrentar en ese instante, mucho menos cuando pocos minutos atrás había recibido la

llamada de Stephen , quien los esperaba esa misma tarde.

Las cosas no podrían haber salido peor con el médico y encima de tener que dejar ir sola a Blake con todo lo angustiada que la había visto, no conseguía encontrar a Nick.

Por suerte sabía que su silla incluía un dispositivo que le permitía contestar por voz su teléfono, y aunque le diera material para burlarse una semana por no poder encontrar a un chico—apio en una cafetería, quería dejarle lo más pronto posible en claro que tampoco aceptaría desentenderse de él porque Nicholas era, desde el momento en que supo que no podía vivir lejos de Blake, un miembro más de la familia de Altavilla.

—Pronto, ¿Nick? ¿Dónde estás? He dado vueltas por toda la cafetería y alrededores y...

—Macarroni, sí. Lo siento, es que... tengo otros planes.

—¿Qué otros planes?

—Tú ya debes conocer de sobra a mi hermana y sabes que Blake no me va a dejar nunca en paz.

—Por supuesto, es tu hermana.

—Por lo mismo, ¡ya estuvo! No voy a seguir jodiéndole la vida. ¡No es justo!

—Nicholas, ya hemos tenido esta conversación...

—Sí, sí. Lamento tener que arruinar nuestro acuerdo, pero ahora que te tiene a ti, yo podré estar en paz.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Que tú estás a cargo ahora y vas a hacer feliz a mi hermana, cueste lo que te cueste, ¿estamos claros?

—¡Dime ahora mismo en dónde estás!

—Gracias por lo que has hecho por “La tavola” y por Blake. Tienes que prometerme que vas a cuidarla.

—No me rompas las bolas, niño, ¡¿dónde estás?!

—No te preocupes, hagas lo que hagas no vas a poder impedir lo inevitable. Solo cumple con tu parte y haz feliz a Bee. Te veo del otro lado, Jack.

Ni bien Nick había cortado, Blake llamó preocupada queriendo saber si su

hermano estaba más calmado.

—Sí, *carina*, no te preocupes, en estos momentos estoy yendo por unos cafés para que hablemos, ¿te parece si luego nos vemos en tu casa?

—¿En verdad?

—Por supuesto que sí.

—Gracias, *signore*. Por favor, cuento contigo para que Nick se olvide de esa estupidez del asilo o lo que sea.

—Tranquila, *dolcezza*, yo me encargo.

No le gustaba ni un poco haberle mentido a Blake, pero si sus sospechas eran ciertas y llegaba a tiempo con Nick, tal vez sería capaz de hacerlo entrar en razón y evitarle a ella un dolor que le resultaría imposible de olvidar, bien lo sabía él en carne propia. Y nada sacaba con angustiarse en esos instantes, más porque debía enfocarse en lo apremiante del momento.

Volvió corriendo hasta el sector de los ascensores y entonces vio que uno de ellos parecía trabado en la azotea. Los demás estaban yendo hacia abajo, por lo que no podía permitirse el tiempo para esperarlos.

Apenas tardó algunos minutos en subir corriendo desde el piso en que estaba hasta donde el ascensor había sido bloqueado, sin embargo pese a su condición, el ingenio e inteligencia del joven podría haber jugado en su contra para idear un modo de... ¡No! Blake no iba a vivir algo así. Él no iba a permitirlo.

Y tal como había pensado, Nicholas estaba en la azotea, casi al límite de la barandilla, sin embargo el reborde alto del tejado y sus propias limitaciones le habían impedido cometer una locura, pese a que su expresión decidida demostraba que tan solo hacía falta que pensara en un modo y conseguiría su objetivo.

Sin dar lugar a ninguna posibilidad, Jack agarró firmemente la silla y la jaló para apartarla lo suficiente del borde antes de ponerle el freno inferior, del que Nick no tenía el control.

—¡Ya estuvo bien de estas estupideces, Nicholas!

—Déjame, idiota, ¡esto no es asunto tuyo!

—Lo es. No voy a permitir que esta situación siga haciendo sufrir a tu hermana, ni a ti mismo.

—Es justo lo que quiero, no sentir más esta mierda y dejarlos a todos en paz para que hagan sus vidas.

—Te aseguro que así no lo vas a conseguir, pero a veces no sirve razonar con gente tan necia.

Sin esperar a que lo autorizara, en especial porque con esa actitud cerrada estaba seguro de que simplemente no iba a hacerlo, levantó a Nick y cargó con él de vuelta al ascensor mientras el joven no paraba de insultarlo.

Una vez en el subterráneo, lo sentó en el asiento del acompañante del viejo Volvo que había alquilado, le puso el cinturón de seguridad y condujo en silencio, haciendo oídos sordos a la furia del joven, la que poco a poco se fue apaciguando. Entonces habló.

—¿Ya te sientes mejor?

—Bah...

—No, en serio. Si quieres, puedes continuar, pero aprovecha y saca toda esa mierda de tu interior, porque para lo que haremos ahora te necesito bien lúcido y concentrado.

—¿Y qué se supone que haremos? Ah, ya sé, nos vamos de putas por tu despedida de soltero, ¿no? Vas a tener que volver por mi silla ya mismo o no podré bailar...

—Tomaré ese chiste bastante insípido como una mejora.

—Te puedes dar con él por el culo si quieres, *Macarroni*.

—Bien, —sí, de seguro Nick se sentía más como si mismo— no quiero que te hagas falsas ilusiones. Lo que haremos será solo un experimento que se me ocurrió mientras investigaba respecto a lo de tus dolores fantasmas. Apenas y ha habido tiempo para montarlo, pero se podría perfeccionar. No soy, ni estoy cerca de ser ningún médico, pero con probar no perderemos nada.

—Deja de dar tantas vueltas y acabemos con esta tontería. ¿A dónde me llevas? Blake debe estar preocupada...

—Llegamos.

Capítulo 18

El lugar parecía más un basurero de chatarra que un centro que tuviera algo que ver con estudios sobre el dolor, pero en definitiva daba igual. Obviamente las intenciones de Jack eran buenas, pero, ¿qué podría saber un cocinero glorificado respecto a cuadruplejia y efectos de ella?

Seguramente había tenido una tonta idea para impresionar a su hermana y había improvisado algún arnés estúpido o algo por el estilo para zarandearlo, como si eso fuera mágicamente a hacer despertar su espina dorsal muerta.

Tenía dos opciones. Ponerle las cosas cuesta arriba, no cooperar y seguramente aquel bruto italiano no iba a dejarlo en paz ni un minuto. O darle en el gusto, seguirle el juego y agradecerle por intentarlo cuando fallara, para volver a su casa y que de una vez dejara de incordiar.

Del funesto galpón salió un sujeto cruza de hippie y científico loco, con un mameluco manchado de grasa que los saludaba agitando los brazos como si estuvieran a kilómetros de distancia.

—Jack, hermano, ¿así que éste es tu candidato? Me alegra que se haya decidido a venir.

—Bueno, más bien he tenido que medio raptarlo, pero aquí estamos ya.

—¿Entonces tú no crees que vayamos a poder ayudarte?

—Claro está que cirujanos ustedes no son...

—Jajajajajaja, el niño tiene gracia. Claro que no somos doctores, ¡somos genios!

—Ah, en ese caso...

—Ya lo verás. Pero pasen, pasen, ya tengo la silla eléctrica conectada. De seguro unos cuantos “toques” van a dejarte como nuevo.

—¿¡Jack?! —la expresión indiferente de Nick se había convertido en todo un poema al terror, más al entrar al recinto y ver que la cosa iba en serio, ya que al interior aquel lugar parecía sacado de una película de ciencia ficción ideada por Giger^[128], lleno de cableado, monitores, extraños artefactos y

máquinas por doquier— No estarán pensando en...

—¿Y cuál sería el problema? Hace no más de una hora estabas pensando hacer todo un estropicio en plena calle lanzándote de la azotea de un edificio. ¿Acaso tienes miedo ahora de lograr tu objetivo de otro modo? ¿O es que en verdad no pensabas hacerlo?

—Ya, sí, lo habría hecho. ¡Debí hacerlo! Pero, ¿cómo crees que iba a poder lograrlo?

—No lo sé, ya que eres taaaaaaaan inteligente, pensé que lo habías planeado todo. Que decepción saber que era un show para llamar la atención.

—¡Ándate a la mierda! ¡De show, nada! ¿Qué sabes tú lo que es vivir con esta maldición auestas y hacer sufrir a los que amas por tu culpa?

A Nick se le escapó el fugaz gesto de amargura y genuina empatía de Jack. De seguro, pese a todo, Bruno no había hablado con él del “Encanto”, mucho menos Blake.

—¿Y cómo iba a aliviar a tu hermana el que te suicidaras?

—Es obvio. No tendría que cargar más conmigo y podría hacer su vida, especialmente contigo, imbécil.

—Nicholas, yo sé que has sufrido y que en tu desesperación, quieres hacer lo que sea por ella, pero matarte no es solución. Algún día te lo contaré con detalles, pero que sepas que mi padre se quitó la vida pensando en evitarle sufrimiento a su familia y yo, que lo supe, te puedo jurar que ni un solo día puedo dejar de pensar en ello.

—Yo... no lo sabía. Lo siento.

—Te pido que no lo comentes con nadie, en especial con Bruno y mi familia. Ellos no lo saben y lo único que puedo hacer es apartarlos de ese sufrimiento manteniéndolo en secreto.

—No te preocupes. Y si puedo ayudarte en algo, ya sabes. No es que pueda amasar por ti o ayudar a mudarte de casa y esas cosas, pero...

—Entiendo. Y ahora, tranquilo, por supuesto que no vamos a darte golpes de electricidad. Stephen se dedica al desarrollo de juegos de realidad virtual y creó un prototipo con sensores neurales muy avanzados conectados a un traje que sí transmite impulsos eléctricos, pero inocuos, que harán que quien lo use realice los movimientos que tu cerebro le ordene y podrás verlos mediante un

visor, pero mucho más importante, ha modificado su aparato para que puedas sentirlos como si fuera tu cuerpo el que los realizara. Yo creo que cuando la máquina te ayude de algún modo a destensar mentalmente los músculos que en estos momentos tu cerebro no puede dominar, vas a sentirte mucho mejor.

—¡Eso es asombroso, Stephen!

—Sí que lo es, he tenido que estrujarme la sesera bastante para lograrlo en apenas unos días, sin embargo la modificación no se me ocurrió a mí. Siendo honesto, mi público objetivo no son las personas con capacidades diferentes, pero he de reconocer que el proyecto resultó tan interesante y potencialmente lucrativo, que, ¡qué diablos! Y ni hablar del financiamiento... esos sí que fueron muchos, pero muchos ceros constantes y sonantes, ¿no, Jack?

—¡Bah! Eso da igual, solo esperemos que funcione.

—¿Tú lo ideaste... y lo pagaste, *Macarroni*?

—De verdad no es importante.

—Obviamente siempre supe que tenías dinero, pero, ¿tanto?

—No se lo digas a tu hermana.

—¡¿Quieres que no le diga que estás forrado?!

—No. No le digas que ya no tengo un centavo.

—¡¿Qué?!

—No importa, Nick. El dinero va y viene. Si esto resulta, seguro recuperaré mucho más de lo invertido.

—Y si no funciona, lo habrás desperdiciado todo.

—Para nada. El simple intento lo vale y ya buscaré una forma de ganar dinero otra vez.

—Pero, ¿y el “Síbari”?

—Lo vendí.

—Y todo lo demás, chico. Si lo das vuelta hoy, no le pillas ni un par de monedas en los bolsillos, así que tenlo en cuenta.

—¡Mierda, hombre! No debiste...

—No me importa. Si tú mejoras y eso además hace feliz a tu hermana, basta y sobra. Y no te preocupes, hace tiempo que ese lugar y yo no teníamos mucho que ver.

—Bueno, por lo que a mí me toca, podríamos pensar en contratarte en “*La*

tavola”, tal vez hasta te recomiende para pinche de cocina, claro, esta vez pagándote algo, así que esfuérzate por caerme en gracia...

—De acuerdo, *stronzo*, vamos a lo que nos convoca. Por favor, hasta que Stephen te lo indique, tan solo sigue sus instrucciones.

—¿Y tú?

—Alguien tiene que usar el estúpido traje...

—Jack...

—¿Qué?

—Aquí lo diré y aquí lo negaré. Si fueras una linda chica, te besaría. Incluso si fueras realmente la más fea.

¡Ah! Si su hermana se atrevía a dejar escapar al *Spaghetini*, se las vería con él.

Desde aquel primer día en que intentó interponerse entre ellos, pensando en defenderla, había sabido que Jack era un buen sujeto que cuidaría bien de Blake si la relación prosperaba, pero entre esa primera impresión y sacrificar todo lo que tenía y por lo que seguramente había trabajado duro durante años con la sola esperanza de que el hermano se su chica tal vez pudiera sentirse mejor, había una galaxia de distancia.

Por un instante volvió al momento de aquel fatídico accidente. Él mismo habría dado todo y más porque Laurie hubiera sobrevivido, por lo que habría comprendido sin dudar que Jack sintiera lo mismo si fuera para ayudar a Blake. Pero ya que se trataba simplemente del hermano que gustaba de incomodarlo de vez en cuando... sin duda alguna aquel era el caballero de brillante armadura y corazón de oro que su hermana merecía.

—Bien, chicos, vamos a comenzar. Jack, ¿estás listo?

—Certo.

—Nick, este casco y ese traje tienen tantos sensores como fue humanamente posible ponerles a toda prisa, sin embargo el programa debe adaptarse a tu cerebro y tal vez requiera ajustes hasta funcionar, por lo que comenzaremos con cosas muy sencillas para calibrarlo... —sin que Jack lo notara, Stephen le susurró algo al oído a Nick— y si va, ya luego podrás jugar al titiritero cuanto quieras.

—Jajajajaja, ¿qué quieres ver primero, Stephen? ¿Al atractivo y sexy Jack

Hauteville bailando ballet o tal vez hurgándose la nariz? Por favor, no olvides capturar un video con mi móvil para disfrutarlo con la familia. Seguro Bruno va a apreciarlo.

—¡Jajajajajajajaja!

—¡No te atrevas!

—Shhh, silencio, *Pinocchio*^[129], que comience el espectáculo.

—Bien, Nicholas, ¿puedes verte correctamente?

—Me siento más alto e idiota de lo normal y claramente no es el vestuario que habría escogido, pero...

—De acuerdo. Partamos con algo muy simple y que ya puedes hacer, así que abre y cierra los ojos varias veces. —Jack sabía que aquellos movimientos iniciales no serían indicativos más que del funcionamiento normal del programa de realidad virtual, por lo que mientras no pasaran de algún movimiento del cuello hacia abajo, todo era solamente una simulación para darle confianza a Nick y que evitara bloquearse mentalmente al momento de dirigir los sensores que sí accionarían el sistema— Eso es, perfecto. En mi monitor se ve que funciona, ¿qué tal tú, Nick?

—Parpadeando y hablando.

—¿Jack?

—Todo ok.

—Entonces vamos a activar la visera para bloquear tu visión y que bajes la guardia para que sea más fácil para Nick tomar el control, ¿sí?

—De acuerdo.

—Bien, ahora mueve la cabeza hacia un lado y hacia el otro... eso es, excelente. Relájate, suelta el cuello, muy bien, intenta tocarte la nariz con la lengua... jajajajaja sí que te ves estúpido. Mueve las cejas, así, ahora una por una... Bien, guiña un ojo y ¡piensa rápido! —en un acto reflejo, la memoria muscular de Nick lo hizo alzar la mano y atrapar en el aire la pelota virtual que apareció en su visor, igualando Jack el movimiento que los impulsos eléctricos ordenaron a sus músculos— ¡Funciona!

—¡Genial!

—Muy genial, —Jack pudo sentir algo extrañado la forma en que todos sus músculos se contraían ante un ataque de risa— pero aún más cuando puedes

impedir que los ojos te engañen y en vez de atajar una pelota de tenis, te das cuenta que te han lanzado una linda bola de estiércol de vaca. *Macarroni*, prepárate, porque estás en mis manos...

—Jajajaja que lindo como simplemente no puede dejar de hacerlo. Te lo dije, amigo, eres una marioneta... ¡El experimento ha sido 100% exitoso! Anda, Nick, pálpala bien. Sí que es mierda fresca, ¿cierto?

—¡Ya basta, imbéciles! *Ve la siete voluta!*^[130]

—Lo siento, hermano. Estabas tanto o más tenso que el chico. Tampoco la bosta es real, es de arena y vaselina... Todo se ve a pedir de boca y juro que le daré a él un toque si intenta volver a embromarte, pero necesitabas relajarte también. Ahora sí, manos a la obra.

—De acuerdo. Estoy listo.

—¿Qué tal si como primer punto, —Stephen cargó el fondo de un gimnasio con las mismas máquinas que habían provisto para que Jack usara— trabajamos todos esos músculos comprimidos que son los que te producen dolor?

—¿Creen de verdad que funcione?

—Si no lo hace, solamente tendremos un excelente juego de realidad virtual, así que más vale que te esfuerces.

—De acuerdo, pero detesto el gimnasio y ya que hay una cinta con pendiente regulable... ¿Tienes algo de campo?

—¿Vistas al mar o a la montaña?

—Montaña, sin dudarlo.

—Allá vas.

—De acuerdo. Prepárate, *Spaghetтини*, porque en serio vas a correr.

Capítulo 19

—¿Dónde andaban? Ya comenzaba a preocuparme, en especial cuando un empleado de la clínica vino a dejar tu silla, Nick.

—Haciendo algunas cosas que no requerían de ese cacharro... mi estimado Jack te contará. —Jack sentó a Nick en el aparato para que pudiera desplazarse a gusto—Yo me voy a dormir. ¡Estoy muerto!

—Es verdad, a ambos se les ve cansados... ¿Jack?

—El chico tiene razón, *signora*. —un irrefrenable bostezo puso énfasis a sus palabras— Ya te contaré, pero antes necesito con urgencia una ducha.

—Sí.

—Yo no creo que despierte, hermana, así que si quieres darle una mano y hacer algo de ruido, no se corten por mí. No quiero arruinarte la sorpresa... o el disgusto, pero creo que *Macarroni* se merece que lo trates MUY BIEN.

—¡Nick! —¿qué estaba sucediendo ahí? Sabía que Giacomo era todo lo que podía ser del agrado de su hermano, pero esa actitud en plan colegas, sin una gota de celos fraternales era demasiado extraña en él, más aún cuando se esperaba una batalla campal respecto a lo que sucedería si la boda se llevaba a cabo, no que el chico llegara más pacífico y relajado que nunca — No entiendo. ¿Qué está pasando entre ustedes?

—Confía en mí, *carina*, que todo está bien y será de tu agrado. Te lo contaré, pero antes debo quitarme de encima el sudor.

Blake no insistió, tan solo se quedó viendolos a ambos con expresión suspicaz antes de alzarse de hombros e ir por toallas limpias para Jack. Si alguien era capaz de componerlo todo en su vida, ese era él y se tenía ganado el voto de confianza.

Pese a que estaba realmente intrigada respecto a la supuesta “tarde de hombres”, ver a Giacomo bajo el agua de la ducha siempre resultaba absolutamente perturbador, y ya que Nick parecía tranquilo y a gusto, decidió deleitarse con el paisaje, haciéndola olvidar prácticamente el mundo a su

alrededor.

—¿Necesitas una mano con ese rinconcito rebelde de tu espalda, *signore*?

—¿Tuya?, *sempre*.

—Bien... —Blake esperó a que él se desnudara para regalarse unos momentos con la visión de ese cuerpo maravilloso antes de hacer lo propio, recogerse el pelo en un moño, tomar la barra de jabón para producir bastante espuma, y unirse a él en la ducha, recorriéndolo lentamente con las manos mientras Jack se lavaba el pelo— Ahora, *carino*, cuéntame qué han estado haciendo.

—Aunque no te lo puedo jurar, creo que hemos resuelto el problema de dolor de Nick.

—¿Qué?!

—Bueno, no me lo tomes a mal, pero viendo que esos medicamentos que le daban no estaban funcionando, se me ocurrió que el chico necesitaba una forma de sentir que volvía a ser dueño de su cuerpo y que podía destrabar todos sus músculos y sus articulaciones tensas por el impacto del accidente...

—Pero, Jack, —Blake lo miraba como si le hubiera aparecido un tercer ojo en medio de la frente— ¿de qué estás hablando?

—¿Recuerdas que te he hablado de Stephen?

—Tu amigo el de los juegos virtuales...

—Sí. Él ha estado desarrollando uno especial para el problema de Nick. Discúlpame si no te lo conté antes, pero no quería que te ilusionaras si no daba resultado.

—Giacomo, —casi en modo automático, Blake salió de la ducha para quedarse desnuda y mojada, viéndolo— ¿me estás diciendo que esa locura de la que hablas, sí funcionó?

—Así es.

—¿Es una broma?!

—Carina, —él salió de la ducha, tomó una de las toallas y en vistas de que Blake aún no lo hacía, la envolvió en ella— no me atrevería a bromear con algo así.

—¡Por Dios Santo! —Jack la abrazó contra su pecho en el instante en que pensó que sus piernas no la sostendrían— Quieres decir que...

—Es verdad, hermana. —Nick estaba en la puerta del baño con los ojos cerrados, pero con una sonrisa como hace años que no le veía una— Perdón por la intromisión, pero te juro que no estoy mirando.

—¿Nick?

—No sé lo que vaya a durar. Ojalá sea permanente, pero ya no me duele. Ni un poco.

—¡Ay! Giacomo, ¡¿pero qué has hecho?!

—Ahora sí me voy a acostar. Mi simpática marioneta te explicará en detalle, como te dije, pero en serio estoy agotado. Corrimos, ¿cuántos fueron, querido cuñado?

—Veinte kilómetros, *figlio del diavolo*^[131]...

—Eso es. Bueno, tu prometido los corrió en la vida real, pero yo me siento igual de agotado, te lo aseguro.

—¿Tú corriste?

—Los dejo. Hermanita, ten compasión del pobre hombre. Y déjame algo, porque mañana quiero volver a usar esos músculos. Incluso si Stephen no se incomoda, ¡que bueno sería cascarse una paja!

—¡Nicholas!

Minutos después de que el joven se fue, Blake todavía no conseguía asimilar lo que ambos acababan de contarle. Jack aún la tenía entre sus brazos, acariciando con infinita ternura su espalda mojada.

—Me temo que de todas maneras deberemos posponer la boda por algún tiempo porque... no quiero que te enteres por otra persona, pero tuve que vender algunas cosas.

—¿Cómo dices?

—Bueno, los insumos para la máquina de Nick no fueron baratos y yo... estoy algo quebrado.

—La máquina... —aunque Jack pronunciaba claramente cada palabra, su mente seguía de cierta forma en shock como para hilarlas con el correcto sentido— ¡La máquina hace que Nick no sienta dolor!

—Sí, *dolcezza*, esa es la idea.

—Tú...

—Yo, ¿qué?

—¿Has hecho una máquina que le ha quitado el dolor a mi hermano?

—No yo, Stephen.

—¡Pero ha sido idea tuya!

—Quería que estuvieras contenta, *carina* mía. Y quería que Nick no tuviera que pasar por más de esas crisis. Es un buen chico y se preocupa por ti.

—¿Y qué tuviste que vender?

—Bueno...

—¿Dijiste “quebrado”?

—Un poco. Pero ya verás que pronto voy a recuperar algo...

—¿Qué significa un poco?

—No importa, Blake, son solo cosas...

—¿Tu casa?

—Sí. La mía, no la de la familia, por supuesto.

—¿Y ya con eso?

—Blake, en verdad no importa que...

—¿Qué más?

—Cosas irrelevantes.

—¿Y el “*Síbari*”?

—Igual ya no lo sentía como algo mío...

Entonces ella alzó la mirada para corroborar en la suya que todo aquello era verdad y no solo un feliz sueño. En ese momento al fin las ideas se ordenaron en su mente y lo comprendió todo. Él la miraba a los ojos y aunque sentía que el corazón no le cabía en el pecho de lo que ese hombre incendiaba dentro de él, por todo lo que lo amaba, no pudo decirle ni una sola palabra.

Pero si no podía declararle su amor, ¡por Dios que iba a demostrárselo!

—¿Aún no entregas la cabaña?

—Tenemos un día o dos.

—Vístete, ¡nos vamos!

—¿Y Nick?

—En el camino me encargo, tú hazme caso.

—A tus órdenes, *signora*.

Aunque Giacomo estaba más que agotado y cada célula del cuerpo le

quemaba, entre la tensión de aquel interminable día, el ejercicio con Nick en el aparato de realidad física simulada, y la intensa sesión de sexo apasionado, aún no conseguía apaciguar lo suficiente su mente para poder dormir, además que poder observar a Blake descansando al fin libre de muchas de sus preocupaciones era un privilegio que no pensaba perderse.

El sonido de las olas afuera era lo más parecido a un arroyo y poco a poco sentía como los párpados comenzaban a pesarle, feliz ante la perspectiva de pasar la noche allí, abrazados como la primera vez.

¡Todo habría valido la pena por ese momento!

Blake en sueños acariciaba su torso y su barbilla con una sonrisa iluminando su hermoso rostro, acomodándose de pronto casi como si lo observara por un momento, aunque seguía profundamente dormida, simplemente feliz.

—Giacomo, ¡te amo!

Maravillado al escuchar de sus labios aquellas palabras, una cálida luz los envolvió a ambos, haciéndolo sentir una sensación de plenitud y alegría como nunca antes había experimentado, haciendo desaparecer por un instante cualquier atisbo de infelicidad.

Si realmente existía el paraíso, debía ser aquel en que abrazado a Blake, ella le había declarado su amor.

Sin ser conciente de ello, pero sin lugar a duda, ella se lo había dicho.

—Dio... Blake, ¡el “Encanto”!

Por unos segundos el tiempo se detuvo. Y entonces volvió a correr, convirtiendo los minutos en segundos, haciendo que una opresiva sensación de peso y agobio se instalara en su corazón como si una avalancha se le hubiera venido encima.

Apenas podía inhalar algo de aire, e intentando no despertarla, se levantó de la cama, poniendo algunos pasos de distancia entre él y Blake. Entonces la sensación de opresión disminuyó, pero otra, de vacío y pena ocupó su lugar.

Si estaba junto a Blake, apenas podía respirar.

Si se alejaba de ella, perdía toda voluntad de respirar.

Y Blake apenas había tenido algunas horas de paz y felicidad con la mejoría de su hermano...

Entonces supo qué hacer, corriendo descalzo a la playa, invocando a Lorelei.

—Estaba deseando volver a verte, Giacomo de Altavilla, pero no se me ocurrió que sería tan pronto. Dime, —un destello perverso había iluminado con algo cercano a la alegría los increíbles ojos azules de la sirena— ¿has disfrutado de las bondades de mi “Encanto”?

—Si lo que quieres escuchar es que le he sido infiel a Blake, lamento no poder darte en el gusto.

—Mmmm, ¡vaya! Veo que aún no me perdonas el haber cometido algunos fallos a la hora de idear el castigo de nuestro Lorenzo... Entonces estás aquí para exigirme que disuelva el hechizo ya que has sido un buen chico y no te has acostado con cada mujer que se te cruzara por delante desde que tu querida Blake dijo las palabras mágicas, ¿no? Aunque esto es trampa y me parece que estás demasiado apresurado, si solo han sido unos cinco minutos desde ese conmovedor “te amo”...

—Tampoco.

—¿Entonces? —Lorelei se acercó y acarició suavemente su barbilla, repasando el contorno de su mandíbula sin llegar a herirlo con sus afiladas uñas en un gesto que a todas luces buscaba seducirlo— ¿Qué es lo que pedirá mi hermoso príncipe irresistible?

—Quiero usar el deseo mágico que me diste para curar a Nicholas, el hermano de Blake.

—¿No lo usarás para romper el “Encanto”?

—Juré que haría lo que fuera porque Blake sea feliz y hoy, cuando su hermano tan solo dejó de padecer dolores, ella estaba tan contenta que en sueños dejó que las palabras que desatarían el hechizo escaparan de sus labios inconscientemente. Sé que nada podría ser mejor para ella que ver recuperado a Nicholas.

—¡Que tierno! ¿Sabes? Realmente habrías merecido que levantara el castigo a tu casa y que tú y Blake fueran felices juntos tan solo por ser tan noble que antepusieras el bienestar de ese joven y la felicidad de tu mujer a lo que te haría feliz a ti, pero habrá un problema...

—Yo no importo.

—Es que sí importas, precioso mío... Verás, como te dije, el deseo que te di es para ti, para ayudarte a ti, no a otros. Aunque para ti esa familia sea muy importante, para mí no significan nada y el cristal no tendría ningún efecto...

—Por favor, aunque el “Encanto” no se desvanezca, permíteme hacer esto por Blake y haré lo que me pidas a cambio, siempre que ella no se vea afectada.

—Bueno, si lo pones así... Tienes dos opciones.

—¿Cuáles son?

—Haré que el muchacho sane como si nunca nada le hubiera sucedido si vienes conmigo y ocupas el lugar que Lorenzo debió tener a mi lado. Es más, si lo haces, el “Encanto” desaparecerá para siempre y tu familia será libre también.

—¿Y la otra opción?

—¿Qué?! —los ojos de Lorelei eran dos llamas azules de hielo y furia— Te lo ofrezco todo, no solo lo que pides, sino también terminar con la maldición, ¿y no lo aceptas de inmediato?

—Aunque agradezco tu generosa oferta, yo podría intentar ocupar el lugar de Lorenzo, pero tú no podrías llenar el espacio de Blake en mi corazón, ni sería capaz de desilusionarla así. No traicionaré su amor.

—Bien, hermoso, ¡muy bien! No solo has ofrecido todo lo que materialmente tenías por esa chica, también cuidas de su posesión más valiosa que es tu amor... de acuerdo, lo entiendo. —aunque sus palabras expresaban satisfacción respecto a su respuesta, claramente no le había parecido así el que la rechazara y algo estaba tramando, podía jurarlo— La segunda opción es que tú pagues el precio por volver a Nicholas a la normalidad.

—¿A qué te refieres?

—Simple, sin embargo, piénsalo muy bien, porque, ¿podrás hacer feliz a tu mujer si no eres un hombre... completo? Él vuelve a caminar y a usar sus manos, pero a cambio tú dejarás de hacerlo.

—Con una condición.

—Y nuestro valiente héroe acepta así, sin más... ¡Ay, hermoso príncipe Giacomo! Deberías pensarlo mejor, pero aún así, creo que no cambiarás de opinión. Está bien, veamos esa condición. ¿Cuál es?

—Que ella no lo sepa.

—¿Y qué pretendes? ¿Qué le borre la memoria o algo así? Ya te lo dije, el poder del cristal es para hacer algo por ti, porque es tuyo, una sola cosa. Si rompo esa regla, los dioses podrían castigarme. ¿Es el intercambio con Nicholas o no? Tú lo decides. No arriesgaré mi poder...

—Ya veo qué es lo que te importa más... ¿Es que acaso no sientes ni una gota de empatía por alguien que está en tu misma posición? Blake es dulce, valiente y buena y sé que perderme la hará sufrir, pero teniendo a su hermano de regreso y como antes aliviará gran parte del dolor, salvo si se enterara del intercambio. Mejor que piense que después de todo la maldición se encargó de alejarnos y que al creer que elegí marcharme, sane más rápido y tal vez llegue a tener todo lo que ha querido, aunque no sea a mi lado.

—¡Ay, principito! —después de todo aún quedaba algo del corazón de la sirena que Lorelei había sido, cuando no pudo evitar abrazarlo, emocionada al estar ante el hombre que hubiera deseado que fuera Lorenzo— ¡Está bien! No puedo hacer que te olvide, pero sí puedo intentar llevarte lejos en un instante para que el truco sea más efectivo. Pensaré en serio que te has convertido en aquello que despreciabas al ni siquiera avisarle y, como pides, comenzará más pronto a sanar. Y además, pase lo que pase, me encargaré de protegerte, porque esta decisión no te hará la vida nada fácil.

—Entonces estoy listo.

—¿Y a tu familia tampoco vas a avisarle?

—Blake conseguiría que le dijeran la verdad... No.

—Querido, ¿por qué no lo piensas una vez más? Sabes que con lo que has hecho por Nicholas ya su vida ha mejorado radicalmente...

—Me alegra ver que ya no es la venganza lo que ocupa tus pensamientos, pero estoy decidido. Haré todo lo que esté en mis manos para que Blake pueda ser lo más feliz posible, cueste lo que cueste.

—¡Perdóname, Giacomo! No sabes en estos momentos cómo me doy cuenta de que fui tanto o más egoísta que Lorenzo. No me causa ningún alivio el comprender el sufrimiento que he provocado solo por mi rencor... Me duele mucho cumplir mi palabra, en especial porque va a recaer sobre ti, que en vez de esto mereces más que muchos la felicidad, pero te juro que este

sacrificio que estás haciendo por Blake además liberará a tu familia del mal que una tonta chica con el corazón destrozado hizo sin medir las consecuencias. En este mismo instante, el “Encanto” se ha roto para siempre.

—Gracias.

Lorelei tomó a Jack de las manos y mientras la lágrima de cristal se volvía líquida, una luz azul los envolvió, sintiendo oprimido el corazón en el momento en que las de él perdieron la fuerza, envolviéndolo en un halo de energía para que no cayera en la arena.

Por primera vez en siglos, todo rastro de odio se desvaneció de los ojos azules de la sirena, llenándose de lágrimas de agridulce emoción, acunando al que sin duda era, sin ironías, ni dudas, el verdadero Príncipe Encantado, antes de desaparecer con él entre la bruma que comenzaba a bañar la playa.

Capítulo 20

—Lory? *Sei tu*^[132]?

Nadie contestó, sin embargo sabía que alguien más andaba cerca.

Con el tiempo había aprendido a reconocer cada sonido y crujido de la casa, cada cambio de temperatura y corriente de aire al dedicarle incontables horas a tan solo cerrar los ojos e intentar poner su mente en blanco, como no lo había hecho antes cuando había vivido en su suntuoso *palazzo*^[133] ancestral.

Más de una vez Lorelei le había propuesto llevarlo hasta allí, pensando en hallar alguna actividad que lo entusiasmara, que lo sacara del encierro, pero él se había negado. La única razón que le hubiera dado sentido a acercarse a la casa habría sido mostrársela a Blake, pasear con ella por sus bellos jardines, contemplar el atardecer desde sus balcones, hacerle el amor lenta y dulcemente a la luz de la luna en el patio interior...

En esos momentos en que escasamente se contentaba con quedarse viendo al techo desde que amanecía hasta que anochecía, lo que menos podía llamarle la atención sería visitar un lugar lleno de recuerdos y sueños que no se harían realidad, menos aún atado a aquella destartada y horrible silla que habían armado con el esqueleto de una tumbona vieja y los restos de una carriola descartada, por no agregar un sinfín de detalles desagradables propios de la total dependencia física.

Pese a todo lo que había vivido por ser el “Encantado”, nunca se había considerado pesimista, pero aunque ni por un segundo había dudado de la decisión tomada, en especial cuando Lorelei le había mostrado fotos, de Blake y Nick en la playa que había conseguido que un turista le enseñara a imprimir desde internet, disfrutando simplemente felices, sentirse inútil, dependiente y desconsoladamente solo, lejos de ella, lo estaba llevando poco a poco a recluirse no solo en aquella pequeña y oscura casita, en la más triste y fea habitación, sino en su mente, donde de tanto en tanto podía creer al menos que Blake seguía a su lado de alguna manera.

¡Otra vez el ruido! Ahora mucho más cerca...

—Ok, chi è là^[134]?

Y de pronto algo, una colonia familiar en el aire justo antes de que le echaran encima una manta para que no pudiera ver y, por supuesto, tampoco oponerse.

Por más que estaba dando gala de su basto conocimiento de los más bajos insultos que la lengua italiana y el dialecto siciliano habían regalado al mundo, quien había decidido echárselo al hombro tenía la suficiente envergadura y fuerza para hacerlo, por lo que un rosario de groserías no iba a intimidarlo, mucho menos a disuadirlo.

¡¿Qué diablos querían de él?!

Pertenencias, prácticamente no tenía ninguna, mucho menos dinero en efectivo. Más aún, en los meses que llevaba en Italia no había hecho otra cosa que ver como se caía a pedazos la descascarada pintura del lastimero remedo de casa que habían encontrado abandonada por sus malas condiciones para instalarse, en especial intentando no ser reconocido.

Sin duda un “apio humano” de incógnito, por un segundo pese a todo sintió algo cercano a una sonrisa al recordar la forma en que Nick se refería a si mismo en esa condición, y una sirena despojada de su magia con más de trescientos años auestas no eran la pareja más exitosamente productiva de la Isla, por lo que se mantenían de lo poco que Lorelei juntaba vendiendo algunas manualidades que hacía con las conchas desechadas por la gente de la caleta cercana, pero con eso apenas lograban subsistir.

Estaba ad portas de imaginar un sórdido final a manos de alguna banda de traficantes de órganos o similar, pero aún ese algo familiar que había reconocido desde el momento en que había percibido aquella presencia le daba una curiosa sensación de calma.

—Tu sei il coglione più egoista e scemo del mondo^[135]!!!

—¡Bruno!

—¡¿Qué mierda has hecho contigo, idiota?!

—¿Cómo supiste...?

—Eres mi puto hermano mayor, ¡mierda! —pese a la evidente furia de su

hermano, el brillo húmedo en sus ojos al tenerlo de frente dejaba ver todo el cariño y la preocupación que siempre había existido entre ambos, en especial ahora, pese a todas las putadas que constantemente gozaban haciéndose— Si creías que podías esconderte también de mí para ocultar la estupidez que has hecho, ¡eres aún más imbécil de lo que salta a la vista!

—¿Cómo me encontraste?

—Cómo te encontramos querrás decir.

—Dio! ¿Blake?

—Por supuesto que no íbamos a llevarla a esa pocilga indecente donde te refugiabas, tarado, pero, ¿pensaste que Nicholas no iba a alucinar un poco cuando de un momento a otro estaba como nuevo y tú habías desaparecido?

—Bien, bien, bien, *Macarroni*. Sí que te has lucido esta vez, ¿no es cierto?

—¡Nick! —el hermano de Blake acababa de entrar en la habitación cargando con expresión más bien incómoda su fea silla y las pocas cosas que había reunido en la casa en una caja— ¡Estás...!

—Sí, soy yo de pie y cargando tu mierda. Y puedes contar con que gracias a ti estaba de lo más dispuesto y habilitado para acomodarte una feroz paliza si no estuvieras... bueno, ya sabes. ¡Diablos! ¡Que silla más espantosa y que horrendo estás! Al menos deberías bañarte de vez en cuando.

—Ya, bien...

—Si no te gusta nuestro recibimiento, no quiero ni pensar en lo que dirá Blake.

—¡Blake no puede saberlo!

—¿Acaso esa bruja también te quitó los sesos? ¡Por supuesto que Blake sabe! Todo ha sido su idea. No sé cómo lo ha logrado, pero lo hizo. Igualmente resultaba meridianamente obvio que intentarías esconderte en lo más parecido a las faldas *della mama*, osea, en casa. O en lo más cercano, geográficamente hablando.

—Por cierto, tu madre y tu abuela... en realidad tu familia completa también tiene razonables deseos de lincharte.

—No entiendo, si todos saben... ¿y Blake...?

—¿Quieres saber por qué no está aquí en estos momentos?

—Sí.

—Porque aún más furiosa de lo que está contigo, Blake ha ido a coger primero a tu resbaladiza “amiguita” para cruzar un par de palabras...

—Merda!

—Tú lo has dicho. Mi cuñada se propone estrujarle el pescuezo a ese pescado superdesarrollado por todo lo que ha hecho.

—Es verdad que estuvo mal, pero es quien me ha ayudado y está genuinamente arrepentida de lo que hizo. Al fin lo comprendió e intentó persuadirme, pero yo quería que Blake pudiera ser feliz...

—¿Y pensaste que iba a ser feliz si a ti te tragaba la tierra?!

Blake acababa de entrar, seguida por una visiblemente afectada Lorelei, deteniéndose a verlo de frente con los brazos cruzados en una evidente posición hostil.

—Bien, Mussolini, creo que nos vemos luego. La bella Lory aquí y tu hermano creo que se vienen conmigo para dejarlos hablar a sus anchas.

—Ya se tardan.

Los muchachos tomaron a Lorelei cada uno de un brazo y se esfumaron.

Blake seguía en la misma posición, en absoluto silencio, simplemente observándolo.

—Blake, yo... —ella alzó una mano en claro gesto de hacerlo callar—
Está bien.

Sin decir nada, ella permaneció otro rato solamente viéndolo. La mirada en sus ojos era indescifrable. De pronto se acercó, lo rodeó y condujo la improvisada silla de ruedas hasta una amplia sala de baño antigua. Solo entonces se tomó un segundo para reconocer que estaban en el *Palazzo de Altavilla*.

Aún sin hablar, tomó los implementos de encima de una mesilla para recortarle y arreglarle la barba. Acto seguido aplicó lo aprendido con Nick para poder desvestirlo y cargar su peso de la forma correcta para meterlo en la bañera que ya estaba preparada.

Con infinita lentitud frotó cada rincón de su cuerpo con jabón y una suave esponja, haciéndolo reclinar para lavarle el pelo.

Cuando lo asistió para lavarle los dientes estuvo a punto de romper el hielo al notar que él se sentía angustiosamente avergonzado, al borde de las

lágrimas, pero logró mantenerse firme y se contuvo.

Para terminar, lo acomodó en una silla mullida para secarlo con la misma silenciosa dedicación que le había brindado para asearlo.

—Por favor, Blake, *signora*...

—¿Cómo pudiste pensar que conseguiría ser feliz con esto que has hecho?

—Deseabas tanto que Nick estuviera bien y recuperara su vida...

—Sí, pero no a costa de la tuya. No te habría pedido jamás este sacrificio.

—Lo sé, *carina*. Por eso tenía que hacerlo sin que tuvieras que pedirlo.

—Giacomo, yo amo a mi hermano y daría mi vida por él, pero esto no es correcto, que tú cargues con una responsabilidad que no es tuya. Y ni por asomo me refiero a lo material, aunque tampoco has debido vender tus cosas, tu restaurante...

—Si podía darte lo que tanto querías, no había nada que dudar. El “*Síbari*” es solo paredes y sartenes, no vale de nada si no servía para comprar algo de alivio para Nick. Yo mismo valdría muy poco como hombre si no hubiera estado dispuesto a deshacerme de simples cosas sin alma.

—¡Que terco eres!

—No es terquedad, *cara*, tú eres el centro de mi vida. Si tú sufres, nada tiene valor, ni brillo.

—¿Acaso no te das cuenta que con eso te contradices?

—No quería que volvieras a llorar...

—¿Acaso sabes cuánto he llorado por ti? ¿Pensaste que no me importaría tu ausencia? Desapareciste, Giacomo. Y no en un momento cualquiera. Justo la noche en que temí más que nunca por ti, por nosotros, porque no podía aguantarme de decirte...

—Lo sé, *dolcezza*. Me lo dijiste...

—No es posible...

—Mientras dormías.

—¡Por Dios! ¿El “Encanto”...?

—Todo era casi perfecto. Habíamos encontrado el alivio para Nick, acabábamos de amarnos y dormías profundamente en mis brazos... apenas me cabía el corazón en el pecho y entonces... Fue el momento más precioso.

—Creí que solo lo había soñado.

—Sabía que te haría daño al alejarme, no soy tan estúpido como para no comprenderlo, pero no iba a permitirme el someterte a esa pena y al mismo tiempo sabía que podía regalarte aquello que si con un mero alivio te había causado tanta felicidad, con su total reparación podría equilibrar la balanza, incluso ser aún más valioso...

—¡No tenías que hacerlo!

—Pero sí, porque solo apartándome de ti te daría la oportunidad de encontrar la felicidad, con la recuperación total de Nick como primer paso. Seguir allí habría sido condenarte al “Encanto”. Ni siquiera podía estar a tu lado y respirar... si me apartaba de tu lado y me dejaba llevar por la maldición, *Dio!* Dolía tanto estar apenas a unos metros de distancia de ti... No iba a permitir que te sometieras a ello, daba igual lo que costara conseguirlo.

—Pero la maldición no funcionó, porque salvo por Lorelei, no hay un séquito de mujeres y... ¡Dios mío! ¿Te duele que esté aquí?

—No, *amore mío*, —su expresión casi aterrada de estarle haciendo daño era algo que él no podía permitir— tú solo me llenas de felicidad.

—¿Me has llamado...?

—Sí, Blake. Sin saberlo, lo que hice rompió para siempre el “Encanto”, incluso le arrebató los poderes a Lorelei. Irónicamente merecete ha costado el precio de perderte.

Sin poder aguantar un segundo más, Blake acarició su incomparablemente atractivo rostro justo antes de besarlo, por más que él quisiera escapar.

—¡¿Por qué eres tan maravilloso y qué hice para merecete?!

¡Dios! Debía resistirse y hacerla entender, pero... ¡Cómo extrañaba el calor y el sabor de sus labios! El dulce y embriagador roce de su lengua. La forma en que con un simple beso ponía a latir desbocadamente su corazón y que incendiaba todo su cuerpo... Pero no esta vez, porque el cuerpo que tan ansiosamente reaccionaba a su cercanía no era ese. Ni siquiera podía alzar una mano y tocarla.

—No soy maravilloso. No soy... Por favor, ya no.

—¿Jack?

—Debes irte, buscarte un hombre que sí te sirva.

—Eso no me importa.

—Pero importa, mi *dolcezza*. Si permitiera que te quedes a mi lado así, mi amor no valdría nada, ¿qué podría ofrecerte? Tan solo continuar con la angustia de tener que hacer todo por mí y nunca descansar de lo mal que lo has pasado. Pasar del sarten al fuego cuando al fin puedes lograr tus metas.

—No quiero nada si tú no estás para compartirlo conmigo.

—Comprende, Blake, que yo solo te daré trabajo. Así no soy más que un estorbo. Un lastre que te impedirá ser feliz algún día.

—¿Cómo puedes pensar eso?! ¿Acaso creías que Nick era una carga para mí?

—No es lo mismo ayudar a tu hermano, que... *Dio!* ¿Es que no entiendes que no aguantaría si tuviera que molestarte para todo, incluso las cosas más básicas y prosaicas de ser un humano? No puedo tolerarlo, moriría de vergüenza.

—¿Tú no harías esas cosas por mí si yo las necesitara?

—Sí.

—¿Entonces?

—No es igual. Tú te tienes ganado ser feliz en todos los sentidos, ¿recuerdas que querías conocer Italia y tomar clases de cocina? Para eso necesitas un hombre en condiciones, que te acompañe en todo, que sea no solo tu socio, también tu amigo, *il tuo amante*^[136]. Y luego llenarte de hermosos *bambinos* con alguien que pueda correr y jugar con ellos, que por las noches te tome en sus brazos y te haga el amor hasta que no puedas más, que esté a tu lado en “*La tavola*” y te obligue a descansar de vez en cuando... yo no soy ese, no puedo darte lo que mereces.

—Yo quiero eso contigo, Jack, con nadie más. Deseo que tú seas ese hombre, Giacomo de Altavilla. ¡Te amo!

Jack cerró los ojos, preso de una profunda emoción. Aunque estaba seguro que el “Encanto” se había roto hace tiempo, volver a escuchar a Blake expresarle su amor, al igual que la última vez, lo había hecho sentirse envuelto en una preciosa, reconfortante y cálida luz que lo transportó a aquel rincón en que volvía a ser feliz con ella.

—¡Jack!

—Ya sé que no debería flaquear. Que debiera mantenerme firme, pero mi

dolce amore, solo regálame unos segundos...

—¡Abre los ojos, por Dios!

No quería hacerlo. No quería abandonar ese sueño en que la estrechaba en sus brazos y podía decirle cuánto la amaba para volver a la realidad y tener que convencer a Blake que lo mejor sería olvidarse de él para siempre, aunque eso acabara de hundirlo en un horrendo pozo de soledad y frío sin ella, sin embargo cuando la chica lo aferró de los brazos para sacudirlo, ¡pudo sentirlo! ¡De verdad estaba de pie, abrazándola!

—¡Amore!

—¡Oh, Dios, Jack!

—Pero... ¿qué ha pasado?

—Creo que... —instintivamente Blake se llevó la mano al bolsillo donde guardaba la bolsita de terciopelo que la madre de Jack le había dado, pero la piedra en su interior ya no se sentía y estaba sutilmente mojado— ha sido el cristal que me regaló tu madre.

—¿Mamá te dio un cristal?

—Sí, un pequeño cristal con forma de gota.

—¡Una lágrima mágica!

—No entiendo...

—La última lágrima llorada por un amor Encantado y perdido es capaz de cumplir un deseo para quien la haya recibido de quien voluntariamente la regala con intenciones puras.

—Tu madre me la dio. Me dijo que era la esperanza de que un día pudiera usarla para protegerte.

—Pero, no entiendo. ¿Cómo, si papá...?

—Tu madre sabe lo de tu padre, Jack. Él fue a despedirse de ella.

—Nunca me lo dijo...

—Lo sé, *amore*. —ojalá pudiera borrar hasta la última gota de pena y nostalgia que él hubiera sentido, pero se prometió a si misma que en adelante se aseguraría de que todo para su generoso y protector príncipe fuera felicidad y bellos recuerdos— Pensó que si te importaba tanto estarla protegiendo y eso te hacía sentir mejor, dejaría que siguieras creyéndolo así.

—Dio! —él la tomó de las manos con gesto avergonzado— Teníamos la

solución a mano para que las cosas acabaran perfectamente, pero yo... ¿Me perdonarás por haber sido un tonto y haber armado todo este lío en vez de apoyarme en ti?

—¿Es una broma?! *Signore*, ¿perdonarte qué? Yo misma pude haberte dicho lo de la piedra, tan solo que... no lo sé, siento que ella misma ha cumplido su deber en el momento oportuno. Por ti mi hermano está tan sano como antes, el ahora nuestro restaurante funciona de maravillas, gracias a esa cabezota terca todo ha encajado para que tú sigas estando tan deliciosamente vigoroso, guapo y tierno, aún más que antes...

—Blake, *dolcezza mia, ti amopiù di quanto le parole possano esprimere*^[137].

—¡Ay, por Dios! Me imagino que por temor a que yo te contestara con las mismas palabras y se desatara el “Encanto” que, aunque me lo has demostrado infinitas veces, nunca lo habías dicho.

—¡Te amo, Blake! Te amo, hermosa, maravillosa, fuerte y valiente *signora* mía y nunca voy a cansarme de repetírtelo.

—Y yo te amo a ti, mi príncipe ahora Des—Encantado, pero más encantador que nunca.

—Y más deseoso de ti, mi *bella donna*, que ansío más que nada desquitar el tiempo que no hemos pasado juntos, demostrándonos ese amor.

—Brichino mío, ¿acaso estás preparado para compensar ya mismo cada instante en que has debido estar completa y absolutamente fundido a mí?

—Pónme a prueba y verás.

FIN

Epílogo

El sol de la tarde arrancaba reflejos brillantes de turqueza del Mediterraneo abajo, en la maravillosa playa que obsequiaba con su extraordinaria vista al balcón de la alcoba principal del *Palazzo de Altavilla*, sin embargo Blake, enfundada en un alegre vestido blanco de algodón salpicado de flores, prefería contemplar un paisaje aún más bello y añorado para ella, el de los increíbles ojos de su príncipe Giacomo, que acomodado en una tumbona, la tenía sentada sobre su regazo, abrazándola contra su magnífico cuerpo envuelto apenas en una anticuada bata de seda que algún pariente se había dejado olvidada.

Habían pasado un par de días sin salir de la cama más que para pedir algo para comer o para bautizar algún otro lugar interesante de la mansión, aunque ambos estaban seguros de que aquella deliciosa rutina podría continuar indefinidamente si el mundo estuviera dispuesto a prescindir de ellos. Sin embargo el núcleo principal de la Casa de Altavilla estaba pronto a caerles para comprobar que Giacomo estaba “*vivo e vegeto*^[138]”, como les había asegurado Bruno, que lo había visto cuando tuvo la deferencia de ser él quien abriera por unos segundos la puerta de la habitación para cerrarla luego en las narices de su inoportuno hermano.

Ya habría tiempo para explicarles a todos lo sucedido y cómo las cosas se habían resuelto por arte de magia, nunca mejor empleada la expresión, porque de ahí en adelante hasta su revoltoso hermano tuvo el tino de no incordiar. Giacomo estaba bien, ¡no! Estaba claramente mejor que nunca y junto con Blake tenían cosas mucho más urgentes que hacer, las cuales él aprobaba alegremente.

Lorelei, al enterarse de la recuperación de Jack había estado feliz por él, incluso por su amada, sin embargo supo que aquel ya no era su lugar y que aunque Giacomo la había perdonado desde hacía tiempo, ese solo era él, y ella se sentía incapáz de enfrentar al resto de la familia. Y en honor a la

verdad, necesitaba encontrarse a sí misma y a su nueva situación y propósitos en la vida, por lo que aceptó el ofrecimiento de Bruno de poner algo de dinero y un pasaje abierto a su disposición para salir al mundo y reconciliarse con él.

Las renovaciones de “La tavola” estaban prácticamente terminadas y Nick había decidido tomar las riendas del negocio por algún tiempo, secundado por Susan y por Mario, quien finalmente había organizado una carta excelente para el restaurante, por lo que por unos meses podrían batírselas sin Blake, lo que les daba la oportunidad de recorrer Italia y conocer de su magnífica gastronomía, aprovechando los contactos de Jack para entrar en las cocinas de la mayoría de los restaurantes de la Bota^[139] para que ella pudiera experimentar en la práctica los conocimientos y trucos de los mejores chefs de cocina italiana del planeta, más bajo la siempre generosa instrucción de su magistral prometido.

Stephen estaba frotándose las manos ante la inminente salida al mercado del simulador que había fabricado a partir del prototipo utilizado con Nick, por lo que había procurado dividir adecuadamente el primer anticipo ya pagado por la empresa multinacional que se había adjudicado el proyecto con Jack, devolviéndole primeramente todo el capital inicial y agregando el treinta por ciento acordado, por lo que dinero disponible tenían a manos llenas.

Ya planificarían una forma para recuperar la cabaña de la playa o buscar un lugar adecuado para diseñar una versión nueva, que fuera a gusto e ingenio de ambos, aunque por supuesto, con la correspondiente tina de agua marina. Y el Alfa Romeo rojo Bruno lo tenía más que bien ganado por todo el apoyo prestado a Nick y a Blake durante su ausencia, por lo que no planificaría un modo de recuperarlo, sin embargo como eran ellos y no otros hermanos cualquiera, debía pensar en adquirir un modelo aún mejor para que no se sintiera equivocadamente triunfador en la pugna, ¿tal vez un Corvette negro? Jack tenía varias ideas al respecto, pero antes de elegir, esperaba decantar por aquel que agradara más a Blake, quien le había transmitido sus fantasías de conducir un descapotable con él a su lado.

Por fin todo marchaba como siempre se supuso que debió ser, pudiendo tomarse el tiempo que tardaran en llegar las visitas para relajarse juntos y disfrutar del paisaje, terminando de desenvolver la madeja de circunstancias

que habían acontecido desde la desaparición de Jack hasta el instante en que Blake lo había, por fin, encontrado y recuperado.

—Gracias a Stephen y a su programa de reconocimiento satelital supimos dónde buscarte, aunque fue extremadamente difícil porque no salías de tu escondite prácticamente nunca. Si él no se hubiera presentado en “La tavola” buscándote y no hubieras intentado todo lo que probaste por Nick, no habríamos pensado en recurrir a sus habilidades y tal vez habría activado involuntariamente el deseo del cristal para encontrarte, perdiéndolo para pedir que volvieras a estar completamente sano. Creo que, aunque aún me cuesta perdonarte por lo que hiciste, las cosas pasaron justamente como tenían que suceder para que todo se resolviera y pueda tenerte aquí, así a mi lado, *amore*.

—Te amo, *signora* mía.

—Pero lo que no me encaja es lo de la bruja. ¿Por qué estaba aquí en Sicilia contigo y en esa chocita?

—Cuando se arrepintió por haber lanzado contra la familia el “Encanto”, su corazón se descongeló y decidió que la forma en que podía redimir parte del mal que había hecho era aceptar doblar las leyes de su propia magia para traerme aquí y ayudarme, sin embargo, aunque lo logró, sabía que corría el peligro de perder sus poderes y así fue. Recuerda que yo no tenía prácticamente un centavo, o al menos así lo creí sin contar con lo del simulador de Stephen, y ella se las arregló para mantenernos lo mejor que pudo.

—Yo entiendo que sufrió, pero lo que hizo fue egoísta y cruel y más vale que alguien así no pueda volver a hacer semejante daño, mucho más cuando se ve a kilómetros que está enamorada de ti, Jack.— él parecía reacio a darle la razón, pero Blake estaba completamente segura— ¿Por qué no iba a estarlo? Eres irresistiblemente guapo, talentoso, inteligente, sexy, pero sobre todo eres bueno y noble, y no lo digo por tu sangre azul. Espero que encuentre su camino en la vida, pero prefiero que esté bastante lejos de ti.

—Boh!, *signora*, tú exageras porque sí me amas.

—Y ella, podría poner mis manos al fuego al respecto. Es irónico... su hechizo pretendía hacer que toda mujer que se cruzara contigo cayera rendida a tus pies aunque tú no quisieras, pero que no pudieras estar a mi lado y, sin

embargo, la única que ha resultado enamorada sin la menor esperanza y con las manos vacías es ella, porque tú de mí no te escapabas, ni volveré a perderte de vista, por si las dudas.

—Amore mio, ¡que cosas dices! No hace falta que me vigiles como un halcón. Aunque tengas razón, solo tú existes para mí. Te juro por Dios que nunca volveré a cometer la estupidez de hacer algo que me aparte de ti, y si vacilo en cualquier cosa, antes de ser un idiota, recurriré a mi preciosa *donna* para hacer lo correcto.

—Por supuesto que no dudo de ti, *signore*, y lo que dices es una buena idea, muy sensata de tu parte, sin embargo será la más agradable y adictiva de las tareas el estar pendiente de ti, *brichino*. —con una sonrisa traviesa, se apretó más contra su pecho, colando una mano entre las solapas de la bata para acariciar su hermoso torso, buscando hasta aprisionar un pezón entre sus dedos, jugando a torturarlo suave y lentamente— No solo de verte... puedo inspeccionarte de improviso, en lugares desacostumbrados, con distintos niveles de intensidad...

—Sí, *per favore*...

—Pero no ahora, debemos cocinar algo, en un par de horas estaremos rodeados de parientes y ni siquiera sé si tenemos algo de harina para preparar pasta...

—A mí no me mires, repentinamente se me ha olvidado cómo cocinar, solamente me apetece *assaggiarti della testa ai piedi*^[140].

—Mmmmmmm, ni lo digas... —Blake se inclinó un poco para recorrer con sus labios la porción de piel que el cuello ya abierto de la bata dejaba ver, dándole amplia libertad a sus manos para tocarlo sin el menor recato, regalándolo con una sonrisa perversa al ponerse de pie, llevándose enrollado en su mano el cinturón de la prenda, dejándolo prácticamente desnudo— ¡Sí! Me has abierto el apetito con tus insinuaciones, *signore*, pero como sigues en penitencia, anda, levántate. Veamos qué hay en la despensa para que te pongas a cocinar.

—¡Pero, Blake, eso es tortura! Primero me pones a hervir y luego me dejas en ascuas y...

—Shhh, ¿quién dijo que te dejaré así?

—No comprendo...

—Un buen soldado se evalúa en el fragor de la batalla, *carino*, por tanto creo que podría juzgar tu renombrado talento culinario haciéndote preparar una cena espectacular mientras me dedico a disfrutar concienzuda y sistemáticamente de tu magnífico cuerpo...

—Ya te lo había dicho. *Davvero è cattiva...* —la mirada en llamas que le había dedicado daba cuenta de que no tenía la menor intención de rendirse dócilmente, sin presentarle formidable y deliciosa batalla— *...ma così mi piaci!*

[1] Forma muy despectiva de decir estúpido en italiano

[2] Azul en Italiano, color oficial de la Casa de Saboya, que reinó en Italia hasta 1946, con el que se identifican la mayoría de las selecciones deportivas y sus fanaticadas italianas

[3] La acogedora mesa de mamá

[4] Por favor

[5] Lo siento, señora

[6] Torpe mentiroso

[7] Derivado de la palabra sibarita, que corresponde a una persona de gustos refinados e inclinada al lujo

[8] “No me rompas las pelotas”

[9] Abuela

[10] De mamá

[11] Malagradecido

[12] Querido mío

[13] Imbécil

[14] Cariño

[15] Modo vulgar de decir “cómo te complicas la vida”, literalmente: “cuántas pajas mentales te haces!”

[16] Entiendes

[17] Entiendo

[18] Es un placer

[19] Mujer

[20] Para nada

[21] Chaqueta de chef , puede tener botones con ojales o pechera de atar

[22] ¡Dios! Lo lamento

[23] Yo no sabía

[24] Te ruego me disculpes

[25] Literalmente “fideíto”, pero es una forma burlesca de referirse a un italiano

[26] Igual a lo anterior, pero esta vez la traducción literal es “macarroncito”

[27] También goza del maldito humor negro

[28] Referencia sarcástica a Benito Mussolini

[29] Claro que sí

[30] Un poco

[31] Palabra japonesa para designar a las historietas en general

[32] A la larga / con el tiempo

- [33] Caray
- [34] Diminutivo despectivo del nombre Mario
- [35] Eso es perfecto
- [36] Dónde compras los mariscos frescos
- [37] Atascado en una especie de rutina
- [38] “Un dolor de muelas”
- [39] Expresión coloquial usada para decir: ¿Quién sabe?, no lo sé, no tengo idea
- [40] Hasta mañana
- [41] Buenos días, señora, ¿te gustaría un capuchino?
- [42] Hirviendo
- [43] Plural *cannoli*, es un dulce típico de Sicilia, de donde es originario
- [44] Se usa como expresión negativa de fastidio; forma decente de decir culo.
- [45] En la cocina
- [46] Fútbol
- [47] Qué son?
- [48] Te agrada?
- [49] No me seas mentiroso
- [50] Más que ninguna otra cosa
- [51] Bonito
- [52] Me suena deliciosa
- [53] Dios
- [54] Un bonito trasero, literalmente “un bello par de nalgas”
- [55] Eres malvada... pero así me gustas
- [56] Reality show gastronómico estadounidense creado por FOX y presentado por Gordon Ramsay
- [57] Te deseo
- [58] Una mujer como tú merece ser mimada
- [59] Eres muy terco, ¿lo sabías?
- [60] Y aún no has visto nada
- [61] Princesa
- [62] Alguien no muy despierto, algo tonto
- [63] Querida
- [64] Par de sinvergüenzas! Qué están haciendo ustedes dos?
- [65] Expresión coloquial de asombro, asimilable a “¡cielos!”
- [66] Literalmente significa mendigo, pero se usa para decir “perdedor” o “sin estilo”
- [67] Literalmente “yo me voy a barrer”, pero la expresión significa “yo me voy a follar”

- [68] No me rompas, significa no fastidies
- [69] Gran bastardo
- [70] Literalmente cabalgar al tigre, significa buscar de controlar una situación peligrosa
- [71] Son dulces navideños tan pequeños que pueden comerse de un solo bocado (un solo *boccone*)
- [72] ¿En verdad?
- [73] y a derretirte en mi boca hasta saborearte húmeda y rebosante de placer
- [74] ¡Que diablos!
- [75] Tócame
- [76] Tú me vuelves loco
- [77] Por favor, Blake, ya no puedo más, ¡hazme una mamada!
- [78] Siglas de *Very Important Person*, gente muy importante, sector o grupo exclusivo
- [79] Viviendas apoyadas en pilares o simples estacas o casas construidas sobre cuerpos de aguas tranquilas como lagos y lagunas, aunque también existen en tierra firme y a orillas del mar
- [80] Qué sucede
- [81] Eres más que bienvenida
- [82] Pretendes castigarme?
- [83] Me estás tomando el pelo?
- [84] Término que se usa para alguien que tiene un fuerte acento italiano al hablar en otro idioma
- [85] Travieso
- [86] Tal vez
- [87] Bésame
- [88] Así que te gusta mirar
- [89] Me estás matando con tus caricias
- [90] Eres perfecta
- [91] Dulzura
- [92] Literalmente “Jesús”, el nombre de Cristo, es una expresión que se usa para expresar sorpresa
- [93] Señor en inglés
- [94] ¡¿Estás diciendo que estoy viejo?!
- [95] Estoy maldito
- [96] Hermano
- [97] Significa “¿estás mal de la cabeza?”, traducción literal: ¿pero te has bebido el cerebro?
- [98] Ya dilo

- [99] Los entrometidos
- [100] Que te jodan!
- [101] Referencia a la Curia Romana, conjunto de órganos de gobierno de la Santa Sede y la Iglesia católica
- [102] Forma de expresar asentimiento o acuerdo, “ahí lo tienes”
- [103] Mi muchacho
- [104] Acompáñame a Sicilia
- [105] Sí, por piedad
- [106] Las señoras, las mujeres
- [107] Vaya!
- [108] Estás tan hermosa que es un pecado que desee desvestirte ahora mismo...
- [109] Bien, vamos entonces
- [110] Nene
- [111] Tú no te metas
- [112] No, que va, ¡así no se puede!
- [113] Está bien
- [114] Hasta pronto
- [115] Mi niño
- [116] No hay ni que decirlo
- [117] Estás poniéndome contra las cuerdas, no me estás dando alternativas
- [118] Expresión utilizada para referirse a un genio loco
- [119] Diminutivo de persona que es de nacionalidad o ascendencia italiana
- [120] Guapísimo
- [121] Mámame la verga
- [122] Sabes que me excitas de verdad cuando usas lenguaje explícito de sexo en italiano
- [123] Un poco más fuerte
- [124] Literalmente “hombre de juguete”, término para referirse a un hombre normalmente más joven que mantiene una relación con una mujer madura
- [125] Esta noche voy a ser tu esclavo para complacerte en todo lo que desees
- [126] Estoy caliente y duro para ti
- [127] En latín modo de operar
- [128] Artista gráfico y escultor suizo conocido por diseñar y desarrollar la criatura y algunos escenarios de la película “Alien, el octavo pasajero”
- [129] Marioneta de madera que cobra vida, protagonista del libro “Las aventuras de Pinocho”, de Carlo Collodi
- [130] Me las pagarán!

[\[131\]](#) Hijo del demonio

[\[132\]](#) ¿Eres tú?

[\[133\]](#) Palacio, mansión, edificio

[\[134\]](#) ¿Quién anda ahí?

[\[135\]](#) Tú eres el hijo de perra más egoísta y tonto del mundo

[\[136\]](#) Tu amante

[\[137\]](#) Mi dulzura, te amo más de lo que las palabras puedan expresar

[\[138\]](#) Vivito y coleando

[\[139\]](#) Referido a la particular forma geográfica de Italia

[\[140\]](#) Saborearte de la cabeza a los pies